



Amigo (Linda)

Los fantasmas del mundo

1855-1911

Priego (Coid)

5-174 19 un.
R. 72070

JOSÉ DE SILES



LOS FANTASMAS DEL MUNDO

POESÍAS

Segunda edición, aumentada.

ADMINISTRACION:
10, ELOY GONZALO (PASEO DE LA HABANA), 10,
MADRID

1905

Es propiedad del Autor.



Los fantasmas del mundo.

Es la noche postrera del mes ingrato
que de la edad caduca nos da el retrato,
pues, en él, como canas, el hielo impío
tiende sobre las cumbres su manto frío.
Es el mes en que el campo se ve desierto;
en que insectos y flores al fin han muerto;
y en que el día, aterido, ¡tan poco dura!
¡y es la noche tan larga! ¡y es tan oscura!...
De esa noche solemne la hora suprema
la humanidad aguarda con ansia extrema,
y, ahogando sus pesares el regocijo,
entre fiestas acoge del tiempo á un hijo,
en cuyo nacimiento, con la alabanza,
los cánticos resuenan de la esperanza.
Y ¿quién es el glorioso, feliz mancebo
que aclaman los mortales?... ¡El Año Nuevo!
Mas, mirad: ante el tierno, sencillo infante
acuden, afanosos, en tal instante,

los diversos fantasmas que en la existencia al hombre solicitan en competencia.

Y surge la *Fortuna, pérfida diosa*,
prometiéndome de dones fuente copiosa.
Al año nuevo dice:—Tengo un tesoro
del que no se halló nunca mermado el oro,
pues de allí donde estéril resulta y vano
lo retiro y lo pongo sobre otra mano.
Si adoración me prestas, cándido niño,
no obtendrás un inútil, pobre cariño,
que ofrecerá una choza, como aposento,
y que con besos brinde por alimento...
Yo soy omnipotente: doy la victoria,
el amor, la ventura y ¡hasta la gloria!
Y con tan alto imperio fácil domino
en este desdichado mundo mezquino,
que hasta en quien, entre rabia, me llama necia,
y mi favor, con falso desdén, desprecia,
llego á imprimir mi planta sobre su frente,
y le obligo á rendirme culto ferviente...

—No te engrías—contesta desde lo obscuro
una tétrica anciana;—pues yo te juro
que si viertes de goces robusta arteria,
yo soy más poderosa... ¡soy la Miseria!
No hay mansión que no invada; doquier me ingiero,
y á donde no me esperan, entrar prefiero.
¡A cuántos endiosados, á quienes mimas,
despeño en mis profundas, horrendas simas!..
Sé que son mis abrazos quizás malditos;
pero yo también tengo mis favoritos;
y aunque, en mi seno, amargo llanto derraman,
como á próspera madre luego me aman.
Bajo mi influjo el genio forja la idea
que su nombre entre palmas alza y pasea.
Conmigo, aun sumergida tras turbia ola

la virtud cobra alientos y se acrisola.
Y si mi cruz abrumba y aplasta acaso,
y hasta el borde está lleno de hiel mi vaso,
para los infelices que hay en mi abismo
yo trenzo las coronas del heroísmo...

—¿Por qué, en este momento, turban tu calma
y empañan tu inocencia, luz de tu alma,
la ambición, que inseguras ansias denota,
y la queja impotente de la derrota?...
Escucha mis consejos, si tu bien quieres.
Yo te traigo las dichas y los placeres.
A tus labios acerco, sin felonía,
la copa en cuyo fondo hierve la orgía.
Yo te entrego la grata mágica esencia
que hace aquí soportable nuestra existencia.
Yo provocho la risa que estalla ufana,
sin arredrarla incierto negro mañana.
Y aunque adornada vengo de cascabeles
y de flecos lascivos y de caireles,
que brincan con mis danzas y serpentean,
no pienses que mis juegos sólo recrean.
Soy bálsamo de heridas de desconsuelo;
no hay pena que no aplaque mi ardiente celo;
y á mi antorcha, su rumbo dudoso traza,
entre flores y cantos, la humana raza...

Tras el placer risueño, que nos cautiva
con su apariencia siempre tan persuasiva,
el Dolor aparece, fosco y sombrío,
revelando en sus gestos el desvarío.
Viene solo, cual sube por su calvario,
y con el rostro oculto bajo un sudario.
Crispada sobre el pecho, como una garra,
el corazón su dura mano desgarrar.
Al Placer dice:—¡Siempre serás un mito!
Para asentar mi trono, no necesito

sino que te aniquilen tus demasías...

¡Ah! ¡si yo no existiera, no existirías!...

Yo soy el soberano de este destierro,
y en las frentes estampo candente hierro,
que hace que la esperanza no reverdezca
y que, la niñez misma, vejez parezca...

—¡Callen todos!—advierte con voz suave
una mujer hermosa.—¡Nadie se alabe
á mi lado, ni acepte pompas ni honores!...
¡Soy la Beldad, hermana de los Amores!...
Del grandioso universo yo soy el lazo,
y aunque me juzgan débil, bajo mi abrazo
enardezco y animo todas las cosas:
frondas, aves y peces, astros y rosas.
Los seres más pequeños ya me presienten,
y las más rudas fieras mi yugo sienten.
Yo las almas con mansos sueños arrullo,
y mi humildad serena cifra su orgullo
en colmar, al que sufre, de inmenso gozo,
y hacer un paraíso de un calabozo.
Sin mi blanda sonrisa, fuera la tierra
un lugar tenebroso de eterna guerra;
pero yo hasta en el viejo, que ya no ama,
como entre seca yerba, prendo una llama,
y aún del reo en la noche, yerta y sombría,
si yo surjo, aparece conmigo el día...»

Cual á los cuerpos sigue constantemente
la sombra, que se arrastra como serpiente;
tras del amor, que sólo de volar supo,
se presentan, formando siniestro grupo,
los Celos, que arrebatan el albedrío,
y el Odio rencoroso, y el vil Hastío.
Un puñal en su mano vibran los Celos;
el Hastío bosteza, ya sin anhelos;
y el Odio, estimulado por la venganza,

por sus rojizos ojos centellas lanza.
Los tres, constituyendo lúgubre coro,
al noble Amor humillan con ruin desdoro.
—Eres no más que un sueño, que pasa en breve—
le dicen; un fantasma, cual humo, leve;
un vapor que un reflejo brillante irisa,
y que, fugaz, disuelve ligera brisa.
No vales lo que cuestan tus sinsabores.
Espinas ponzoñosas cubren tus flores.
Y si logras deleites hasta el exceso,
al cabo ¡cuánto acíbar tiene tu beso!
Engañosas ficciones son tus delicias;
es el llanto el remate de tus cáricias;
y, en fin, aunque á tu vista nos ocultamos,
¡siempre y en todas partes te acompañamos!...

Promoviendo reñida, cruda querella,
y en actitud que todo fuero atropella,
la cobarde Mentira se muestra airada
con la Verdad que á nadie teme ni á nada.
Al Año que principia, con voz vehemente
entrambas se dirigen.—¡Niño inocente!—
le exhorta la Mentira.—No te enamores
de mi rival perpetua, pues sus amores
te llevarán, tras fútil, hueca disputa,
á beber, como el Sabio, mortal cicuta...
—Prolongar poco importa—la Verdad dice—
una vida menguada, que se deslice
entre ilusas visiones y entre espejismos,
á nuestros pies hallando zarzas y abismos.
Nace el cuerpo del hombre para este suelo,
mas su espíritu altivo se vuelve al cielo.

—¡Os combatís en balde!—clama una moza,
en cuya faz la alegre salud retoza.—
Con vosotras dos ando fielmente unida,
y en las dos me sostengo... ¡Yo soy la Vida!...

Nada tanto seduce como el engaño,
y es maestro de incautos el desengaño.
Si la verdad reinara sin impostura,
¡cuánta tristeza hubiera! ¡cuánta negrura!
Y si mentira todo fuese en el mundo,
¡qué surco se labrara tan infecundo!...
Contemplad, terminando vuestra quimera,
cómo yo resplandezco por donde quiera.
Mirad en la Natura mi fértil marcha.
Latente guardo el gérmen bajo la escarcha.
No hay cimas ni cavernas que no visite,
y en donde con mi aliento todo no agite.
Hago á las mariposas sacerdotisas
que con cáliz de flores celebran misas,
en que su amor recibe, cual sacramento,
el beso luminoso del firmamento.
Por gozar un instante de mis favores
son, los entes creados, batalladores,
pues el don que yo siembro por mi camino,
es el don más precioso, porque es divino.
Y es mi poder tan amplio, y al par tan fuerte,
que aún á los santuarios voy de la muerte,
y allí, sobre las tumbas más olvidadas,
por mí crecen las yerbas más perfumadas,
en cuyas briznas tenues cual lengüencillas
leda murmura el aura preces sencillas.

Con carcajada horrible y andar inquieto,
se anuncia, ante temores, un esqueleto.
Y basta su presencia desoladora
para ver que es la Muerte quien entra ahora.
—¡Las fatuidades vuestras ya me dan grima—
exclama con sarcasmo:—¡Yo estoy por cima!
Pues aunque os desvanezca soberbia extraña
no hay nada que no abata con mi guadaña.
Soy fea, y no me viste ropa elegante,

ni rosas y azucenas son mi semblante,
ni rueda de mi mano de espectro el oro,
ni mi acento acompaña plácido coro;
mas con mi infecto soplo, soplo de infierno,
el Abril más florido cambio en invierno.
Yo arrebató la copa de la alegría,
y la rompo, dejando muda la orgía.
Yo en los labios de grana de la doncella
grabo mi repentina, pálida huella,
y cierro para siempre sus lindos ojos,
espejo del amante, limpio de enojos.
Y ni el mármol, ni el bronce, que diviniza,
me vencen. ¡Qué de templos troqué en ceniza!
Y, en suma, soy la playa que da el reposo
al que cruzó el mundano mar proceloso...
Y con gritos, señales de su exterminio,
alejóse, segura de su dominio...

¿Quién ante tan contrarias excitaciones,
se decide, sin hondas vacilaciones,
á emprender, sino á pasos breves y tardos
una ruta en que hay menos flores que cardos?
Al nacer, queda el Año triste y perplejo,
y piensa:—¿Audaz avanzo? ¿Prudente cejo?—
Pero ya, entre sus tintas, claras y bellas,
la aurora, en las regiones de las estrellas,
sonríe, con dulzura llena de encanto,
mientras que las alondras lanzan su canto.

Y el sol, en fin, se muestra majestuoso
envolviendo en sus rayos al orbe hermoso.
Y, en el áureo lenguaje de su luz pura,
habla así al Año Nuevo, desde la altura:
—Vé mi disco de llamas... Yo simbolizo
la gran sabiduría de quien me hizo,
y su excelsa, infinita magnificencia.
Y aunque un átomo ostento de su potencia,

yo, con mi fuego espanto la aleve sombra
que áun á las almas santas turba y asombra.

Fanal inextinguible soy de esperanza,
porque si la traidora nube me alcanza,
su fe en mis resplandores pone el viajero,
y no falto á alumbrarle por su sendero.

Tranquilo prodigando mis claridades,
lo mismo en las campiñas que en las ciudades,
voy doquier derramando, con mis fulgores,
placeres y alegrías, dichas y amores...

Hacia tu fin viaja, niño inexperto,
porque Dios planta oasis en el desierto,
y no hallarás quebranto, por cruel que sea,
al que no dé el olvido su panacea.

La ley sumiso acata de tu destino.

Todos marcado tienen ya su camino.

Y aunque á veces los males triunfar simulan,
siempre ante el bien se postran y capitulan...

Es cierto, ¡oh, sol! Tú lumbre se hunde en ocaso,
ó una nube envidiosa la eclipsa á caso;
y si para los torpes ojos has muerto,
sigues en el espacio, vivo y despierto,
y tornas, tras las nieblas, ó en el Oriente,
más augusto, más bello, más esplendente.





El invierno de la existencia

Cuando llegues á vieja, Elena mía,
y el peso de la edad tu talle encorve,
y arrugas surquen tu rosada frente,
y en tus negros cabellos hebras canas
de los áridos años las injurias
delaten sin piedad... Oye, y no olvides,
cuántos halagos mi pasión constante,
flor brotada en antiguas primaveras,
ofrecerá á tu vida, ya en su ocaso.

Allá, en las tardes, en que azul el cielo
á la tierra sonrío, los dos juntos
saldremos de paseo. No la vana
y aturdida y ardiente muchedumbre
buscarán nuestros pasos inseguros.
La paz del campo y soledad del valle,
el retiro apacible de algún huerto,
la canción murmurante de las aguas,
la sombra de los árboles frondosos,
las aves que regresan á sus nidos
y del sol, que se oculta en Occidente,
se despiden con férvido saludo
de esperanza y de fe; la blanca nube,
que se eleva hacia Dios como un suspiro;

el humo de la agreste chimenea,
que denuncia un hogar pobre y honrado;
todas las cosas y los seres todos
que, en lenguaje divino, hablan al alma
de afectos dulces y de tiernos goces...
¡Elena! esos serán nuestros recreos.

Otras veces, volviendo á lo pasado,
y para refrescar gratas memorias,
no sin que el corazón lata dichoso,
iremos á los mágicos lugares
donde tuvo comienzo el puro idilio
del plácido amor nuestro. Y la sonrisa
conque acogiste mi pasión inmensa,
y la palabra blanda y cariñosa
que espoleó mi timidez, y el beso
que hurté á tu labio de abrasada grana,
y que, entre esquivo y anhelante, huía
ó se acercaba á mi sedienta boca;
y las promesas de placer futuro
que de tus ojos, que empañaba el llanto,
se escapaban en lánguidas miradas;
los momentos, en fin, de loca dicha
que no debieran disiparse nunca,
tornarán á surgir ante nosotros,
la marchita vejez reverdeciendo.

¡Oh! sí, Elena adorada. Será en vano
que se agoste tu hermosa primavera.
Para mi corazón, con luz radiante,
brillarán sin eclipse tus hechizos;
y este amor, compartido, inextinguible,
perpetuará la flor de la ventura.
Y aunque traidora enfermedad nos postre
y aunque ruín miseria nos persiga,
y aunque infortunio sin igual nos ate
á la punzante rueda del martirio,

no faltará calor en nuestros pechos,
unidos siempre en protector abrazo.
Recordar es vivir. Nuestra existencia
beberá en el recuerdo nueva savia.
Y yo, en adoración, agradecido,
prosternado ante ti, seguiré el vuelo
del tiempo destructor, siendo tu esclavo,
en pago de las glorias que me diste
en la risueña edad de los delirios,
cuando conmigo, empobrecido y solo,
y sin temer la tempestad mundana,
enlazaste tu suerte con mi suerte.

Cuando llegue esa edad, triste y sombría,
el invierno fatal de la existencia,
en que, así como el campo sin verdura,
hiélase el corazón sin ilusiones,
entonces, á esta tierra miserable,
donde todo á la muerte está sujeto,
daremos una alegre despedida.
Libres ya de las ansias del deleite,
retornaremos á la pura infancia.
Después de las diarias pesadumbres,
nuestro lecho de paz, dulce reposo
nos brindará. Al dormir, preces sencillas
hasta Dios alzaremos. Y, tranquilos,
sin celos, sin zozobras, sin afanes,
uno del otro en los amantes brazos,
con un beso en la frente, al blando sueño
nos dispondremos, como tiernos niños.

Así espero pasar, mujer querida,
ya entibiado el volcán de las pasiones,
el invierno postrer de nuestra vida.





El cantar del agua

I

EL MANANTIAL

Desde su obscuro seno, donde me encierra,
como en profunda cárcel, la avara tierra,
salgo á buscar, lanzando gratos rumores,
la luz, el cielo, el aire, las bellas flores.
Al nacer, ya una cuna me está brindando
la peña tapizada de musgo blando.
Y la gota de agua, que me dió vida,
en hilo cristalino ya convertida,
va besando amorosa, cual mansa sierva,
el pie aterciopelado de cada yerba.
Soy pródigo en sonrisas, como el cariño,
y juguetón y alegre, cual tierno niño.
Mas, como soy tan débil, como no ignoro
cuán corto de mis dones es el tesoro,
del sol camino huyendo, pues me trocara
en tenue nubecilla su lumbré clara.
Hacia la agreste sombra yo pronto acudo,
por donde me deslizo tranquilo y mudo;

y allí á veces el baño soy sosegado
que el cuerpecillo, frágil y nacarado,
acoge, arrulla y mece, de esas medrosas
vírgenes, transformadas en mariposas.
A veces en mis ondas dulces y amigas
suelen las diligentes, pardas hormigas,
navegar, sin traidoras, torpes angustias,
teniendo por esquifes las hojas mustias.
Si acaso en mis jornadas me encuentro flores,
me tributan saludos con sus olores,
y su rosada boca, furtiva y leve,
reposan en mi frente de tersa nieve.
Mi timidez me lleva por las honduras,
aunque envidia la gloria de las alturas;
y cuando ante mi paso surge una valla,
no soy como el torrente que, al fin estalla,
sino que me detengo, sumiso y vago,
formando un diminuto plácido lago,
en el que las estrellas ven sus reflejos,
dándolas yo nocturnos, breves espejos.
Mas, siempre voy temblando por mi camino,
pues conozco mi triste fugaz destino;
así, apenas de un bosque miro en el fondo
un paraje propicio, llego y me escondo.
Y por eso murmuro quejas suaves,
porque, sin mí, sed honda sufren las aves;
¡las aves, que el encanto son de mis días
y me pagan sus sorbos con melodías!

II

EL RÍO

¡Dejadme el paso franco! ¡No me detengan!
No hay diques que me estorben ni me retengan.
¿No escucháis, por ventura, mi voz de trueno?

¿No advertís de qué empuje me siento lleno?
Rendidse ante mí todos, sin necia guerra,
pues yo soy quien recorro la vasta tierra,
y mi intrépida marcha, siempre adelante,
es, cual la del que vence, marcha triunfante.
Los árboles erguidos, de copa altiva,
que tengo por eterna fiel comitiva,
y en mis márgenes guardia me dan, sujetos,
se inclinan, como en muestra de sus respetos,
cuando cruzo, ostentando bruñida plata,
en mi carro que rueda cual catarata.
Sin mí, los verdes huertos, ricos de frutos,
murieran desprovistos de mis tributos;
mas, permito que empapen, para su inopia,
su raíz en mi jugo, mi sangre propia.
En balde es que Natura, la gran tirana,
una línea me trace; resulta vana;
pues si un límite encuentro frente á mi paso,
con indómito brío, yo lo traspaso.
Cuando el cielo, envidioso de mi pujanza,
se decide á atacarme, como en venganza,
y de lluvia raudales en mí derrumba,
y en mi mismo elemento me da una tumba,
en mi cauce de fango yo me recrezco,
me desbordo rugiente, me ensoberbezco,
y en mi furor, tan ciego como profundo,
los campos y los pueblos yo los inundo.
Reniego de mis hijos, y, sin confines,
arraso los frondosos bellos jardines,
y escupo por cien bocas chorros de cieno
por doquiera que extendo mi turbio seno.
En el horror me plazco, y en la ruina,
cual invasor que aplasta, cuando camina,
todo aquello que opone recia muralla
y le presenta inútil, ruda batalla.

III

EL MAR

Yo soy de Dios la imagen. Soy lo infinito;
y aunque un círculo inmenso tengo prescrito,
lo mismo los peñascos que las arenas
yo huello, pues no aguanto torpes cadenas.
La majestad me sigue; yo soy grandioso
hasta cuando en mis olas reina el reposo.
Yo guardo en mis entrañas hondos misterios,
recónditos osarios de cementerios;
regiones ignoradas, en que mil seres
tienen, como en la tierra, dulces placeres;
tesoros escondidos que el hombre en vano
por arrancar se afana con audaz mano.
Mas, yo de mi grandeza casi alardeo,
porque sé que me basta, si lo deseo;
una señal ligera de mi pujanza
para que el hombre pierda toda esperanza,
para que el navegante, más fuerte y bravo,
que piensa, porque duermo, que soy su esclavo,
como tímido niño, gima y suplique,
y ante mí se prosterne, yéndose á pique.
Sólo de que me burlen yo me enajeno;
pero gozo en mostrarme dulce y sereno.
La calma, sin que un necio furor demande,
es la que á un soberano le hace ser grande.
La calma que se hermana con la nobleza
y siempre está segura de su fiereza.
El manso cervatillo tiembla de susto
al susurrar el viento sobre el arbusto.
Mas el león valiente, rey del desierto,
ante ningún peligro se muestra incierto,

y marcha sosegado, con el dominio
de quien lleva en sus garras el exterminio.
Yo jamás nada temo. Ni el sol candente
podrá sorber mi aliento completamente,
ni la rebelde turba de vendavales,
de mi trono de perlas y de corales,
logrará arrebatarme, y en suelta espuma
llevarme en el espacio cual leve pluma.
Pero yo, aunque parezco que soy tan fiero,
y, embebido en mi orgullo, nada venero,
¡ah! soy á veces débil; fuerza inaudita
á mi alma de monstruo llama y agita;
mi seno se dilata con convulsiones,
y avanzo entre crecientes ondulaciones;
y en mi lecho de algas y roca dura
me revuelcan ardores de calentura.
Es el amor, que en todo vive y rutila,
y es mi amor la celeste luna tranquila.
Yo me siento atraído sólo por ella.
Y ¿cómo no adorarla, siendo tan bella?
Es blanca cual la nieve. ¡Tiene un encanto!..,
Del ruiseñor el dulce mágico canto;
la esencia perfumada, blanda y discreta,
que en los prados se exhala de la violeta;
la luz tibia y medrosa, que la fe aclara,
en el místico ambiente que envuelve al ara;
la pudorosa virgen que, en sus recelos,
no se dejó ver nunca sino entre velos;
no encierran más hechizos, ni más colmada
perfección, como encierra mi casta amada.
¡Oh! sí. Yo soy sensible; mi amor es tierno;
y es, á par que profundo, también eterno.
Yo reservo mis odios y tempestades
contra las ambiciones y vanidades;
contra el hombre que pone su planta osada

sobre mí, como en fiera domesticada,
y también contra el río que loco olvida
que fué una humilde gota quien le dió vida,
y no prevé en su fatuo, vano egoismo,
que habrá al fin de tragarlo mi negro abismo.
No imiten los mortales á los torrentes
que huyen de sus antiguas y pobres fuentes,
y á medida que avanzan en su carrera,
y lanza, su soberbia, voz altanera,
no advierten que, su marcha, de mí es esclava,
y en mí, como en la muerte, todo se acaba.





El Párroco de aldea

I

¡Silencio! La campana, con voz sonora y lenta,
en la avanzada noche, fatídica resuena.

Agudo silba el cierzo,
la lluvia cae yerta,
el campo está entre sombras
y el cielo sin estrellas.

Desde la agreste ermita piadoso anciano lleva,
hacia desierta choza, salud al alma enferma.

Y á intervalos la llama,
que allá en las nubes tiembla,
alumbra su camino
con claridad siniestra.

Sobre el desierto campo, que cubren las tinieblas
sus plantas mal vestidas imprimen hondas huellas.

Mas ¿qué importa? La furia
de tempestad deshecha,
cual blanda paz recibe
el párroco de aldea.

II

Su hogar es pobre. Al lado de la ciudad eterna
donde los muertos yacen, sin vano horror se asienta.

Protégele, gallarda,
la torre de la iglesia;
de cuyo patio el huerto
le embalsama y recrea.

El sol, desde la aurora, arde en sus pardas tejas,
que guardan, de los pájaros, el nido en primavera.

Y en el umbral, valiente
el gallo picotea
al tímido hormiguero
que corre con su presa.

No hay oro allí en las arcas, ni llave en las despensas,
ni más brocados ricos que la sotana negra.

Y allí, viviendo orando,
su hogar, de humildes piedras,
por mármoles no cambia
el párroco de aldea.

III

Del triste pueblo padre, consuelo es de sus penas,
alzándolo en las alas de la esperanza cierta.

Con dádivas del prócer
plebeyo afán remedia,
el rostro sonrosando
de pálida miseria.

Su voz acalla el grito de las rüines guerras
que avaro sueño enciende, que amor bastardo engendra.

Y en su oración sublime
con puro labio ruega
por los que al mundo arriban,

por los que el mundo dejan.

¿Qué más, si con su voto la ardiente dicha sella
de aquellos corazones que el santo lazo estrecha?

¡Oh! Sin oculta envidia,
en las nupciales fiestas,
veréis reir al párroco,
al párroco de aldea.

IV

Cuando el sombrío ocaso su grave manto pliega,
y quédase indeciso sobre lejana cresta,
con rayo moribundo
la cruz de hierro besa,
donde el pastor de espíritus
en su rebaño piensa.

El viejo breviario, después de leer, cierra,
y, despidiendo al día, desnuda su cabeza.

La brisa que se mece
entre las hojas secas,
no tiene más *dulzura*
que su infinita queja...

La queja que se pierde por la mansión serena,
á do no van los sordos rumores de la tierra.

¡Oh, vida inmaculada!
¡Oh, alma mansa y tierna!
¿De quién no será ejemplo
el párroco de aldea?

V

¡Fantasmas de la duda que surgís de la ciencia,
y hacéis que mire al cielo la vista turbia y trémula!
¡Cómo huís espantadas,
cual fútiles quimeras,

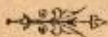
ante ese hombre obscuro
que ama, llora y reza!

Es su virtud olvido; martirio, su existencia;
vigilia, su reposo; debilidad, su fuerza.

Y en un rincón del mundo
resguarda su inocencia,
y salva del abismo
la ya perdida oveja.

Tiene, al morir, por tumba, desconocida peña,
¡él, que á puerto esplendente llevó tantas conciencias!..

¡Ay! junto al mortal lecho,
feliz, feliz quien tenga,
para cerrar sus párpados
al párroco de aldea.





Cloe

Te busco en vano ¡oh Cloe! por ríos y praderas,
bañándote en las ondas, vistiéndote de flores;
sonando con la flauta canciones placenteras
de dichas y de amores.

Te busco en vano ¡oh Cloe! por selvas y montañas,
en medio de las reses, al lado de tu amante,
mientras que invaden ansias, tan dulces como extra-
tu pecho palpitante. [ñas,

Te busco en vano ¡oh Cloe! por valles y collados,
tornando en danza alegre tu cándida existencia;
creciendo al sol, sencilla, sin pérfidos cuidados,
la flor de tu inocencia.

Tu hechizo huyó. Los campos sin tí se miran muertos,
sin náyades las fuentes, sin sílfides la bruma.
No hay driadas que pueblen los bosques, hoy desiertos,
ni ondinas en la espuma.

El barbudo cabrió de retorcidas astas
en sacrificio á Baco no ya te recomienda,
ni de tus palomares las avecillas gastas
de Venus en ofrenda.

Austera voz un día surgió desde el Oriente,

y á tus divinos sueños dió el nombre de mentira.
Los hombres la escucharon, y ha tiempo en Occidente
se gime y se suspira.

Al mundo y sus placeres pregona cruda guerra;
las glorias y venturas aplaza para el cielo,
y pone un triste valle, sobre la hermosa tierra,
de afán y desconsuelo.

Amor que en sus altares no fuere bendecido,
condena á negro abismo, cual réprobo pecado.
¡Amor, que cuando brota de un pecho enardecido,
de rosas está orlado!

Mas fué la voz aquella de un Dios que redimía
la vida de las almas, muriendo El en tributo.
Lloramos largos siglos, y cual por muerte impía,
se guarda eterno luto.

Te busco en vano ¡oh Cloe! Te busco cuando dabas
bebida á tus rebaños, de arroyo cristalino,
y cuando sonriente, de Dafnis apagabas
la sed con leche y vino.

Te busco cuando abrigo contra voraz rapiña
la tímida cigarra pidió á tu blanco seno,
y á tu sonora risa, de embelesada niña,
cantó en ritmo sereno.

¡Ay, vuelve! ¡Vuelve, oh Cloe! Te esperan aún los hi-
de la natura hermosa, tras esa estéril guerra. [jos
Sin ti nada es la vida. ¡No habrá ni regocijos
ni amor sobre la tierra!





Mis candidatos

Dícenme los amigos que á quién mi voto
otorgara, saliendo de este mi coto
que há tiempo entre pobreza y entre alegría,
me he trazado en los campos de mi poesía.

La verdad, por mis labios, da la respuesta.
No escuché á otra doctora jamás... Y es ésta...

Mecido por los cantos del libre ambiente
ni me llama la cima ni la pendiente.

Son mortales extremos, pues que lo mismo
hay asfixia en la cumbre que en el abismo.

Nunca obtendrá mi voto quien con la tea
alumbre ante las aras, en que rojea
la deidad sanguinaria, que con profundo
rencor, en una hoguera trocara al mundo.

Tampoco yo votara por quien, incienso
quema, de adulaciones, en humo denso
alredor de los tronos que al son de guerra
con su peso quisieran hundir la tierra.

¿Quién, que hubiera asomado, turbio el semblante,
sus temores domando por un instante,
á ese mar cenagoso, lleno de espinas,

en que los hombres traban luchas mezquinas,
el corazón no aparta de aquel engaño,
la mente conturbada por torpe daño,
y el alma, como herida por golpe recio,
gangrenada de odios y de desprecio?

Es mi voto más puro, y es más bizarro,
y á los pies no lo pongo, de un dios de barro.
Y pues, en cada año, por nuestra esfera
viene á extender su reino la primavera,
yo he de votar por todo lo que, á su planta,
ama, perfuma y brilla, susurra y canta.

Volaré por las flores que alzan triunfantes
sus copas, que al rocío cogen diamantes,
y que en su fondo brindan, con fe que halaga,
un néctar que da goces, y que embriaga
á la abeja que pasa su vida entera
fabricando palacios de miel y cera.

Volaré por los claros cristales vivos
que, cruzando los campos, van fugitivos
y reparten, ocultos y sin orgullo,
deliciosas sonrisas, dulce murmullo,
y ya saltan, gozosos de su fortuna,
en las pulidas peñas que son su cuna,
ó ya buscan reposo, para su anhelo,
en tapicés de yerba de terciopelo.

Votaré á los alados, dulce cantores,
que de las sacras selvas son los tenores...
Os votaré sin farsas, ¡oh pajarillos!
porque sois tan hermosos como sencillos;
porque estimáis ser libres vuestro tesoro,
aunque os dieran, en cambio, prisión de oro;
y porque, generosos siendo á porfía,
dedicáis vuestros himnos al rey del día,
á los pobres labriegos tiernas cantatas,
y á las noches de luna mil serenatas.

Y he de votar, en suma, por las estrellas,
esas áureas pupilas que son tan bellas;
remedo, aunque lejano, de las hermosas
que lucen en los ojos de nuestras diosas,
ante quienes el hombre, cuando se humilla,
debe tan solamente doblar rodilla.

Y todos estos votos tendrán por urna
una corola pura, cual luz diurna;
como canto de gloria de esos trofeos
proclamarán el triunfo lindos gorjeos;
y por los candidatos de mis favores
arroyos y estrellitas, aves y flores,
cual cortejo de inmensos y augustos rastros,
encenderán los cielos todos sus astros.

Y en las noches serenas de amor tranquilo,
en las que imaginamos que en nuestro asilo
al fin hemos sujeto, con fuertes lazos,
las venturas esquivas en nuestros brazos;
en esas mansas noches, que nada altera,
y en que el término nunca llegar debiera,
luces, perfumes, cantos, mis elegidos
harán coro á mis dichas agradecidos.

Estad seguros de ello... Ni la violeta
humilde, ni el arroyo de marcha inquieta,
ni el ruiseñor, que tristes quejas modula,
ni el lucero que leves rayos ondula,
cumpliendo sus destinos, aún siendo ignotos,
jamás serán ingratos á nuestros votos,
y nos darán su aroma, su voz, su llama...
¡Esos nunca faltaron á su programal





El Dios de los humildes

Es el Dios que perdona, el Dios piadoso,
que desde su esplendor, en nuestras ansias,
al hombre y al gusano, con el día,
les lleva una esperanza.

De su amor y poder nos hablan todas,
todas sus obras sabias;
nos habla de él la mariposa leve,
y la brizna de yerba de él nos habla.

Es el Dios de bondad, cuya sonrisa
de mil flores esmalta
los verdes campos, y sin fin de soles,
como diamantes, en el cielo engasta.

El que el lecho de pluma trocar suele,
para el rico intranquilo, en duras zarzas;
y en la senda del pobre bellas rosas
tal vez hace que nazcan.

El que, por sacerdotes, á los justos
tiene, aunque vistan andrajosa capa,
y no á torpes y avaros fariseos
con hipócrita máscara.

El que, vibrando el látigo con ira,
de su hogar santo lanza

á quienes, al vender por oro el cielo,
su gloria eclipsan y su nombre manchan.

Es el Dios que, perdida por el fango,
una perla rescata,
y á la mustia y contrita Magdalena
desde el abismo hasta el edén levanta.

Es el Dios que olvidando los pecados
de los humildes, como leves faltas,
castiga á los soberbios y crueles,
por sus virtudes falsas.

Es el Dios del que sufre, del que lucha;
del que lleva á sus labios hiel amarga;
de aquél que entre el dolor no le maldice,
y del polvo se alza.

Bajó del cielo á redimir al hombre,
dando su sangre santa.

Bajó para sembrar sobre la tierra
la dulzura y la paz, del bien hermanas.

Mas, al mirar la guerra inextinguible
conque los pueblos, entre sí, batellan;
al sentir cómo al débil y al sencillo
el poderoso aplasta;

al escuchar del mísero la queja
que el corazón desgarrá;
al ver la iniquidad, triunfante arriba,
y abajo la bondad vilipendiada:

una duda formula el pensamiento,
sumido en medio de una sombra haciaga:
«si no ha fructificado la simiente
por Dios mismo sembrada,
después de tantos siglos de combate,
después de labor tanta,
ó en germen permanece todavía
ó al cabo se perdió en la tierra ingrata».





La caída de las hojas

Hay algo más que la muerte
de las estivales pompas
lo que, en mis labios suspiros,
lo que, en mi alma zozobras,
pone, cuando el tiempo marca
la caída de las hojas.

Sembrada tengo la vida
de mil diversas historias,
tan infinitas las tristes
como las alegres cortas...
Escuchad una: recuerda
la caída de las hojas.

Aún era inocente niño,
y ya las ansias traidoras
del amor me desvelaban
tras de ficciones gozosas,
sin pensar que llega á todo
la caída de las hojas.

Ella, también niña tierna,
ángel de cabeza blonda,
que podía, aunque sin alas,
al cielo elevarse pronta,
me amaba, sin afigirla

la caída de las hojas.

A dos unidas canciones,
dos aéreas mariposas,
dos rayos tibios y puros,
dos libres y vagas ondas,
cual éramos, ¿qué importaba
la caída de las hojas?

Mas, un día en mis oídos
sonó una frase angustiosa.
De mi pobre niña hablaba
el médico, con voz ronca:
«Se morirá, apenas venga
la caída de las hojas.»

Primera vez, que en la vida,
con una muerte se llora
por un amor que es primero.
¡Qué estela tan larga y honda
deja el llanto! ¡cómo apena
la caída de las hojas!

—¡No ha de morir!—dije, loco,
con el candor en la boca,—
«El rosal de su ventana,
»que la corona de rosas,
»tenaz regaré, evitando
»*la caída de las hojas.*»

Vino entretanto el otoño
con sus tempestades broncas,
con sus recios huracanes,
con sus noches cavernosas,
y vino en el árbol mustio
la caída de las hojas.

La niña estaba más pálida
cada día, cada hora,
y brotaba de su pecho
agria tos continua y sorda;

y mientras tanto seguía
la caída de las hojas.

Dejé de regar con agua
el rosal de mis congojas,
y empapé su ingrata tierra
con lágrimas abundosas;
mas, apresuró su fuego
la caída de las hojas.

Antes que el postrer despojo,
que ofreció en la siesta sombra,
del viento otoñal llevado
fuera á regiones ignotas
ella secundó, sumisa,
la caída de las hojas.

Y los sauces y cipreses
que bordearon su fosa
prosiguieron, sacudiendo
sus viejas ramas temblonas,
como una lluvia amarilla,
la caída de las hojas.

¡Ay! por eso es otra muerte
que la de las verdes pompas
la que, en mis labios suspiros,
la que, en el alma zozobras
pone, cuando el tiempo marca
la caída de las hojas.





El canto del prisionario

Robó y mató... ¿Por qué causa?
Por una mujer traidora;
por una infiel, que, del triste
hoy reniega y se abochorna.

Según la ley, es un reo
que á la humanidad deshonra.
De nuestra raza expulsado,
ni áun con su nombre le nombran.

Es un número tan solo;
una despreciable cosa;
un vil pedazo de carne
que, más que aprovecha, estorba.

Mas ¡ay! en trances de angustia
amargo llanto le ahoga,
pues, si es fiera para el mundo,
es una fiera que llora.

En su seno endurecido
una chispa á veces brota,
y repentinas ternuras
en otro ser le transforman.

Es cuando recuerda el mísero
sus venturas amorosas...
Para quien amó un instante

¿qué le valen otras glorias?

En tanto pasa sus años
entre aflicciones y cóleras,
teniendo por sola amiga
la cadena que le agobia.

Pero, es mala compañera
quien la libertad le roba,
y es acusador perpetuo
de su abominable obra.

Para hacer breves sus noches,
largas y llenas de sombras,
aun á cambio de un castigo
su pesar convierte en coplas.

Y de su prisión en torno,
en las horas misteriosas,
se escucha su voz doliente,
que en medio del canto llora.

Por la entreabierta ventana,
que espesos hierros recortan,
efluvios de primavera
penetran en dulces olas.

Surge la luna en el cielo:
lanza el ruiseñor sus notas;
la fuente mansa murmura;
fugaz el viento solloza.

Y suspensas de aquel canto
las estrellas temblorosas,
parecen decir al preso:

— ¡También te oímos nosotras! —

El infeliz se reanima
con sus cadencias sonoras,
dando salida á las penas
que el corazón le destrozan...

¿Qué canta? ¿Qué inspiraciones
sobre su espíritu flotan?

¿Son rugidos de venganza?

¿Son quejas de rencor sordas?

¿Son maldiciones de ira
que su infortunio pregonan?

¿Son estériles lamentos
que contra las rejas chocan?

¡Son cantos de amor! ¡Son ayes
los que en sus labios se forman!
Cantos de amor á la ingrata
que hoy le olvida y le abandona.

Cantos de amor, que, allá un tiempo,
sus esperanzas gozosas
alzaron, en ritmo alegre,
á aquella por quien hoy llora.

Él, por eso, mientras canta,
porque su hiel desahoga,
advierte el llanto en sus ojos
rompiendo en cálidas gotas.

Pero, la luna bañando
del recluso la faz torva,
pone rayos de sonrisas
en sus pupilas brumosas.



El niño y el gusano

¡Tan niño, y ya criminal!
Tu inocencia me da horror.
Te miro sembrando el mal
en vez de sembrar amor.

¡Has aplastado un gusano!...
¿Por qué?... En tus ojos lo leo.
Le has dado muerte, inhumano,
porque le encontraste feo.

Y tu faz de rosa ríe;
mas esa risa no es bella.
También el cielo sonríe
al lanzar una centella.

¿Sabes lo que es ese ser
que arrancaste de una flor?
Pues del divino poder
inconsciente ejecutor.

El era, como tú, niño,
y, por protección materna,
le daba, al nacer, cariño
la naturaleza eterna.

El su destino seguía
bajo una ley misteriosa;
aunque á rastras, pretendía

volverse al fin mariposa.

Todo en el mundo rastrero
es semejante al gusano.

Antes del vuelo altanero
hay que dar pasos de enano.

La flor empieza en capullo,
el astro en rayo furtivo,
el ronco mar en murmullo
de arroyuelo fugitivo.

En breve, obscura semilla
la yerba que el campo alfombra,
y el pensamiento que brilla
en un sueño entre la sombra.

Todo es pequeño al nacer,
todo es débil y mezquino...

¡Maldecido quien á un ser
detiene por su camino!

¿Sabes tú, niño insensato,
qué mariposa sería,
del aire gala y ornato,
ese gusano algún día?

Contra Dios entabla guerra
quien una vida anonada.

Para El que todo lo encierra,
despreciable nunca hay nada.

Tiene corazón que siente
el gusano más pequeño;
no razona, mas presente
al Sumo Hacedor y Dueño.

El se transforma, ocultado
de seda en una prisión,
y allí duerme, aletargado
como en su fiebre el león.

Deja, pues, niño ignorante,
vivir lo dulce y lo tierno;

ya el mundo tiene bastante
negrura y dolor de infierno.

Ten piedad del inferior;
no te goces en su llanto
por si un fallo vengador
trueca tu dicha en quebranto.

Ten respeto en adelante;
lo más vil busca su gloria.
Considera que el diamante
nace en medio de la escoria.

Y ese pobre ser tenía
también dichas que gozaba,
en la flor en que vivía,
en el sol que le animaba.

A ti ¿qué placer su muerte
pudo darte?... ¡Fiero engaño!...
Destruiste de esa suerte
por el gusto de hacer daño...

Te diré, pues que maltratas,
y aunque mi lección te asombre,
que si hoy un gusano matas,
matarás mañana á un hombre.

Y si, tal vez, en tu hogar,
de odio lleno y de amargura,
no te enseñaron á amar,
tú, que aún tienes alma pura,
como memoria del cielo,
que en ti no estará extinguida,
ve sembrando en este suelo,
nunca muerte, ¡siempre vida!





Primavera y otoño

Después de largos años
de triste duelo,
de esperanzas traidoras,
de sueños locos,
con sólo una mirada
me abres el cielo.,.
¡Ya más que yo felices
habrá muy pocos!

Tu corazón responde,
ya despertado,
al fuego que en mi pecho
arde tan vivo.

Pensé que no me amaras,
ser adorado...

¡Me amas! Tal ventura
casi concibo.

Un himno de alegría
mi voz eleva,
al amor delirante
que me subyuga;
y olvido que en mis sienas
á trechos nieva,

y que la edad mi rostro,
ya mustio, arruga.

Sólo pienso en tus frescas
puras mejillas;
sólo miro tus ojos
que me enloquecen:
sólo siento, embriagado,
que tus sencillas
gracias, todo mi cuerpo
rejuvenecen.

En mi otoño marchito,
tu primavera
amorosa sonríe
y me conforta;
no es para mí la dicha
vana quimera,
á libar los placeres
todo me exhorta.

Ya brilla en mi existencia,
tan solitaria,
tan llena de negruras,
tan abatida,
el astro al que mis labios
tierna plegaria
mil veces dirigieron,
¡sol de mi vida!

Eres, bella adorada,
tú, la hechicera,
que ha encantado el desierto
de mis dolores;
y ahora rosas descubro
por donde quiera,
y doquier cantar oigo
los ruiseñores.

¿Es cierto que me amas?

¿Es cierto, hermosa,
que compartir conmigo
quieres *tu suerte*?

¿No te espanta que, acaso,
ya está mi fosa
abriendo, allá en lo oscuro,
la horrible muerte?

Borrando las distancias
que el tiempo imprime,
mi corazón y el tuyo
se han comprendido;
mas ¡ay! que de los años
nadie se exime...
¡Gracias!... ¡Ha sido un sueño
desvanecido!

Yo conozco las leyes
de la natura,
yo sé que el árbol viejo
no ofrece galas;
yo comprendo que el ave
busque la altura,
cuando por vez primera
tiende sus alas.

Como siempre entre espinas
he caminado,
basta para mi gozo
sentirte amante;
sólo saber me basta
que me has amado;
que tu alma fué mía
por un instante.

Tu vuelo, por el mundo
de los placeres
despliega; la fortuna
ríndate un trono.

No importa que me olvides,
si feliz eres;
como te adoro tanto
te lo perdono.

Quizás otros afectos
te hagan dichosa;
quizás en otros brazos
halles el goce.
Nada de su destino
sabe la rosa;
si irá á un altar ó al fango
nunca conoce.

Mas, si un día una pena
te causa enojos,
no viertas una lágrima
¡ven á mi lado!
Llorarán compasivos
por ti mis ojos...
¡Al llanto estoy, ya há tiempo,
acostumbrado!





La rosa y el cardo

La vida es drama, á mi ver,
en el que sou, en rigor,
larga jornada el dolor,
breve entreacto el placer.

Ved qué existencia menguada,
alcanza la linda rosa.

No bien surge esplendorosa
cuando muere deshojada.

Por el contrario, se ve
que es el cardo, en todo instante,
aún más fuerte y más punzante
que cuando arrancado fué.

Así, vuelvo á repetir,
que en este mundo vulgar
lo corriente es el llorar,
lo extraordinario el reir...

Todo llora, *todo gime*;
eco en todo halla el quebranto.
En todo se extiende el manto
del duelo que nos oprime.

Solloza angustiado el viento
entre las ramas que mece;

en la roca, que estremece,
lanza la ola un lamento.

Aunque es fanal de belleza
toda estrella misteriosa,
tiene su luz temblorosa
indefinible tristeza.

El ave misma, en el nido,
que es gloria de su deseo,
suele exhalar un gorjeo
que se parece á un gemido.

Y cuando hierve cual lava
la ardiente sangre en la orgía,
¡cuántas veces la alegría
en pena traidora acaba!

Si un momento hemos tocado
al espasmo del placer,
se escucha en ayes romper
nuestro pecho acongojado.

Y cuando, tras mil enojos,
se logra dicha impensada,
celebramos su llegada
con lágrimas en los ojos.

Eso prueba, en conclusión,
que, aunque tal prueba horroriza,
con el pesar simpatiza
nuestro pobre corazón.

La felicidad humana
es un sueño prolongado,
del que, al verlo realizado,
hallamos la esencia vana.

Y si quizás el destino
del mal, rompiendo el asedio,
nos da goces, surge el tedio
como alevoso asesino.

Así, en los años amargos



de las ilusiones huera,
son cortas las primaveras,
son los inviernos muy largos.

Mas aún sufriendo el rigor
de un viaje tan incierto,
nos lleva, en este desierto,
espejismo seductor.

Y una y otra y otra vez
tras el engaño acudimos,
hasta que en él ya morimos
como con el cebo el pez.

Y en nuestras ansias mezquinas
no advertimos, con temores,
que viven poco las flores
y eternas son las espinas.





Sol que nace y sol que muere

Niño de rubios cabellos
y de azuladas pupilas,
es en la noche engendrado
y á su madre la asesina.

Llora, como aquél que nace,
y ya en el mundo se mira,
y las perlas de sus ojos
entre las flores salpica.

En los templos de los bosques
resuena su bienvenida,
desde el laúd de las lenguas
de las nobles avecillas.

Arrullos le dan las fuentes,
y besos le dan las brisas;
pañales le dan las brumas,
que rosa y oro matizan.

Ante sus dulces miradas,
la tierra canta y suspira;
todo de amor se estremece,
y del sueño resucita...

Tan sólo siglos y siglos
dormirá esa pobre niña,
á quien contempla la aurora
entre velas encendidas.

Y ya en la alegre ventana,
que hoy luz fúnebre ilumina,
no volveré á ver el rostro
que era mi espléndido día.





El amante del pasado

¿Por qué siempre estoy triste? ¿Por qué goce ninguno que no me sepa á amargo, cruel ó inoportuno, [no la copa del destino me ofrece en todo afán?

¿Por qué siento nostalgia? ¿Por qué en mi pensamiento si nacen esperanzas, arrástralas el viento, como marchitas hojas que á dispersarse van?

No siento yo nostalgia por un cielo perdido al venir á este mundo, pequeño y fermentado; no sufre esa nostalgia mi inquieto corazón.

Ensueño de las almas sencillas y exaltadas, si la fe lo imagina, no lo ven las miradas al lente en que analiza nuestra flaca razón.

Y esta protesta mía no me impulsa al extremo hacia el que, temerario, derrúmbase el blasfemo, aparentando audacia ridícula y vulgar.

Un átomo de polvo, criado entre vileza, del encumbrado monte la altura y la grandeza, porque las desconozca, ¿puede acaso negar?

Mas ese paraíso, donde en quietismo eterno, beatífico, contrario del horroroso infierno,

los elegidos viven, sin nunca padecer,
no seduce á mi mente, que goza en el combate,
ni conmueve mi pecho, en que sin tregua late
mi corazón sediento de amor y de placer.

¡Oh, no! Busco la lucha. La tempestad me llama;
la sangre que en mis venas circula, sólo ama
el aire caldeado por fèrvida pasi3n.

Reclaman mi cari3n la palma de la gloria,
la beldad deslumbrante, la espléndida victoria,
el mar alborotado y el rápido aquil3n.

Es esa mi nostalgia. Me ahogo en la presente
edad positivista, mezquina, indiferente,
en que toda fiera se mira declinar;
en que el arte, mendigo que su dolor pasea,
si á veces se le acoge, porque el pesar recrea,
recibe un agasajo de mísero juglar.

Yo siento la nostalgia, cuando mi duelo arrecia,
de los floridos tiempos de la brillante Grecia,
con sus paganos dioses y hermoso Parthenon;
las fúlgidas tragedias de Sófocles y Esquilo,
las odas armoniosas de cristalino estilo,
la peregrina ciencia del inmortal Plat3n.

Yo siento la nostalgia del siglo en que renace,
como al astro del día la niebla se deshace,
el mundo, apareciendo Cellini y Rafael;
y áun disputar quisiera, blandiendo la tizona,
entre contrarios bandos, la popular corona,
tejida para el genio de un egregio pincel.

O ya correr á Flandes, en busca de aventuras.
con la afilada daga, que saca de apreturas,
la pluma en el chambergo, de cuero mi jub3n;
y hallando en mi camino bulliciosa hostería,
tras de abundante cena, colmada de alegría,
con un beso á la dueña pagarle mi ración.

O ya, entrando en las filas de la chusma sublima

que oculto continente del olvido redime,
con el gran genovés cruzar el ancho mar;
y viendo los tesoros que allí cobija el cielo,
con alma de gigante, trajera al patrio suelo
recuerdos de grandeza y ambiente que aspirar.

O ya inspirado bardo, volando á la Provenza,
entre los trovadores, no encontrar quien me venza,
ganando como prenda la más preciada flor;
la flor dulce y querida, la Reina de los Juegos,
que á mis sonoras rimas, y á mis secretos fuegos,
responde concediendo su celestial amor.

O ya, en fin, en la hora de incomparable día
en que el esclavo pueblo rompió la tiranía
que como red de hierro llególe á retener,
alzara entre mis manos el hacha redentora
que echó á tierra la encina vetusta y corruptora
á cuya sombra el hombre venía á perecer.

¡Oh, sí! Por las heróicas, magníficas edades,
por las batallas nobles, y por las tempestades
en que una idea ó un rayo contéplase estallar,
mis nervios se estremecen, mi corazón suspira,
y lanza ardientes sonos mi apasionada lira,
cual pájaro que un eco escucha en su cantar.

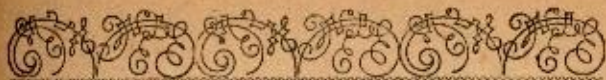
Yo fuera ciudadano de la triunfante Atenas;
yo acaso fuera un mártir, muriendo en las arenas
del circo entre leones, proclamando una fe.
De intrépido soldado yo fuera en las Cruzadas,
ó penitente monje marchara, en mis jornadas,
con el bordón al brazo, con la sandalia al pie.

Yo, en fin, rompiera lanzas, en desigual torneo,
para vengar, áun dando mi sangre por trofeo,
de una inocente dama la ultrajada virtud.

Yo realizara acciones de abnegación inmensa,
en trances que pidieran salir á la defensa
del arte, la hermosura, la gloria y juventud.

Pero, por suerte infausta, todo entusiasmo quita,
con su interés helado, la época maldita
que consume el más puro y enérgico tesón,
en míseros combates, tan viles como fieros;
en luchas con imbéciles, en luchas con rastreros,
en luchas con el propio rebelde corazón.





Idilio callejero

I

Cuando lenta y tristemente
se acerca el sol á su ocaso,
y se ve, no sin zozobra,
que va su disco ocultando
tras de los montes azules,
tras de los grises tejados,
profunda melancolía,
en la ciudad y en el campo,
se extiende, al par que las nieblas
desplegan su inmenso manto.

Nadie olvida que el sol, sobre el mundo
terrestre, siguiendo su círculo vasto,
lleva siempre delante la aurora
y la noche detrás de sus pasos.

Nadie pierde la dulce esperanza
de tornar otra vez á admirarlo,
y otra vez, y otras mil, á extasiarse
ante el vivo fulgor de sus rayos.

Mas ¡qué abismo de odiosa negrura
halló siempre en la noche el cuitado!

II

¡Qué nostalgia tan intensa
siente el alma en esas horas,
en que, enlutados los cielos,
empiezan las turbias sombras
á envolver las dilatadas
poblaciones bulliciosas!
Es verdad que luces múltiples
la industria enciende. ¿Y qué importa?
¡Sólo alumbran alegrías
que á las miserias provocan!

Cruza un coche con rápidas ruedas
que la faz de algún misero enlodan,
despertando el feliz que lo ocupa
los furoros del pecho que odia.
Si no deja el rencor ó la envidia
como huella, á su paso, ominosa,
la ambición ó el despecho sembrando
doquier va, cual simiente traidora...
La opulencia, el hastiado tan sólo
impasible contempla ó con mofa.

III

El curioso transeunte
tal vez detiene su marcha
ante el rico escaparate
que cautiva sus miradas.
Súspéndele aquí la joya
que á la mujer engalana;
allí, ostentoso ropaje
que la vanidad realza;

ó allí, manjar reservado
á la mesa aristocrática.

Pero, son seducciones risibles
de mentido oropel, que no engañan
á quien ya los postreros cartuchos
de la vida gastó en la batalla.

No embelesan á aquel que ha encontrado
en sus sueños floridos la escarcha.

¡Qué inseguro el poder que fascina!

¡Qué fugaz la riqueza que halaga!

¡Nombres vanos que encierran venturas
tan pomposas cual huecas y falsas!

IV

Mas, mirad. Hay en las breves
primeras horas nocturnas
algo que al alma sonríe,
que los pesares endulza,
que regocija los ojos,
y hace que se reproduzca
en la memoria la imagen
de aquellas églogas puras
en las que los héroes fuimos
allá en edades ilusas.


¡Cuán tiránicamente el trabajo
por el día encadena y subyuga!
Al esfuerzo las manos se crispan;
las espaldas al peso se curvan.
La labor sólo avanza al aliento
que con rabia los labios expulsan.
Sólo el pan se conquista al empuje
de los pechos y frentes que sudan.
La maldita existencia es un crimen,
y, sufriendo los hombres, lo purgan.

V

Creyérase que ya al mundo
abandonó la alegría;
pero llega ese momento
en el que el sol se retira
tras de los tejados grises,
tras de las pardas campiñas,
y por montes y ciudades
profunda melancolía
se extiende, al par que las sombras
misteriosas se deslizan.

Y un idilio tiernísimo entonces,
por la calle, en escenas dulcísimas,
se descubre, anunciando á las gentes
que aún la tierra es mansión de delicias.
Los amantes, buscando lo oscuro,
van ciñéndose el talle á escondidas,
murmurando al oído la eterna
cantilena amorosa y divina...
¡Oh! ¡La noche! ¡La noche es sin duda
para ellos más grata que el día!





Regalo de novia

I

Anita, que viviendo sin torpe engaño,
de sus ovejas guarda fiel el rebaño,
hace tiempo que muestra graves enojos,
y ni cierra de noche sus lindos ojos,
ni abre apenas los labios, en dulce giro,
sino cuando da al viento triste suspiro.
Cual vedados placeres, en su deshecho
pesar, la alegre mesa y el blando lecho
le son, y el pan y el sueño dichas extrañas...
Pero, ¿qué pena es esa, que en sus entrañas
clava el diente, turbando su calma tierna
y anubla de su alma la luz eterna?
Pues es que la pastora de ovejas tiene
un novio, y un regalo, como conviene,
quiere hacerle en su día, ya muy cercano.
José se llama el novio, mozo lozano,
y Marzo ha recorrido media carrera.
¿Comprenderéis ahora la lastimera
aflicción de la niña que, en su quebranto,
al cielo pide ayuda, con hondo llanto?

¡Cuán fácilmente pueden los poderosos,
que habitan en los centros más populosos,
sus efímeros gustos mirar cumplidos!
¿Para quién, los metales más escogidos
fulguran, engarzando piedras galanas,
y ostentando primores y filigranas?
¿Para quién, las sustancias, que el sibarita
en manjar saborea que al goce incita,
se mezclan y transforman con grato adobo,
y hundén á los felices en dulce arrobo?...
¡Una joyal ¡un merengue!... Bienes inciertos
si cual la pastorcita, sólo en desiertos
nuestra vida transcurre. Tesoros raros
aún más que, allá en los cielos, puros y claros,
los luceros que brillan como diamantes,
y están de la inocencia menos distantes.

Pero, ¿olvidáis sin duda que Ana, la agreste,
reina en aquellos campos, cual flor celeste?
¿Olvidáis que es el hada de aquellos montes
donde son infinitos los horizontes?
¿Olvidáis que es la ninfa de los frondosos
bosques, siempre sagrados y misteriosos?
Pues de aquí, de la rica, feraz Natura
sacará la presea que la tortura.
Y como sus esfuerzos no serán vanos,
pues el amor dirige sus puras manos,
el don será un pañuelo, por más que asombre,
como igual no lo tuvo jamás un hombre...


Con las alas nevadas y vagarosas,
con que surcan los aires las mariposas,
formó la pastorzuela, con diestro celo,
el aéreo tejido de aquel pañuelo,
junto al que la batista y el tul más fino
resultaran urdimbres de tosco lino.
Recogió de las zarzas, sobre su falda,

como agujas cortadas de una esmeralda,
penetrantes espinas, para el bordado,
pues quiere que el pañuelo vaya adornado.
Mas ¿dónde están los hilos de plata y oro?
Descuidad, que dispone de un gran tesoro.
El sol que, como un padre, nunca es esquivo,
y para los humildes es compasivo,
los más lucientes rayos de sus auroras
le ha enviado, cual hebras deslumbradoras.
Y hasta la argéntea luna, la luna casta,
por si con los dorados hilos no basta,
de entre sus más sutiles, níveos cabellos,
le cede los que hechizan por sus destellos.

¡Qué regalo de novia! ¿No es un prodigio?
¿Conserva de lo humano ningún vestigio?
Es que allí, como en todo lo que es dechado
de belleza suprema, se ha coligado
la Natura, en sus obras tan peregrina,
con el amor, que es otra cosa divina.
Para admirar las aves la labor bella,
alrededor acuden de la doncella;
saltando los arroyos, van bulliciosos
hasta sus piés, lanzando sonos gozosos;
y los árboles, besos, como homenaje,
posan sobre su frente, con el ramaje;
mientras cantan su triunfo los ruisseños,
y en su honor se deshojan las tiernas flores.

Sólo triste una oveja mira el portento
con los ojos velados de sentimiento,
viéndose en la turquesa de su pupila
que una opalina gota de llanto oscila...
Pues si niegan, soberbios, algunos sabios,
al animal humilde, dándole agravios,
un alma en que hay un fondo que se ilumina
con un rayo piadoso de luz divina,

no duden que comparten los pobres seres
con nosotros las penas y los placeres...
La oveja, en un lenguaje dijo secreto:
—¡Aún, Ana, tu trabajo no está completo!
Pues aunque maravillas sin fin abarca,
lo principal no lleva: tu propia marca...»
Mas á todas tal prenda ya sobrepuja.
Con la espina, que oficios hizo de aguja,
se ha herido la pastora su lindo dedo;
y sangrando y llorando, muerta de miedo,
ha estampado allí un sello, mezclando en tanto,
con corales de sangre, perlas de llanto...
Ya nada falta á aquella creación humana.
Pues para que una gloria se yerga ufana,
donde, más que los bienes, el mal gobierna,
y la dicha más triste, sólo es eterna,
el regalo de novia de la pastora,
hecho con lo más bello que se atesora
en el cielo y la tierra, fué más triunfante
porque tuvo á la pena de acompañante.



Vuelos de golondrina

En estos tiempos
positivistas,
en que el rey Oro
es quien domina
sobre las almas,
sobre las vidas;
sin trono, errante,
triste mendiga,
recorre el mundo
la poesía.

Siempre sensible
y compasiva,
acaso llama
á las buhardillas;
ricos palacios
tal vez visita,
cual mariposa
tras luz que brilla;
y en todas partes
canta ó suspira.

Va á su destino
con marcha alígea;

baja á los antros,
sube á las cimas,
y deja besos
entre armonías,
y casi nunca
la tierra pisa,
siendo sus vuelos,
de golondrina.

 Mi libre musa
que, fidelísima,
de mi existencia
es copia y cifra,
y en rumbo incierto
sus pasos guía,
al sol cruzando
montes, campiñas...
al vagabundo
pájaro imita.

 En la alta torre
gozosa anida,
ó allá, en la choza
pobre y tranquila.
Siempre buscando
luz y alegría,
huye ante el frío,
muda de clima,
y odia á estos tiempos
positivistas.



Primavera

No es eterno el pesar, ni siempre dura
el invierno implacable. ¡Ya he llegado!
¡Ya he vuelto á renacer, cual la esperanza!
Arboles desmayados y encogidos
merced al crudo temporal, ¡arriba!
Rocas á quienes coronó la nieve,
¡dejad esa diadema que os oprime,
y enarbolad, como marcial penacho,
el arbusto florido, ó ceñid tocas
de suavísimo musgo! Campos yermos,
¡desplegad vuestras sábanas inmensas
de sedosa verdura, donde encuentren
tálamo venturoso, con las flores,
los ávidos insectos! Dilatados,
grandiosos horizontes, ¡los tupidos
crespones de las nieblas, que ocultaban
vuestra sublime excelsitud, sin pena
deshaced presurosos, pues el padre
magnífico del día, ya os ofrece
abrazos de su luz esplendorosa!...
Ya todo resucita á mi retorno.
Ya todo se despierta. Un desperezo

universal me acoge, entre canciones,
tras el glacial letargo. ¿Por ventura
no adivinas, mortal, quién es quien llega?
¡La mañana del año! ¿Tus oídos
el entusiasta canto no acaricia,
que á Dios, á la existencia, á los amores,
eleva la Natura en alabanza?

Yo soy, sin duda, la estación más bella.
Yo sonroso los cielos y los campos.
Gracias á mí, la savia se desborda,
fluyendo por doquier como un torrente,
no por ir escondido, menos grande.
Llénase el aura de vital aliento.
Y las almas, lo mismo que las cosas,
palpitan, ó sonríen con delicia.
La claridad celeste se derrama
pródiga en los espíritus. El pobre
bajo mi influjo bienhechor revive.
Y así en la humanidad, como en la tierra,
se advierte un general florecimiento.
Cual soberana mágica, de encantos
rodéame una corte que me adora.
Soy la edad en que empiezan las fecundas
y delicadas flores á entreabrirse.
Yo soy el plazo que el regreso marca
de los errantes pájaros; el tiempo
en que el aire satúrase de aromas
y esmáltanse los árboles de nidos...
¡Qué portento es el nido! ¡Qué sublime,
y, á la par, qué sencilla obra maestra!
Son los nidos mi orgullo y mi contento.
Precédenles los cánticos vehementes
del cariño nupcial, y el tierno enjambre
de polluelos les sigue. Ya las ramas,
que ateridas se hallaron y desnudas,

no se contentan con poblarse ahora
de pomposo follaje; servir quieren
de sostén á un hogar, á una familia.
Y ¿qué familia habrá más hechicera?
Amor, tan sólo amor formó su lazo.
En su apoyo, la fronda se entreteje
solícita y flexible, en cuyo seno
tranquilo y maternal, la nueva tribu
encuentra un santuario... Sí; yo os digo
que el árbol en que un nido el cielo puso,
es un árbol sagrado.

A no ser ciegos,
ya veis: regocijados son mis días,
bonancibles mis noches, deleitosas
mis tardes, sonrientes mis mañanas.
¿Quién no admira mis lánguidas y mudas
horas crepusculares del ocaso,
en que el ligero azul del alto cielo
forma un acorde de matices tenues
con el verde apagado de los valles,
donde empieza á brotar la fina yerba
cual áureo terciopelo? Ya más corto
es de las sombras el fatal reinado,
y no cruzan mis noches estrelladas
esos fantasmas que el terrible invierno
forja en la obscuridad, siendo tan sólo
entre una y otra luz un breve lapso,
no abismo interminable de negruras.
Mi reinado es de paz. Ante las aras
de la adorable, celestial María,
acuden las doncellas, con sus ramos
de lilas y de rosas, revistiendo
gasas albóreas, cual sus mentes puras.
¡Con cuánto afán, ante la imagen santa,
que las sonríe con amor se postran!

¡Con qué inocente orgullo depositan
á sus pies sacros la olorosa ofrenda!
¡Con qué tímido ardor alzan los ojos,
al par que las plegarias, hacia el cielo,
donde, como la llama de los cirios
y del incienso el humo, sus etéreas
aspiraciones virginales suben,
hasta desvanecerse! ¡Cómo hermanan
con las humildes, primorosas flores
sus espíritus cándidos! Y, ¡cómo,
cual un perfume vagaroso, esparcen
los rayos de sus limpios sentimientos
por sus alrededores! Esas frentes,
semejantes á auroras, ¿en qué piensan,
al inclinarse hacia el sagrado libro?
Y esos labios, suaves y aromosos,
como dos hojas de *clavel*, ¿qué piden
cuando se abren, desfrenando el ala
de la oración divina? ¡Quién lo sabe!
Pero, ¿quién de advertir deja, en aquellas
salmódicas palabras, balbucidas
en misteriosa voz, el himno ardiente
de la virginidad y la hermosura,
que, en ansia juvenil, vuela, buscando
la invisible región de lo infinito?

Mi beso engendrador á todas partes
llega, y anima la creación grandiosa.
Hasta los seres más humildes sienten
mi dulce influjo y mis prestigios *cantan*.
Hasta las bestezuelas más menudas
exhalan entusiásticos acentos.

—Ya en nuestros hondos escondrijos—dicen,
»yacíamos transidas. La memoria
»íbamos ya perdiendo de los días
»espléndidos de antaño, cuando alegres

buscábamos el sol, que en nuestros dorsos
adoradas capas con su luz trazaba.
Pero ya nuestra puerta un rayo tibio
baña apacible, y el sopor sacude
nuestro cuerpo, anegado de ventura.
Olvidadas no estábamos. El Sumo
Dios misericordioso, aunque pequeñas,
en nosotras pensaba, y nos volvía
el derecho á vivir.»

Las mariposas,
rota la seda de su cárcel, bullen
de un lado á otro, propagando el fausto
resucitar de la Natura. Fiestas
ella celebra en mi triunfal arribo,
vistiéndose de gala. Innumerables,
pintadas florecillas, sus corolas
rasgan, manando regalada esencia
abundante y natural derroche.
El fértil suelo, que hollará mi planta,
alfómbrase de verde, matizado
de exquisitos colores. Y las aves,
ensayando sus arpas, me saludan
con sus más cadenciosas armonías.

Aunque para sus gozos, mi concurso
nunca fué imprescindible, pues ya llevan
dentro del corazón, de amor henchido,
las eternas venturas, los amantes
mi presencia reclaman, pues soy siempre
la Estación predilecta de himeneo.

¡Mortal! ¿No me adivinas, por ventura?
Soy, sí, la Primavera! Soy el blando
despertar de los seres. Soy la grata
Estación de las dichas inefables,
y los mansos afectos. Siempre torno,
tras el frío invernal. ¿Oyes mi canto?

Es la canción ardiente y misteriosa
que va diciendo á todos: «¡Vive y ama!»
Ama, sí, tú también. No economices
esos postreros rayos que aún conservas
de sueños, de esperanzas, de ilusiones.
¡Ay! mañana tal vez ya será tarde.
A veces, en la bóveda azulada,
que tengo por dosel, el odio ruge.
De nubes se encapota, reemplazando
fintas sombrías á los claros tonos.
Para su horrible acción se entenebrece,
fulmina rayos y restalla truenos.
Al furioso huracán desencadena,
y con sus alas de terror arrasa,
de mi gloria envidioso el miserable,
toda cuanta bondad yo fui sembrando
en mi marcha fecunda. Sin consuelo
lloran las nubes cuando ven las flores
en sus endebles tallos abatidas,
las siembras arrolladas, y doblados
los árboles con torpe reverencia
ante el cruel devastador, temiendo
despojados quedar de sus hermosas
galanuras recientes. Mas la lluvia,
tiene á veces piedad. Si en ocasiones,
convertida en granizo formidable,
asuela prados y vergeles tala,
á veces compasiva, manda un grano
de benéfico trigo en cada gota,
conque, de un día más, al triste humano,
en su jornada miserable, dota.





La hermana celeste

Una mariposa,
con alitas blancas,
revoloteando,
salió una mañana.

Cubiertos de flores
los campos estaban.
La mariposilla
iba fascinada.

Era una flor ella,
una flor del áura,
una flor divina,
una flor del alba.

Pero, aunque del cielo,
buscando una hermana,
en una del mundo
replegó sus alas...

Era una amapola.
¡Qué gozo emanaba
de la flor silvestre,
tierna desposada!

Gozosa lucía
veste de escarlata.

Mas, ¡qué amargas eran
sus negras entrañas!

¡Triste desencanto!
Otra vez sus alas
la mariposilla
vibró apresurada...

Huyó, y en el seno,
que aromas exhala,
de una linda rosa,
se posó con ansia.

En jardín frondoso
ella se ufanaba
cual la más garrida,
cual la más galana.

Era ella la reina
de las perfumadas
corolas que en torno
tenía el alcázar.

¡Qué embriaguez tan dulce,
la golosa, errática,
sintió en el regazo
de la flor amada!

El néctar bebido
sumíala en gratas
profundas delicias,
cual nunca soñadas.

Mas, ¡ay! alejóse
de allí en fuga rápida,
llorando su engaño,
su herida esperanza.

Repugnante oruga,
pérfida y taimada,
un labio roía
de la rosa infausta...

De un lirio en el cáliz,

con caricia mansa,
cerró á poco trecho,
sus alas de nácar.

En rincón oscuro,
fiel lo recataba
el huerto de antigua
reclusión monástica.

Sus pétalos tristes
las tintas mostraban
de la nazarena
túnica morada.

Allí el templo, á un lado,
su mole elevaba,
y al lirio, en su sombra,
cubría sagrada.

Hasta allí el incienso,
en místicas ráfagas
iba, embalsamando
las umbrías vagas.

Mas ¡ay! que marchito
el lirio doblaba
la sien, y su aliento
olía á mortaja...

Y otra vez la virgen
de las alas blancas
huyó por los aires
buscando su hermana...

Llegó al fin la noche.
La bóveda alta
celestial, de estrellas
se llenó doradas.

¡Aureas florecillas!
¡Quién podrá alcanzarlas!
¡Quién podrá fundirse
en sus puras llamas!

Y allá en las tinieblas,
las alitas ráudas,
subiendo hacia el cielo,
sin descanso marchan...

¡Oh, mariposilla!

Yo conozco un alma,
que, cual tú, va errante,
y, cual tú, angustiada,
que en el mundo busca
otra alma, su hermana,
su amorosa estrella,
su ilusión fantástica...

¡Mujer misteriosa,
mujer adorada,
mujer de mis sueños,
mujer de mis ansias!

Yo que he perseguido
tantas sombras, tantas,
sin ver viva copia
de tu imagen casta...

¿Dónde estás? ¿Acaso
tan sólo en la alta
mansión infinita,
oculta me aguardas?...

¡Almas tenebrosas,
almas angustiadas,
que nadie en la vida
terrena acompaña!

¡Qué triste el presente!
¡qué incierto el mañana!...
¡Oh, más le valiera
volver á la nada!





Cruel cazadora.

Joven ciervo, gentil y arrogante,
al través de espesísimo bosque,
de improviso se ostenta á la vista
de una turba de diez cazadores.

A seguirle se lanzan ansiosos
los caballos, los perros, los hombres,
y entretanto hacia el ciervo una lluvia
va silbando de dardos veloces.

En corcel impaciente y altivo,
amazona, de espléndido porte,
gallardea, rival de Diana,
la adorada por hombres y dioses.

¡Pobre ciervo! Emprendiendo la huída,
como el viento, la selva recorre,
y en sus piés, al salvar los abismos,
alas ráudas parece que pone.

No le arredra el tupido ramaje,
ni las breñas que el paso le corten;
recostando en el dorso las astas
allá cruza entre encinas y robles.

Ya certeras las flechas sus carnes
con heridas rasgaron disformes;

ya su sangre ha esmaltado de rosa
los punzantes espinos traidores.

Mas él huye frenético y loco,
pues su fin lamentable conoce,
y prefiere morir sin cadenas
á gozar de la vida en prisiones.

Ya le abrasa la sed las entrañas,
ya los pies obedécenle torpes;
ya sus ojos el vértigo anubla,
y ya siente estallar sus pulmones.

¿Dónde está, dónde está aquella umbria
que se oculta en las faldas del monte,
en que el ciervo un asilo seguro
suele hallar, para el sueño, en la noche?

En su fiel, laberíntico fondo,
nunca el sol, ni en los días de ardores,
penetró con sus rayos más fuertes,
que hasta alumbran recónditos orbes.

Y ¿qué ha sido del claro arroyuelo
que serpea, con gratos rumores,
entre juncos, y mimbres y yerbas,
en que nunca tocaron las hoces?

¿Dónde un sorbo encontrar que reanime?
¿Dónde hallar un refugio, en que el noble
animal acosado, el aliento
y el valor ya perdidos, recobre?

¡Allí están! Ya divisa cercanos,
reavivando sus mustios vigores,
el cristal bullidor que refresca,
y el albergue tranquilo que esconde...

Mas es tarde ¡oh, destino inclemente!
Dirigiendo á los diez cazadores,
la incansable amazona le alcanza
cuando más él á salvo creyóse.

Es de diosa su faz; mas sin duda

en su pecho, aunque níveo, de bronce,
guardará un corazón cual si fuera
de diamante durísimo bloque.

Sin piedad, de un postrer rejonazo,
al pacífico huésped del bosque,
le derriba en el césped, que tierno
tantas veces de lecho sirvióle.

Y entretanto la trompa de caza,
proclamando en alegres pregones
de la hermosa la empresa triunfante,
en sonidos intrépidos rompe;

muere el ciervo exhalando un suspiro,
que medrosos los aires recogen,
con sus ojos bañados de llanto
aunque limpios de airados reproches.

Contemplando el divino semblante
de quien vienen sus ansias entonces,
pues sonrío su lindo verdugo,
él expira sin quejas innobles...

Para aquellos, no obstante, que ignoran
con qué imperio fatal los amores
aun los pechos más libres subyugan,
aunque rudos su víctima azoten;

llorarán compasivos la muerte
del que en sí del candor lleva el molde,
y en su humilde existencia da ejemplo
de sensible, de tímido y dócil.

Es verdad que, al morir, ha perdido,
con la vida, los más ricos dones;
ha perdido los cielos azules
y los prados cubiertos de flores.

Ha perdido las vastas llanuras,
do, triscando, ó corriendo á galope,
desdeñaba, en sus vuelos audaces,
á los más encumbrados condores.

Ha perdido los lagos serenos,
de los astros *espejos inmóviles*;
ha perdido las brisas que halagan
con arrullos, y besos, y olores.

No podrá ya en sus ojos cerrados
retratar su pupila horizontes
que le dieran los vagos ensueños
de remotas, sublimes regiones.

Mas al ciervo no importa. La causa
que le mueve á que triste deplora
su final prematuro, tan sólo...

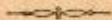
—y yo no seré, quien se asombre,—
fué saber á destiempo que el mundo
encerraba en su círculo enorme
la deidad hechicera que ahora
es al par su tormento y su goce.

¡Feliz él! De otro modo su vida
tal vez fuera un calvario de horrores,
bajo un monstruo con faz de querubés
y con garra feroz de leones...

Yo conozco esas largas torturas;
yo conozco esos hondos dolores.
Yo he sentido la infame jauría,
tras de mí, de furiosas pasiones.

Yo también alcanzado me he visto,
y abatido á los mágicos golpes
de una bella y cruel cazadora
que mis dichas consume y absorbe.

Y mi dueña es más bárbara. Astuta,
para hacer que mi mal se prolongue,
disfrutando en mi lenta agonía,
con dulzura, á morir me dispone.





La amada misteriosa

I

¿Ignoráis quien soy yo?... Plácido beso
doy en las almas en que el sol radiante
de la beldad divina se refleja.
Si quiero aparecer, tomo por cuna
el cerebro del hombre: obscuro antro
si en él yo no sonrío; claro cielo
si amoroso me brinda allí morada.
Cuando envuelve la torpe indiferencia,
con su manto glacial, los corazones,
como la nieve las altivas cumbres
donde palpitan los volcanes, mudos,
yo oculto permanezco, cual gusano
en su opresor capullo. Mas si surgen
en los jardines las fragantes rosas;
si en los luceros que por ojos llevan
las deidades mundanas, el ardiente
y celestial amor prende una chispa
de pasión delirante, ó tiende un velo
de éxtasis delicioso, salgo entonces
á la luz y desplego por el mundo
mis poderosas y brillantes alas.

II

Observad á ese joven, cuyo labio apenas cubre con su sombra el bozo. ¿Por qué esquivá las fiestas luminosas donde bulle, entre alegres carcajadas, la edad primaveral de sus amigos? Insensible parece á cuanto encuentra ante sus ojos. En su seno esconde sus penas y venturas. ¿Es que llora olvido injusto de voluble amada? Aún no los dardos del desdén punzantes traspasaron su pecho. ¿Gustó acaso y, ahora al recuerdo se conmueve, el néctar embriagador del goce compartido? Aún no el deleite del placer dichoso abrasó sus entrañas, reavivando con torturas y hechizos su memoria. Es que yo, como el sol en un abismo, he posado en su alma un hondo beso y al punto estampo en él huella imborrable.

III

Una vez que ha sentido mis caricias, no iguales á ningunas, de ese joven no se reclame ya que se embelese con los vanos fantasmas de la tierra. De todos sus más puros pensamientos yo soy la dueña, pues que soy su origen. Por una inspiración en mí nacida, él diera su existencia. Y, en efecto,

él se entrega á mi amor, en cuerpo y alma.
Sus más dulces suspiros á mí vienen.
Generosa, por mí, hierve su sangre
y se agita en torrente impetuoso
porque más savia y más vigor recabe.
En tanto que ignoró que yo existiera,
anduvo torpe por el bajo suelo;
pero cuando en su sér me ofrece asilo,
le empujo y le levanto, porque vuela.
Él me mece y arrulla, y él me abriga.
Nada tiene de extraño, pues por cuna
yo tomo su cerebro, abismo obscuro,
hasta que en él no canto y no sonrío.

IV

Mas, no siempre ¡oh dolor! el envidiable
amante que yo elijo, me consagra
lealtad ó gratitud... La vida es ruda,
fácil el desaliento, los caminos
áridos ó espinosos, la esperanza
pronta á desvanecerse, las pasiones
preñadas de traición, la muerte cierta.
Tentaciones sin número circundan
la frente juvenil. Manos de nieve,
fingiendo acariciar los negros rizos,
frescos y varoniles, los marchitan
al fuego sensual, trocando en canas
las cenizas que deja el desengaño.
Manos falaces, en que brilla el oro,
aparentan tejer triunfal corona
para la sien, bajo la cual circula,
en mansas olas, el candor ingenuo,
siendo tan sólo los brillantes lauros

clavos candentes de infernal diadema
de pérfidos martirios... Cuando alguna
de esas, adversas á mi dulce influjo,
cruelles tempestades, en el alma
estalla de mis nobles favoritos,
en mares sumergiéndoles de hielo,
ó hacia abismos llevándoles de lodo,
¡desdichada de mí! soy olvidada,
quedo escondida en los siniestros antros
del cerebro del hombre. Y es inútil
que sonría la alegre primavera
y florezcan las rosas. Yo me encierro,
como el gusano, en su opresor capullo,
en mi mágico alcázar misterioso.

V

Mas, ¡qué dichosa! si por suerte alcanzo
á escoger como nido un seno ardiente,
afectuoso y puro. Ya no temo
la ingratitud ni el abandono. Entonces
ni la horrible miseria, ni la muda
glacial obscuridad, ni el desdeñoso
desprecio del vulgar indiferente,
no consiguen que, aquél que me idolatra,
me desame, me niegue, ni me burle...
De mí, quizás, el fervoroso amante,
ni riquezas, ni honores, ni placeres,
podrá gozar al cabo, á la manera
como son neciamente cotizados
por la abyecta ambición. Pero, yo, pródiga,
le hago opulento en sueños. Y los sueños
que yo le comunico, sólo pueden
albergarse en los dioses. Y ¡oh, ventura!

aunque viene el invierno, las fragantes
rosas florecen para mí, los ojos
de las deidades terrenales lucen
bajo el velo del éxtasis, y salgo
á la luz, convertida en mariposa,
y subo al cielo entre mis raudas alas,
aunque tenues, potentes y brillantes,
al mortal que yo otorgo mis amores.

VI

¡Qué tristísima Edad, y qué prosaica
es la Edad que me insulta! ¡Qué mezquina,
sin mí, transcurre la vital carrera!
Entonces aseméjase á un infierno
de sórdidas pasiones. ¡Pestilente
lodazal de apetitos asquerosos!...
¡Cielo sin astros, y vergel sin flores! . .
¡Tosco lenguaje humano! ¿Qué serías
sin el mágico idioma de las musas?
Cuentas de lavanderas; expedientes
de oficinas ociosas ó vulgares;
mercantiles facturas rutinarias;
libros ineptos de brumosa ciencia;
letárgicos sermones de melífluos
frailes Gerundios; de tribunos chirles
hidrópicas arengas; de comadres
venenosas diatribas... ¿En qué oídos,
en cambio, si el espíritu está abierto
á la ternura, ó en las regiones flota
del ensueño que lleva á lo infinito,
con suavísimo arrobó no resuenan
las plácidas cadencias de las áureas
y melodiosas cuerdas de la lira?

VII

Todo lo noble **canta**. Un himno ardiente lanza la humanidad en los instantes más memorables de su vida. El niño, así como el anciano, ¿no formulan en la cuna, en el lecho mortuario, cantos, con sus lamentos ó suspiros, que no son sino acordes fraternales de las músicas íntimas del alma?... Todo lo hermoso canta: el arroyuelo, el pájaro, la brisa, la arboleda. Lo pequeño y lo grande: desde el rónico oleaje del mar, hasta las tenues alitas del insecto; desde el alto planeta que sus órbitas recorre, hasta el grano de arena, que, impelido, va sobre el aquilón, ó en el torrente.

VIII

Y pues que la palabra es armonía, la adecuada expresión de mi belleza, es la palabra rítmica, es el verso. ¡Es la voz musical que vibra y canta!... Mas, al cantar, haced, hijos de Apolo, que fútiles no vuelen vuestros cantos. Los mismos ruisiñores, en las selvas, no cantan por cantar. Misión sublime cumplen con sus gorjeos, transmisores de sus secretas amorosas ansias... ¡Oh! Sacerdotes sed, y no orfebristas.

Al engarzar las rimas, como perlas
de artístico collar, pensad que ornato
exterior no más son de la hermosura
á quien debéis rendir férvido culto.
Líneas ó notas, voces ó matices
¿qué son sino relieves de la idea?
El lienzo, el mármol, el compás, la estrofa,
¿qué son sino los moldes de lo bello?
Mas, la eterna beldad yace en el alma,
en el alma de todo. Sed los buzos
de la esencia suprema. Y no os importe
si, al retornar de una excursión al fondo
de todos los abismos, en la mano,
al par que el corazón manando sangre,
mostráis una verdad que de consuelo
sirva al que llora, ó de esperanza cierta
al que perdió la fe sobre este suelo.





Cómo quiero mi tumba

I

Cuando yo era niño,
yo, que siempre tuve
cual velada el alma
por obscura nube;
y sólo pesares
me daba la suerte...
ya pensaba adusto,
en la negra muerte.

Ya, cuando la vida
al fin se derrumba,
¿cómo yo anhelaba
que fuera mi tumba?...

Soñaba yo un nicho,
lleno de misterio,
de mi humilde aldea
en el cementerio.

Era un nicho blanco,
un rincón umbrío,
donde hubiera flores,

y en ellas rocío.

Formaban en torno
del fúnebre arco,
las enredaderas
un frondoso marco.

Y á la vez que á verme,
bajaban las aves
á comer, gozosas,
y á cantar, suaves.

Dábanlas sustento
de dulces semillas
las corolas mustias
de las florecillas.

Y sus cantos eran
ecos seductores
de sus venturosos
y libres amores.

Si acaso, en estío,
de sed se abrasaban,
en fragante cáliz
felices tomaban

las lágrimas puras
que la noche llora
por la eterna ausencia
de la amada aurora...

Allí yo quería que se me enterrara,
porque allí, la yerba, tapizando el suelo,
al ferviente amigo, que se arrodillara,
un cogín le diera cual de terciopelo.

¡Ay, de mí, que entonces mi madre vivía,
y latían juntos nuestros corazones!...

Así, largas horas, si hasta allí venía
me ofreciera besos con sus oraciones.

¡Por qué no, en aquellos años de inocencia,
en que clara brilla la ilusión dichosa,

en vez de la suya, no fué mi existencia
la que se escapara de la tierra odiosa?

II

Cuando ya fuí joven,
yo, que siempre tuve
cual envuelta el alma
por tétrica nube;

pero que de lejos
la alumbró, constante,
con áureas ficciones
la gloria radiante;

no menos fecunda
en fulgor incierto
que los espejismos
del vasto desierto;

y aún sólo pesares
me daba la suerte...
más que nunca triste
pensaba en la muerte.

Cuando ya la vida
al fin se derrumba,
¿de qué forma bella
soñaba mi tumba?...

Encerrar pensaba
mis restos mortales
junto á los sepulcros
de los Inmortales.

De mármol y bronce
rico mausoleo,
soberbio ostentando
laurel por trofeo.

Una estatua, copia

de mi ser grandioso,
se alzara, esculpida
por cincel famoso.

El lánguido sauce,
cual en lastimosa
actitud, sus ramas
doblara en mi fosa.

Y en letras de oro
mi triunfo escribiera,
dejando á los siglos
fama duradera...

Ahí yo quería que se me enterrara,
porque allí pudiese, deteniendo el paso,
colgar en la verja que me circundara,
su ofrenda, un devoto de mi nombre, acaso.

Eran las beldades, que inspiran amores,
entonces las hadas de mis embelesos.
¡Al posar sus ojos, en mí, seductores,
de placer temblaran mis pálidos huesos.

Aún no esas deidades, con sus desengaños,
enturbiado habían mis dichas soñadas.
y el mejor aplauso, pasados mis años,
fuera el que me diesen sus dulces miradas.

III

Cuando ya soy viejo,
yo, que siempre tuve
el alma cubierta
por siniestra nube;
mas, que, allá, su fondo,
donde el mal no alcanza,
baña la infinita
luz de la esperanza;
y aún sólo pesares

me daba la suerte...
más que nunca aguardo
la inflexible muerte.

Ya que mi existencia
veloz se derrumba,
¿cómo me imagino
que sea mi tumba?

La quiero en el seno
de la madre tierra,
lejos de los odios,
lejos de la guerra
conque el hombre imita
fiera sanguinaria...
¡Ignorada, oculta,
pobre y solitaria!

La quiero en la cumbre
más alta del mundo,
ó en la abrupta roca
del mar más profundo,
ó en el escondrijo
del bosque sagrado,
que fuese el más hondo
y el más intrincado...

El silencio busco
más inquebrantable;
anhelo el retiro
más infranqueable;
la paz más completa,
el sueño más largo...
Y así aquel reposo
no me será amargo.

Y así yo, por siempre,
echaré en olvido
que de humanos tigres
semejante he sido...

Allí, yo ambiciono que se me sepulte,
porque así mis restos, en polvo trocados,
cual despojo inútil, que el vulgar insulte,
en su postrer lecho serán respetados.

Por la indiferencia no siendo barridos,
fundiránse al cabo con la gran natura,
y por las raíces, al ser absorbidos,
surgirán formando risueña verdura.

Tal vez impulsados en alas del viento,
á tejer asciendan las gasas flotantes
que blandas alfombras son del firmamento
y son de la tierra doseles brillantes.

Ó en átomos vueltos, quizás más sutiles,
subirán, ya puros, á excelsas regiones,
en pos de aquel alma, de que fueron viles
lazos en las duras mundanas prisiones.



Rosas mágicas

¿Quién se imagina una mujer hermosa
viviendo bajo un techo miserable?
Ese ser celestial, que de los hombres
es el supremo hechizo, necesita
por marco el oro y por mansión el mármol.
Ese joyel, que los amantes todos
anhelaran robar, pide de estuche,
jamás la choza vil, sino el alcázar.

Pero, no concededme, como asilo,
donde vaya á albergar mis ilusiones,
los sombríos palacios. Yo deseo
que los muros, que guardan orgullosos
á esos terrestres ángeles, ostenten
artísticas cornisas, en las cuales
aniden sin temor las avecillas,
dando rienda á sus vuelos y á sus cantos.

Quiero que estén calados esos muros
con alegres ventanas, y por ellas
penetre el sol, cubriendo con la púrpura
de su luz las estancias suntuosas.
La horrible oscuridad nacida es sólo
para aquellos lugares en que falta

el dulce amor, ó para aquellos antros
do se llora, se sufre, ó se maldice.

Los jardines frondosos me embelesan
alrededor de la vivienda humana.

Un árbol, por el viento acariciado,
en sus susurros compendiar simula
mil bocas, tantas bocas como hojitas
trémulas en sus ramas se estremecen,
tocándose dichosas en un beso
ó murmurando tristes un suspiro.

Y si observo esmaltado por las flores
el húmedo arriate, donde el tallo,
sustentador de las corolas gayas,
se dobla bajo el peso delicioso,
cual si languideciera de deleite...
es entonces colmado mi contento,
pues pienso que hasta aquel suelo sonríe
con perfumado labio, á mis venturas.

¡Oh, rosas! ¡Cuánto os amo! Las más bellas
sois de las flores todas. A mis ojos,
cual ardientes mejillas virginales,
soléis aparecer, solicitando
ruborosas, y al par provocativas,
las caricias más tiernas. Sin vosotras
fuera, como la vida sin ensueños,
el campo un erial oscuro y frío.

Los senos candorosos siempre gustan
de la violeta, que en lo humilde y puro
busca su asiento. La azucena pálida
conságrase á los místicos altares.
Son flores de crepúsculo. Son símbolos
de la penumbra y del misterio. Emblemas
sin mancha, inaccesibles, mas helados
como la nieve de las altas cumbres.

Pero las rosas son el día; el fuego

de la pasión triunfal. Hijas del astro
que da calor y luz á todo el mundo,
llevan en su matiz perenne llama.
Y no las vence en suavidad la seda.
Tan nobles y á la vez tan exquisitas,
despiertan y reaniman la memoria,
en mí, de las sin par rosas de carne.

De las rosas hermanas, de las pobres
rosas que del amor nunca probaron;
de aquellas rosas, de los bosques gala,
se tejen las guirnaldas esplendentes,
conque adorna su sien la primavera
en su gozoso festival. Un tiempo
con ellas coronaron juguetonas
sus rubias trenzas las graciosas ninfas.

Mas, de esas rosas se reviste el lecho,
el lecho fabricado en fatal hora
con cuatro tablas, de percal cubiertas,
donde se tiende para siempre al niño,
¡oh, dolor! que ya nunca será grande.
Yacen eternamente sin sonrisas
y glaciales los muertos, y á su lado
estas rosas postreras también mueren.

¿Para qué recrearse en esas rosas,
que surgen en efímeros vergeles?
Esas á nadie resucitan nunca.
Yo conozco otras rosas que pudieron
ser mías, pero viven muy lejanas,
muy lejanas de mí. Las rosas esas,
como sagrado talismán, harían
eterno mi destino y venturoso.

Por eso, cuando al fin mis ojos cierre
para no abrirlos ya jamás, si alguno
devolverme la vida quiere acaso,
lléveme ante la diosa, que es la dueña

de las mágicas rosas que yo adoro.
¡Oh, rosas celestiales! ¡Oh mejillas
de la mujer amada!... Yo adivino
que volvéis inmortal á quien os toca.

Sobre estas rosas de hechicera carne
mis labios, aún transidos por el soplo
del sepulcro, el ardor de los amores
más delirantes sentirán; y avaros
beberán una dicha, que la suerte
á nadie concedió; y allí adormidos
harán que mi existencia se deslice
infinita, en el éxtasis de un beso.



La princesa Nacarina

¿Conocisteis, por ventura,
á la ideal Nacarina?

¿La princesa noble y pura?

¿La de faz alabastrina?

Eran sus ojos estrellas
en que ardía un dulce rayo;
sus mejillas, rosas bellas,
como nunca las dió Mayo.

Rosas tenues, delicadas,
de indecisa luz de auroras;
sedosas y perfumadas,
rientes y seductoras...

De su talle esbelto y leve
era copia la palmera,
y era envidia su pie breve
de la gentil bayadera.

Al vergel de su palacio,
sin cohorte inoportuna,
ir solía, si el espacio
se argentaba con la luna.

Y en la noche misteriosa,
al cantar los ruiñeños,
suspirante y temblorosa,
soñaba en vagos amores.

En sus cándidas quimeras,

¿qué buscaba con anhelo?
Por mansión, altas esferas,
y de amante, un ser del cielo.

Y brindaba, sin agravios,
la princesa de esta historia,
tiernos besos de sus labios
á alguna sombra ilusoria.

Sin pesadumbres ruines,
siempre en pos de ansias divinas,
no admitía en sus jardines
sino flores sin espinas...

Para esencia de sus venas,
se nutría, á su albedrío,
con el jugo de azucenas,
con el néctar del rocío.

Así vivía, encantada,
entre brisas y corolas,
junto al mar, que á su morada
arrullaba con las olas.

Mas, un día vió á un mancebo
pescador, bello y valiente,
y un impulso agitó nuevo
su corazón y su mente...

¡Oh, princesa Nacarina!
¿Y tus sueños celestiales?
¿Dónde está la cristalina
visión de tus ideales?

¡Qué terrible fué el destino
de tu naciente pasión!
Para siempre huyó el marino
marchitando tu ilusión...

Ya después, en tu tormento,
no tomaste, al albedrío,
cual mariposa, alimento
de azucenas y rocío.

Pues privada de tus gozos,
y en las garras del quebranto,
devoraste tus sollozos
y bebiste amargo llanto.

Mas, aunque cual áurea nube,
tu ficción resultó vana,
al dejar de ser querube,
ganaste mucho de humana.





La hija del pueblo

Eres, hija del pueblo, cual flor silvestre,
y, aunque arisca, tú nada tienes pedestre,
pues en tu sér se liga, con la belleza,
el vigor y el donaire, la gentileza.
Como tus pobres ropas, eres humilde;
pero que, en tu miseria, nadie te tilde,
porque si tú no luces áurea corona,
la majestad tú ostentas de la leona;
y muestras sus bravuras y sus rugidos
cuando tus ideales sientes heridos.
No por haberte dado negra fortuna,
en tu hogar escondido, mísera cuna;
no por eso, en tu oscuro, modesto rango,
como un reptil te arrastras por entre el fango...
También ¡oh, tú! que el viento cruzas y pueblas,
águila altiva, naces en las tinieblas,
y tus piés no se dignan tocar el suelo
sino, cuando, cansada, dejas el cielo,
después de haber flotado, siempre que subes,
sobre las abrasadas, tronantes nubes,
y haber desafiado tu audaz pupila

al sol, ante quien toda mirada oscila!...
Tú, muchacha del pueblo, más altanera
que el águila, recorres tu ardua carrera.
Y sólo si en tus ojos el llanto asoma
revelas la ternura de la paloma.

En tu rostro la gracia trazó un modelo,
y la gloria en tus ojos compendió un cielo.
De tu talle, que lleva tras sí las almas,
tienen celos las gayas, flexibles palmas.
De ritmo cadencioso son tus andares,
y al que los sigue, inspiran dulces pesares,
pues, á la vez que marcan compás brioso,
forman un balanceo voluptuoso.
Por libar en tus labios, de miel golosas,
las abejas desdeñan las lindas rosas.
De virginal turgencia son tus dos senos,
y de vano aparato se ven ajenos,
pues con próspera mano dotó Natura
á tu cuerpo, de líneas, que la escultura
por imitar en mármol en balde sueña;
pues tu carne es tan pura cual tú, su dueña.

Tu corazón es franco como el de un niño,
y es, al estar sin mancha, como el armiño;
pues, aunque por el mundo, libre caminas
y sigues, en tu rumbo, senda de espinas,
y el vicio, que derrama pródigo el oro,
por tu inocencia ofrece, rico tesoro;
y en tu oído murmura genio perverso
que puedes ser la reina del Universo;
de tales asechanzas sales triunfante,
y en pos de tu trabajo vas adelante.
Y es tu virtud heróica, por ese modo,
porque incólume cruzas por entre el lodo.
Pues, ¿qué laurel merece, si no hay batalla,
la mujer que de asediós lejos se halla,

y, como flor que cuidan entre cristales,
oculta su existencia bajo fanales?
Mas tú, en cambio, no temes al sol ni al viento,
y, cual torre que tiene firme cimiento,
no esperas te derrumbe ruin torpeza,
pues llevas en ti misma tu fortaleza.


Igual que tu conciencia, limpia y sencilla,
es la mansión que habitas; es tu buhardilla,
donde, á falta de adorno que la realzara,
la regalan los cielos su luz más clara.
De tu tosca vivienda tú haces un nido
que de paz y alegría se observa henchido.
Al alba, te despiertan con placentero
cántico los gorjeos de tu jilguero,
que, no habiendo olvidado dulces resabios,
desea ver su pico preso en tus labios.
En las noches de invierno, sobre la cama,
tu fiel gato, que tanto quiere á su ama,
las plantas te calienta con gran empeño,
mientras que su ronquido te arrulla el sueño.
Varios tiestos de flores, que son tu encanto,
más que con agua, á veces riegas con llanto,
pues, también en tu seno, que el amor llena,
las miserias humanas siembran la pena.
No siempre hay pan que acalle del hambre el grito,
ni en el cuerpo el abrigo que está prescrito,
ni siempre auxilio allega tu activa mano
para la anciana madre y el tierno hermano.
Pero, tú, devorando lágrimas, muda,
no omites, aunque débil, fatiga ruda,
y orando, en ese anhelo que nos levanta,
ante un cuadro, que es copia de Virgen Santa,
al recobrar tus fuerzas, tornas valiente
del mundo á los combates, alta la frente.

Mas, ¡ay! en ciertos casos eres cobarde,

pues aunque de tus burlas haces alarde,
pierdes en ocasiones tu altiva calma,
y es, al amar, pues amas con toda el alma.
¡Sientes tal sed de goces y de delicias!
¡Sueñas tanto con tiernas, blandas caricias!...
Privada de las galas que el lujo ofrece,
tu corazón con gratos sueños se mece.
¿Y escuchar á tus años no fué preciso
palabras que te pintan un paraíso?
¡Es tu edad tan alegre! ¡tan inexperta!
¡Confundes de tal modo la triste puerta
que hacia las realidades impuras guía
con la que da á sus mundos la fantasía!...
Por tus venas circula la sangre hirviente
con el ritmo armonioso de un canto ardiente;
un canto, cuyas notas toman acentos
en el himno que exhalan tus sentimientos.
Eres cual tortolilla, que entre temores,
guarda en su seno el fuego de sus amores.
Y aunque el destino aciago que te eslabona
al dolor, te hace á veces quizás burlona,
tu candor es inmenso, sin impostura,
y te arroba el elogio de tu hermosura.
Señales de martirios tus manos llevan;
mas, ¿adónde tus vagos sueños te elevan?
Tú buscas en los vuelos que da tu mente
unos labios que escriban sobre tu frente
el inmortal poema, la melodía,
que repiten los seres con alegría,
cuando el amor proscribte tedios y enojos,
aun poniendo una venda sobre los ojos.
¡Y sucumbes!... ¿Quién huye de tal hechizo?
Y como en ti no hay nada torpe ó postizo,
te entregas franca, entera, con libre anhelo,
pues que son tus amores todo tu cielo.

Y cuando al fin te hieren los desengaños,
y de tus breves dichas sufres los daños,
á tu rincón oscuro, sin vanas iras,
callada, aunque doliente, tú te retiras,
y pidiendo al trabajo, gozoso y fuerte,
consuelos que mitiguen tu adversa suerte;
y tornando á tus flores y á tus cantares,
que disipan las nubes de tus pesares,
si te asalta un recuerdo de lo pasado,
piensas: ¡Si he padecido, también he amado!





Máquina de hierro

y máquina de carne

Durante aquel invierno
de cierzos y de escarchas,
por bajo del tejado,
en mísera morada,
sin tregua, cadenciosa y sugestiva,
una canción sonaba.

¿Era acaso que alguna
infeliz golondrina, rezagada,
cantaba tristes coplas
recordando la patria
donde su amor ausente
infiel hoy la olvidaba?

Vivía allí una obrera
y era sólo su máquina,
cosiendo infatigable,
quien emitía rápida
del trabajo la cántiga valiente,
monótona y amarga.

Desde el alba al ocaso,
y á veces antes y después, sin calma,
en el cóncavo techo
de aquella humilde casa,

de la labor severa
las notas retumbaban.

Al llegar mediodía,
durante breve pausa,
aquel cántico extraño
de escucharse cesaba.

Mas era para que, quieta la aguja,
el hambre se saciara.

La máquina de hierro,
colocada allí, al pie de la ventana,
del cielo recibía
la luz benigna y clara,
á la par que las tiernas
caricias de su ama.

Y en muchas ocasiones
su turbación fué tanta,
entre aceptar perpleja
del sol las áureas llamas
ó de su dueña juvenil y afable
las plácidas miradas,
que, llena de embeleso,
al andar, como ebria, tropezaba;
pues si bellos los ojos
eran de la muchacha,
en lindeza sus manos
llevábanse la palma.

Aunque por la costura
veíanse picadas,
y mustias por el frío,
tenían de las alas
del pájaro, que vuela mansamente,
las suavidades blandas.

De aquella gentil niña,
ya en el mar de la vida triste náufraga,
las manos laboriosas,

de su *espíritu esclavas*,
¡oh, maldición! á veces
quedábanse paradas.

Cuando un ocio obligado
en inacción dejábanlas,
enmudecía adusta
la sonriente máquina,
y hundía aquel recinto entre tinieblas
la ventana cerrada.

El fogón jubiloso,
abandonado entonces, se apagaba,
sin los chisporroteos,
que alegran tanto el alma,
con la sartén que ríe,
con la olla que canta...

Un día, un día infausto,
del pan subió la tasa,
y la fiel maquinilla
aceleró su marcha;
y otra día, después, también la carne
puso su precio en alza.

La dócil compañera
de la joven hermosa y desgraciada
dobló su traqueteo,
dobló sus dentelladas;
mas al siguiente día
áun la vulgar patata,
sustento que del pobre
es la sangre y la savia,
fué ya bocado raro,
y al fin la férrea hermana
de la obrera acalló su valerosa
canción ruda y amarga.

Quedó, con ella, inútil,
la otra más débil máquina, la humana,

y Rosa, la obrerita,
del hambre ya en las garras,
su buhardilla dejando,
do su paz se anidara;
 lanzándose allá al mundo,
fué llamando, en demanda
del vital pan, á todas
las puertas, donde, falsas,
las opulencias, que piedades fingen,
esparcen sus migajas.

La caridad, que es ciega
y, al repartir un don, desacertada,
¿por qué se rinde loca,
ya á la perfidia insana,
ó ya al disfraz astuto,
ó á la falaz palabra?

¿Por qué no llega al fondo
de las hondas desgracias,
y con mano oportuna,
á quien cae no salva?
¿Por qué, á las infelices, como Rosa,
recibe á carcajadas?

¡Oh, dolor! ¡oh, vergüenza
para la humana raza!...
¡Al abismo! ¡Al abismo
rodó aquella muchacha!

Y ella ya, sin su máquina de hierro,
de carne para el vicio fué una máquina.





Lo que dice el viento

El viento llora,
el viento arrulla,
el viento gime,
el viento aúlla.

Él es el raudó y sin igual lenguaje
en que llegan á hablar todas las cosas,
alado idioma, si mudable, henchido
de armónicas palabras misteriosas.

Hojas y flores, aunque bellas, mudas,
merced al viento, que las besa y mueve,
en él hallan su voz que es, cual suspiro
de un pecho virginal, un soplo leve.

Miente la ciencia al declarar que el viento
sólo es trastorno en las aéreas calmas,
¿Quién la expresión no escucha en él, á veces,
al par que de las cosas, de las álmás?

Encrespado, iracundo, irrefrenable,
recorre campos y ciudades cruza,
y, al distender sus alas maldecidas,
sus furias el infierno en pos azuza.

Si por altas regiones se desborda,
convulsiona de horror la torre vieja;
y si por las llanuras se propaga
tempestades de polvo tras sí deja.

¿Es un monstruo escapado del averno?
¿Es una majestad que se complace
en ser grande ó pequeña, á su albedrío,
y en internarse allí dónde le place?

El gusta recoger en los rincones
oscuros y olvidados, los perdidos
lamentos y estertores y sollozos,
que no hieren del hombre los oídos.

¡Ah! por eso en las noches borrascosas,
suele en cadencias entonar sombrías,
y en diabólicas arpas, tan extrañas
y tan desgarradoras sinfonías.

Y á ese concierto gigantesco, unidos
los árboles desnudos, el escueto
tronco ofrecen, cual cuerdas de una lira
formada por costillas de esqueleto.

El viento llora,
el viento arrulla,
el viento gime,
el viento aúlla.

Imprecaciones de rabiosos labios
entre sus gritos ondulantes lleva.
Y esos ecos terribles ¿no os espantan,
oh, compasivas descendientes de Eva?

Las sombras, que empujando van al día,
sobre el errante cazador cayeron.

Marchar no le valió por una cumbre;
las tinieblas allí le sorprendieron.

En el cielo, en la tierra, en todas partes,
¿qué alcanza á descubrir? ¡sólo negrural
O tal vez nieve recubriendo el suelo
y el fondo de imprevista sepultura.

En el hielo el lebrél su olfato embota;
pierde del dueño la amorosa huella;
y, ya cual barco sin timón, él mismo
por la pendiente, al resbalar, se estrella.

Acaso, á un caminante, más dichoso,
cóncava roca le procura un techo;
mas allá el huracán, con saña impía,
penetrando, desplómala en su pecho.

Intrépido marino, entre las olas
que le embisten, le envuelven y le tragan,
increpa al vendaval con dura frase,
y sus manos inútiles le amagan.

El eco más fugaz de estos lamentos,
que el triste á los espacios abandona,
el aquilón en las tupidas mallas
de redes invisibles aprisiona.

Y el fúnebre concierto acompañando
los árboles desnudos, retorcidos
por los vientos, á náufragos semejan
con los brazos en súplica extendidos.

El viento llora,
el viento arrulla,
el viento gime,
el viento aúlla.

Hay ángeles sin gloria en este mundo,
y en las huardillas ¡cuánto pobre niño!
Angeles desdichados que no gozan
de más edén que el maternal cariño.

En su mesa no hay pan; para sus carnes
abrigo le negó fiera fortuna;
para su robustez vigores faltan,
para su sueño regalada cuna.

Sólo allí abundan el dolor y el frío;
el frío que penetra en oleadas
por ventanas y puertas, carcomidas,
como vetustas bocas desdentadas.

Allí se sufre, se lamenta y gime;
allí lanzan su grito los pesares.
Allí el viento también acopiar puede
notas para sus lúgubres cantares.

Y allá también, en suntuosa estancia,
que ornamentos espléndidos decoran,
para el goce impotentes las riquezas,
hay unos ojos de mujer que lloran.

Hay un seno que estalla; hay unos labios,
que, aunque son como rosas juveniles,
los suspiros que dan, en su amargura,
parecen denunciar años seniles.

Arde en la chimenea alegre fuego;
mas un cuerpo estremécese aterido,
¡oh, frío, imagen del mortal letargo!
¡oh, frío horrible del amor perdido!

Tampoco el viento recibir desdeña,
mostrándose piadoso, esos callados

profundos ayes, que, áun sufriendo, ahogan
los míseros espíritus llagados.

Y haciendo coro á tan fatal concierto
los árboles desnudos, en son fuerte,
sus vástagos agitan, como negras
fatídicas guadañas de la muerte.

El viento llora,
el viento arrulla,
el viento gime,
el viento aúlla.





Otoño

Ya he llegado. ¡Mirad! Soy el Otoño.
Soy la triste Estación de las nostalgias,
de la negra y mortal melancolía,
de la caída de las hojas mustias,
de los vagos y oscuros horizontes,
de la desesperanza y del suicidio.
Cuando tiendo mi manto sobre el mundo
parece que las almas al par toman
el fúnebre color de la Natura.
Con mis primeras auras, hacia el suelo
comienzan á doblar sus cabecitas
las tiernas flores, que agotados muestran
sus cálices de miel, y sus corolas
exhaustas de perfumes. Enmudecen
en sus cantos las aves, ó si ensayan
tímidas melodías, son tan sólo
ayes de desconsuelo. Las fugaces
y locas mariposas no voltean,
con juegos bulliciosos, por los prados,
hoy áridos, y ayer verdes y frescos.
El árbol, de repente envejecido,
alza su copa amarillenta y calva,

y el bóreas despiadado le desnuda
del espeso ropaje de sus hojas
cuando más del abrigo necesita.
¿No parece, al mirar sus yertas ramas,
descarnada osamenta de esqueleto?
Toda la tierra, donde yo domino,
se siembra de despojos de los bosques,
simulando el verjel un camposanto.
Yo soy como esa edad de la existencia,
en que de la ilusión la flor dorada
principia á marchitarse poco á poco.
Aun en su otoño, es la mujer hermosa,
y á veces su beldad es más augusta,
más tranquila y serena, cual los graves
imponentes ocasos de mis días.
Ya su espíritu, exento de mentidos
engaños lisonjeros, sólo siente
amor hacia esas cosas, que, aun reales,
no siendo ni deformes ni groseras,
ofrecen siempre encantador aspecto,
sin postizo arrebol ni vano afeite...
Soy la Estación en que se rasga el turbio
velo de la verdad.

Sí; con las frondas
abátense también las esperanzas.
¡Hojas del árbol! ¡De la mente sueños!
¡Todo, al fin, es igual! Unas cual otros
gozaron de su grata primavera;
el sol más puro les prestó sus rayos;
los cánticos más llenos de armonías,
los cánticos felices que modula
el amor, al nacer, fueron su arrullo;
la brisa más suave y deleitosa,
esa brisa que, plácida, el espacio
recorre cuando está nítido el cielo,

y doquiera que toca un beso pone
con un perfume al par, á ambos meciólos...
Mas, bajo mi poder, todo sucumbe:
ilusiones y flores.

¡Ah! ¡Qué triste!

¡qué lúgubre espectáculo!... Un instante
traed ante la vista el panorama
que ofrece el campo cuando yo no reino,
ni el invierno, mi hermano, también rudo.
¡Con qué gozo el labriego en Abril mira
en los tallos brotar las hojas nuevas!
Son, primero, menudos botoncillos
de oro ó de coral, son yemas leves,
delicadas y tiernas cual la infancia;
lentamente después se van abriendo,
y, en galas desplegándose graciosas,
truécense, sobre el árbol, ya triunfante,
en doble vestidura de esmeraldas...

Allí las aves, sus ocultos nidos
fabrican con fervor; allí las flores
separando sus pétalos, despiden,
cual incensario inextinguible, el blando
aroma que los aires embalsama...

¿No es verdad que esas dos sagradas obras,
las flores y los nidos, nobles templos
entre las hojas pródidas reciben?...

En su seno, al final, madura el fruto,
que, avaras, ellas con amor protegen...

Mas, ¡oh, destino deplorable! Al cabo,
las hojas, esas hojas bienhechoras,
se desprenden del tronco, y como inútil
escoria van rodando, por los vientos
furiosos convertidas en vil polvo.

Idéntica es la suerte lastimosa
de vuestras ilusiones ¡oh mortales!

También las ilusiones, en las almas,
cobijan nidos y producen flores.
Pero, las secas hojas de los campos,
tras sus vertiginosos remolinos,
á vuestros pies se extienden como alfombras.
Mas ¡ay! las ilusiones ya marchitas,
esas pálidas hojas del terrible
y frío desencanto, tras las recias
tempestades del mundo, en vuestras sienas,
punzadoras se agrupan, cual de espinas
aferrada corona.

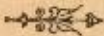
¡Venturosos,
mil veces venturosos los que logran
el rico fruto recoger de alguna
de sus quimeras sonrosadas! Pero
la mágica ficción que alegre empieza,
como cándida aurora, circundada
de esperanza y de luz, pronto se abisma
en los bajos dominios escabrosos
de las impuras realidades. Muchas
perecen al nacer. Mas, también, ¡cuántas,
no las menos queridas, fascinando
con esos espejismos seductores
que en los desiertos tenebrosos surgen
de la humana existencia, no prosiguen
deslumbrando falaces! Pero todas,
todas, como las hojas que cayeron,
arrástranse y se pierden, sepultadas
allá en la nada ó en el olvido.

Tumbas
levanto aquí y allá. Durante el curso
de mis alas fatídicas, rocío
un germen deletéreo, que las vidas,
á su paso postrer, rápido empuja.
Por eso la Estación soy de los muertos,

y también de sus lívidas memorias.
¿qué tiempo mejor conmemorara
el recuerdo infeliz del que no existe?
Ante mí todo está mudo y sombrío,
apagado y desierto. Los arbustos
más ásperos, si guardan su follaje,
yacen de adusta amarillez cubiertos;
los pájaros huyeron, ó si cruzan
por el lugar donde quedó su nido,
agitarse medrosos, cual si fueran
miseros desterrados; los arroyos
inmóviles se contemplan, bajo el hielo
congeladas sus ondas, ó, en su marcha,
recóndita canción van murmurando
de muerte universal; los cielos mismos,
para la luz creados, con crespones
eclipsados se ven. ¡Hasta las libres,
aunque sensibles almas, contagiadas
por la tétrica imagen de exterminio,
sueñan ardientes en dejar un mundo
donde es todo negrura y desconsuelo!
Por eso, las campanas de las torres,
por el martillo de metal heridas,
allá en los vientos al verter sus notas,
en vuestro corazón tronantes suenan
cual eco agigantado de un sollozo
infinito, profundo, inaplacable,
desgarrador, tremendo. Y sordamente
los huracanes bramadores lloran
á su vez, en las selvas, por las pobres,
cadavéricas hojas, excavando,
en su ronda infernal, el hondo surco
en que darlas eterna sepultura.

Respetad esas hojas ¡oh, mortales!
No pongáis descuidados vuestras plantas

encima, en vuestros fútiles paseos.
¿No escucháis su crujido? ¿No os parece
sacrílegos andar sobre un osario?
¿Olvidáis, por ventura, que transformo,
con mi mano feroz, una alameda
en un vasto y oscuro cementerio?
Esas hojas también tuvieron vida,
y besos, y esplendores. Hoy despojos
son que esperan no más la podredumbre.
Yo no os pido una *lágrima, sin duda,*
ni una oración para tan tristes restos.
Tan sólo os ruego que os inspiren ellas,
¡pobres hojas caídas! compasivo
y fraternal amor, pues son exacta,
reverberada copia del infausto
destino vuestro. Bajo igual impulso,
misterioso y fatal, iréis en tierra
cayendo para siempre. Y ¿quién presagia
si, cual ellas, tendréis oculta fosa,
ó, para más dolor, no halléis ninguna,
después de una existencia tormentosa?





Grandeza de lo humilde

No me indigna que al genio,
ese entusiasta amante de las cumbres,
que, como en arca santa, en su cabeza .
el cerebro de un dios lleva encerrado,
crucifiquen en vida.
Incomprendido mártir,
para él toda muerte
es una excelsa gloria.

No me indigna tampoco que quien labra
de santidad ó de virtud el campo
no recoja al final de sus faenas
halagadoras flores
y sí duras espinas.

Su cruento calvario se transforma,
cuando acaba su vida, en sacrosanta
ara resplandeciente,
ante la que después se postra el mundo.

No me extraña tampoco que esa dulce
compañera del hombre

en este amargo, terrenal destierro,
la mujer adorable
que tiene un sol por cara,
y un cielo por espíritu, padezca
el infierno terrible del hastío
del amor satisfecho, ó las torturas
de una pasión traidora.

Los goces, ya perdidos, ó las penas,
aún no borradas por completo, siempre
un recuerdo serán, ó un grato empleo
para aquel corazón, que, fervoroso,
goza perpetuando,
áun á través del tiempo y la distancia,
la idolatrada imagen.

Mas, me llena de furia
que esas flores, ya níveas, ya violáceas,
que el aliento más puro y perfumado
son de la venturosa
y gentil Primavera,
ténganse por el vulgo, en esta infame
y descreída edad, cual genuinos
símbolos de lo insulso y lo burlesco.
¿Por qué, por qué tan irrisorio estigma?
Flores tan denigradas,
sin embargo, atesoran
infinitos prestigios de belleza.

Es su forma, exquisita filigrana;
su matiz, de horizontes
crepusculares, delicados tonos;
es su perfume, esencia
suave, deleitosa,
que de mansas fluideces el olfato
impregna, y mece al alma

en vagarosos sueños.

¿Por qué, entonces, baldón tan miserable?

¡Lilas satirizadas,

pues de vosotras es de quienes hablo,
soberbias despreciad al necio vulgo!

Quizás no se os venera

porque espinas punzantes no os circundan.

Desdén sufrís acaso

porque se os ve en la calle, en los paseos,
y, allá, hasta en los hogares más humildes.

Tal vez nadie os estima

porque al igual, como sucede á algunas
hermosuras humanas,
en lugar de venderos,
sin resistencia os entregáis, afables.

Mas ¿qué importa? ¡Yo os amo!

Os amo cual se ama á esas doncellas

tiernas y candorosas,

cuyo sencillo seno,

amoroso panal, abreso dócil

á la mano atrevida

de apasionado amante.

Virgenes hechiceras, que en los labios,

al par que un corazón, que arrulla y canta,

cual paloma inocente,

como en su nido, entre risueñas rosas,

ponen sus blandos besos.

Besos tan numerosos y tan gratos

como las breves hojas

de las corolas vuestras

¡oh, encantadoras lilas!

Besos, aún más fragantes

que las mil florecillas que se agrupan

en vuestros lindos ramos.



Las almas negras

Cual mísera alimaña, que se desentumece
de su invernal letargo, yo vi, una hermosa tarde,
los rayos recibiendo del sol de primavera,
sobre las yerbas verdes, á un ciego, casi exánime.

Con las pupilas muertas, marmóreas, dirigidas
hacia el inmenso foco de luz vivificante,
gozábase, bañado de aquellas tibias olas,
entre las que sentía su cuerpo reanimarse.

Sentíase más joven, igual que la natura;
pues cuando el astro rey tornó á sus majestades,
resurgen y se alegran con él cosas y seres,
las fieras y los hombres, los campos y los mares.

Mas el sol generoso
no existe para alguien.

Le hay para las ondas, en que la luz diurna
penetra hasta en el fondo que se creyó insondable,
y en cuya undosa espalda dorado manto extiende
tan vasto como el cielo, dosel de su oleaje.

Le hay para los templos, que místicos coronan
vetustos rosetones de fúlgidos cristales,

que truécense en diademas de rica pedrería,
cuando en ellos los rayos refléjanse solares.

Le hay para las altas, magníficas montañas,
sobre cuyas rugosas nevadas sienes graves
las tintas de los bellos crepúsculos alegres
fingir suelen guirnaldas de rosas y corales.

Mas el sol generoso
no existe para alguién.

Le hay para las ramas que tiemblan con el viento
cubiertas de capullos que, á bocas semejantes,
se ensanchan con los besos fecundos y ardorosos
que los efluvios dejan doquier primaverales.

Le hay para las alas, que forman con los cantos
melódicas cadencias, y suben ó se abaten,
buscando arriba auroras cuando la noche acaba,
buscando abajo nidos cuando las flores nacen.

Le hay para las linfas que ruedan bulliciosas
y quiébranse en las peñas con sonos murmurantes,
y prenden sobre el musgo, que viste sus orillas,
de diminuto aljófara espléndidos collares.

Mas el sol generoso
no existe para alguién.

Le hay para los ojos, que anublan bajo el llanto
los golpes con que hieren las tristes realidades;
las burlas del destino, del hombre los rencores,
las zarzas de esta vida, donde imperan los males.

Le hay para las almas que elévanse por cima
de todo lo rastrero, fugaz y deleznable,
y siempre hacia las cumbres, cual águilas ascienden,
cantando nobles himnos de glorias inmortales.

Le hay para los tiernos, sensibles corazones
que á un dulce amor consagran sus plácidos afanes,

y, fuera de su afecto, mezquino es todo el mundo,
y mueren, adorando sus ídolos, leales.

Mas el sol generoso
no existe para alguien.


Benigno el sol no alcanza con rayos compasivos
brindando luz y vida, sus dádivas más grandes,
á la mansión oscura de horrible pesadumbre,
do gimen y se arrastran los fieros criminales.

Y si tal vez desciende, rasgando las tinieblas
en que los calabozos se envuelven espantables,
no llega hasta las almas de los que en ellos moran,
y en tétricas negruras eternamente yacen...

¡Oh! ¡sol! ¡También son hombres! ¡Y al par son des-
[graciados!

Más ciegos que los ciegos, su noche es perdurable...
¡La luz, de quien la tuya reflejo es sólo, infunde
en esas almas negras, si un día allí tocares!





Hora sombría

Cuando el sol, para el lúgubre planeta,
del que, más que tirano, es prisionero
del mísero mortal, toca á la meta
de su marcha sublime, y placentero
se recrea un instante
en la alta gloria de su luz triunfante;
y, más afortunado
que el César más intrépido y osado,
desde el trono eminente en que fulgura,
por completo domina el vasto mundo...
de su esplendor fecundo
se principiar la decadencia obscura.

Cada hora que pasa, en sus fulgores,
mientras que llega su final desmayo,
sus luces amortigua y los ardores,
le arrebatara un rayo y otro rayo.

De su lumbre de oro
va mermando el tesoro.

Arráncale, volando presurosa,
pedazos de su púrpura grandiosa.
Hasta que al fin su resplandor no ofusca,

y puede contemplarle cara á cara,
sin deslumbrarse brusca,
del tierno infante la pupila clara.

Se acerca para el sol la hora sombría,
la hora crepuscular del mustio ocaso,
que, en medio de las sombras, abre paso
á la medrosa noche, negra y fría.
Óyese entonces un suspiro inmenso;
y, en el ambiente de tinieblas denso,
un soplo de nostalgia lastimera
parece que, ejerciendo influjo intenso,
se extiende y se respira por doquiera.

Quédase de repente
suspensa en el taller la obra empezada.

La máquina potente,
compañera del brazo laborioso,
por el recio tragín aún caldeada,
se detiene y enfría.

Todo tiende al reposo
al terminar el día.

La vida toda, en su expresión más ruda
y más gigante anhelo,
se aquieta, y calma, y permanece muda,
al enlutarse el cielo,
cual si aquel cerco azul, sin ningún velo,
fuera lo que reanima y lo que escuda
cuanto existe de grande en este suelo.

¡La hora triste ha empezado!.. Ya es la hora
que encierra los misterios insondables
y penas inefables.

El ave gime, la campana llora.

El arroyo, vibrando

sus cuerdas de cristal sobre las guijas,
con mil ondulaciones
serpea sollozando,

y da á las selvas, que le escuchan fijas,
sus más dulces y lánguidas canciones.

El monte, en cuya frente
puso el sol, moribúndo, el postrer beso,
para el sueño de piedra que le abruma,
atleta, áun al dormir, rígido y tieso,
envuelve en torno de su mole ingente
ancho sudario de flotante bruma.

Cúbrese de tristeza

la gran Naturaleza,

y oculta y palpitante bajo el manto
tenebroso y glacial, en que se pasma,
simulando, entretanto,

el árbol un fantasma,

un túmulo la choza,

y el ala, que en silencio el aire roza,
un espíritu errante...

por el pavor que infunde y el espanto,
es ella semejante

á un fatídico é inmenso camposanto.

Complácense tan sólo en las fatales
sombras nocturnas las humildes flores,
y ¡oh, sarcasmo!... ¡también los criminales!..

Es hermana, la flor, de las estrellas,
y todos sus más místicos amores
conságralos á ellas.

Es tímida la flor, y necesita,
al expansiar el hálito su seno,
la obscuridad profunda y solitaria.
Por eso, á las estrellas, su bendita

suavisima plegaria
eleva entonces de perfume ameno.

Mientras su luz el sol tuvo encendida,
ella vivió plegada y abatida,
sin su mágico hechizo hacer notorio,
de la tierra en el gran laboratorio.
Mas, ya que no la hiera con su llama,
tierna la flor derrama
su balsámica esencia
sobre aquellos dolores implacables,
hondos é indescifrables
que no sana la ciencia,
pues radican, aún más que en los sentidos,
del alma allá en los senos escondidos...
Heridas son que encona una demencia.
Heridas son que deja algún anhelo...
Así es su obra, en el terrestre duelo,
á par que de clemencia,
obra de bendición, obra del cielo.

Mas, ¡qué horrible contraste!... Aunque os asombre
oposición tan rara y peregrina,
la noche, á toda flor vuelve divina,
pero convierte en infernal al hombre.
De mirada sagaz, de cristalina
claridad que denuncia, y que acobarda,
quien, malvado, imagina
una nefanda acción, de ella se guarda.
¡Ah! ¡qué deforme debe ser el crimen
cuando se espanta de la luz! ¿No gimen,
antes de ejecutarlo, los perversos,
si han de llorar después, quizás contritos?
Aunque siempre ignorados y diversos
los modos son de perpetrar delitos,

¿ha de pedir la culpa
siempre amparo ó disculpa
á la tétrica noche, en sus dispersos
abismos de terrores infinitos?

Para la humanidad, indiferente,
en su gran mayoría,
tiende el vuelo la noche hacia el Oriente,
sabiendo que tras ella viene el día.
Alivio el triste en su regazo tierno
halla, al buscar reparador desmayo
en sus pesares, si por dicha acierta
á alcanzar el olvido en ese ensayo
de aquel dormir eterno
del que nadie despierta.

Oh, noche! Para algunos, los más pocos,
cuertos quizás, aunque parezcan locos,
para el rico, el audaz, el libertino,
eres tú la risueña favorita
que calma toda cuita,
ya con la copa del ardiente vino,
ya con esos placeres,
con esas glorias que conquista el oro,
ó ya con el amor de las mujeres.
Los años, para ellos, son tesoro
destinado á frenético derroche,
sin atender al término marcado.
Nunca á esas vidas arredró la noche...
¡Son un día de fiesta ilimitado!

Para el sensible corazón, la hora,
en que, cruel, sucede
la lucha que la sombra da invasora
á la diurna luz que retrocede,

origen es de pena abrumadora.

Mas, ¡ay, si, por su mal, del hombre ^{hubiera}

la sana fe que espera

á la siguiente aurora!

¡Por siempre el sol perdido

allá en la inmensidad, lejos del mundo,

ó helado y fenecido,

no siendo ya el fanal, vivo y fecundo,

de cuanto aquí, en la tierra, no está muerto!

¡Qué horrorosa guarida!

¡Cuán árido desierto!

¡Qué abismo tan profundo!

¡Qué eterna noche en nuestra estéril vida!

Mas, ¡qué desolación, qué desconuelo,

doloroso, infinito,

aún más que llaga de aguijón maldito,

no ha de infundir al corazón humano

no ya, en la hora vespertina, el velo

que va entoldando el cielo,

y tal vez turba nuestro afán liviano,

sino ese crepúsculo espantable,

con más sombra que luz, inacabable,

que ni ceja ni avanza,

suspenso entre la duda y la esperanza,

sin otra noche, donde al fin sucumba,

ni otro amanecer que el misterioso

leve faro, distante y escondido,

que lo desconocido

alza en el borde de la abierta tumba

en el mar de la vida borrascoso!

Esa hora, que en pálidos crespones

envuelve nuestra fe, nuestra conciencia,

y, en muchas ocasiones,

toda nuestra existencia,
no es fugaz para aquellos corazones
que, cual reos sufriendo una sentencia
tirana, incomprensible,
parecen destinados á crueles
incesables tormentos...

Son tan tristes momentos,
eternidad tristísima, imposible
de que la pinten, fieles,
ni plumas ni pinceles
de mortales, pues es indescriptible.





Punto final

Sobre el púlpito altivo,
con furiosa actitud de ave de presa
que avanza hacia su víctima, las alas
de la sobrepelliz revolotean.

Las manos, vibradoras,
descarnadas y secas,
que fulminar parecen
vengativas centellas;
se agitan sin piedad, y, amenazantes,
en la sagrada cátedra golpean.

Y en las bóvedas altas
la voz apocalíptica resuena
cual trueno fragoroso
de ruda tempestad en las cavernas.
Es un heróico sacerdote, un santo
y adusto anacoreta,
que, en fervor encendido,
allá, en vetusta iglesia,

ante compacta multitud predica,
un día de cuaresma,
contra las glorias vanas
del amor de la tierra.

Hombre rígido, austero,
nunca á su corazón, con saña fiera,
aunque placer fingiendo, acariciaron
los cantos de sirena
de carnales pasiones,
que, más que al cielo, á los abismos llevan.

—¡Es ese amor mentira!—
gritaba en voz siniestra...
«No es más que fugaz humo
de una infernal hoguera,
de la que son las almas
cual combustible tea.
Es cristal engañoso
donde las ilusiones y quimeras
soñados paraísos,
breves momentos, estampados dejan,
bastando que la noche
del desencanto, yerta,
sobre ellos pase el corrosivo aliento
para borrar su huella.
Es onda fugitiva
de arroyuelo que canta y serpentea,
un instante brillando, para hundirse
en fangosas regiones deletéreas...
¡Odiad! ¡Odiad, hermanos,
el amor de la tierra!...»

Calló un momento el Padre,

y allá, en la iglesia vieja,
oyéronse suspiros
ahogados, frases tiernas,
expresión de profundas
inconsolables penas.

—Sabed que es ese amor, hermanos míos,
una creación proterva,—
prosiguió el sacerdote,
dando á su voz entonación más recia.—

«Es ese amor el mensajero astuto
en que el averno su misión delega,
acaparando espíritus sencillos
para sostén de la tortura eterna.

No importa que los labios
soliciten beber plácido néctar
en la incitante copa
de las sensualidades lisonjeras.
El almíbar aquel, tras corto tiempo,
horas no más que vuelan,
dejando al fin de ser ciegos los ojos,
y la razón de estar beoda ó terca;
aquella miel tan dulce,
en hiel agria se trueca...
¡Odiad! ¡Odiad, hermanos,
el amor de la tierra!... »

El Padre dió de nuevo
á sus palabras tregua,
y angustiados sollozos
oyéronse en la iglesia,
cual ayes delatores
de afligidas conciencias.

—Es ese amor, hermanos entrañables,
cual decisiva prueba
á que Dios someter al hombre suele
en expiación suprema,—
dijo ya el sacerdote
al pronunciar su exhortación postrera.—
«Mas ¡qué infinito gozo!
¡qué palma tan excelsa
los que se privan de ese amor alcanzan
en esta mundanal dura existencia!
Suprimid ese amor, y suprimida
ya tendréis la mayor de las miserias.
Todo, sin él, es paz y regocijo,
es gloria y bien y celestial grandeza.
Sin él, con alas ráudas se remonta
del justo el alma á la mansión etérea...
¡Odiad! ¡Odiad, hermanos,
el amor de la tierra!...»

Puso término el Padre
á su oración enérgica,
y á la entrada del templo
se oyó sonar, con fuerza,
el beso más ardiente
que dar dos bocas puedan...

Atónitos los fieles, sus miradas
en dirección lanzaron de la puerta.
y junto á una ventana, allá, del atrio,
por la cual, de la hermosa primavera,
derramaban amantes
las flores sus esencias,
el sol sus puros rayos,
las aves sus endechas,

se vió á un gallardo mozo
y á una gentil doncella
que habían con sus labios
puesto un «punto final» á aquella arenga,
áun antes que sus ecos
fútiles en las naves se perdieran.





La estación de los pobres

Yendo á mi brazo, hermosa Clementina,
tardes pasadas, por las calles frescas
de tu jardín umbroso, tu contento
ví desbordarse por tu faz risueña.

—¡Ya—en voz dulce dijiste—
llegó la Primavera!...

Y, cual flor que se explaya,
tu cara toda sonrióse espléndida.

Yo, más que ningún otro,
legara á adivinar de qué era emblema
tu sonrisa adorable.

Yo sólo descubriera
el misterioso y mágico sentido
que se encerraba en ella.

Del tiempo bonancible
la deleitosa vuelta,
con cantos, con perfumes,
con flores, con estrellas,

para ti, en tus ensueños, simboliza
tu aspiración suprema,
y así lograste confirmarlo, hablando
en frases como estas:

—¡Oh, ventura inefable!
Ya estamos en la época
en que vivir mi alma eternamente
en el mundo quisiera.

Yo, que amor y alegría
soy toda, me parece que la yerta
muerte cae sobre mí, cuando los cielos
están nublados y las tierras yermas.

Mi más *íntimo gusto*,
sin duda, siempre fuera
que cantaran los pájaros, que mansas
murmuraran las fuentes, que sin nieblas
luciera el sol grandioso, y que las rosas,
por sus labios de seda,
el aroma embriagante
de su sutil aliento despidieran...

Y ambiciono esas dichas
porque así el corazón, con más completa
ventura arrulladora
entregarte pudiera...—

Un beso apasionado,
con que mi boca enmudeció la bella
sensual boca tuya,
fué la ardiente respuesta,
el testimonio vivo
de gratitud sincera
que de tu noble confesión en premio,
y al par de mi lealtad tributé en prueba.

Pero, yo, que conozco la inconstancia

de las pasiones todas, que, ligeras,
del alma el horizonte
cruzan, como el espacio los cometas;
y lo fútil no ignoro
de todos los encantos de la tierra,
no en términos tan dulces
como mis besos, te daré esta réplica:

—Yo, como tú, bendigo
la grata Primavera,
porque, al vestirse de graciosas galas,
como feliz doncella
que aguarda al himeneo;
y, al ir, á manos llenas,
derramando semillas fecundantes
de dicha, por do quiera,
tú te muestras conmigo más gozosa,
tú conmigo más plácida te muestras.

Pero yo la bendigo, sobre todo,
porque el invierno cesa,
durante su reinado de delicias;
y, aún más, porque ¡del pobre es la existencia!
En ella acaban las heladas noches,
el hogar sin abrigo, las tremendas
horas del largo sufrimiento, ociosas
merced al tiempo displicente... Hiela,
como al cuerpo, al espíritu, la escarcha,
haciendo más punzante la miseria.

El frío, despiadado,
mata, destruye, enerva;
ropas pide que cubran nuestras carnes,
ante los cierzos, trémulas,
débiles, enfermizas,
hijas del mimo de cultura inepta;


abundoso sustento
pide, en nuestras anemias,
procedentes del vicio, ó del trabajo
que nos obliga á consumir las fuerzas;
y pide mucha lumbre
que, en nuestras chimeneas,
nos irradie el calor, que, con la sangre,
el corazón alegra.

Para el oro del prócer,
el manjar exquisito, la opulenta
vestidura, la llama que conforta,
todo lo que reanima ó que recrea,
conseguirlo es muy fácil
y hasta sencilla y rutinaria empresa;
mas ¡qué afán tan inútil!
¡qué hazaña más intrépida
es alcanzar tan naturales dones,
por la mano de aquel, que, en la pobreza,
desesperado gime, y ve montañas
en el grano más ínfimo de arena!

Por eso, sí, bendigo
la pródiga y benigna Primavera.

Por su hechizo radiante
es ella la estación de los poetas;
mas, también, adorable Clementina,
y, con más propiedad, es la materna
Estación de los pobres,
pues que los nutre anante y los consueta.





Lo que nunca muere

Siempre que paso, me inclino,
y la echo una mirada
compasiva y cariñosa,
como á una mísera anciana.

Una anciana que fué bella,
mas que ya tan sólo guarda
mustios restos venerables
de su hermosura pasada.

¡Armazón, ya carcomido,
de antigua, intrépida barca,
que no espera, en su ruina,
mas que los golpes del hacha.

Como la faz de una momia,
su torre, desmantelada,
muestra, por cuencas de ojos,
los huecos, dó sus campanas,
desde el alba hasta el ocaso,
en voz sonora anunciaban
los pesares ó alegrías
de la pobre grey humana.

Pero los sagrados broncees,
mudáronse, en hora infausta,
siendo instrumentos celestes,

en fieras y horribles armas.

Lo que fué en el templo lira,
fué cañón en las batallas,
y el himno de paz trocóse
en rugido de matanza.

Ha tiempo que los fieles no invaden ya sus naves.
Sus naves, que allá un día, se alzaron coronadas
por anchos rosetones de vidrios irisados,

en los que el sol incendios fingía con sus llamas;

sus naves, cuyo espacio surcar grato solían
las ondas del incienso fragantes y azuladas,
y que se estremecían, del órgano á los sonos,
gozosas, cuando el canto seráfico vibraba;

sus naves, que ofrecían aspecto tan augusto
al cobijar al pueblo bajo sus grandes alas,
y á veces parecían grandiosas dilatarse

abriendo para el cielo camino á las plegarias;

sus naves, tan henchidas de místicos amores,
que un corazón inmenso, ferviente simulaban...

hoy míranse, cual tumbas, vacías, silenciosas;

hoy míranse, cual antros, oscuras, solitarias...

¡Oh, triste iglesia vieja! Ya en tus altares fríos,
las velas encendidas, fulgiendo á miriádas,
del vasto firmamento no imitan las estrellas
que en coros infinitos, de Dios la gloria ensalzan.

Ya no primaverales, apiñanse las flores
en ramos olorosos, en tus desnudas aras;
ofrendas que las manos, aún puras cual la nieve,
de angélicas doncellas allí depositaban.

Ya en ti todo está muerto. Ni cánticos, ni rosas
en tu recinto encierras. Dejándote olvidada,
las lámparas no brillan en tu interior, dó, ardiendo
eternas, cual si fuesen tu espíritu, velaban.

En vez de aquellas flores risueñas y graciosas,
sin número de yerbas se ven parasitarias,

que, símbolos de muerte, de injuria y de abandono,
entre las grietas nacen de las piedras gastadas.

Bajo esa capa espesa de lúgubre follaje,
cual rostro, ya caduco, de enmarañada barba,
se oculta, llena toda de surcos y de arrugas,
tu ayer radiante y noble, y hoy tétrica fachada.

Por única armonía, tus ámbitos repiten,
con breves intervalos, la voz aguda y agria
del infeliz mendigo que, en tono plañidero,
postula una limosna, sentado ante tu entrada.

Del incensario argénteo los cálidos aromas
tu ya glacial ambiente de cueva, no embalsaman;
tan sólo el acre vaho de la humedad sombría
tu atmósfera, en aliento de camposanto empapa.

No ya los resplandores de flameante cera,
hacen de ti gloriosa mansión paradisiaca,
en donde las ficciones más altas de la mente
hallar al fin aspiran venturas no soñadas.

Si acaso, allá en las noches espléndidas de luna,
algún rayo furtivo se ve de su luz pálida,
filtrándose por medio de tu techumbre hendida,
cruzar tus cavernosas, tus fúnebres estancias.

También el sol, piadoso, desciende á tus rincones,
mas ¡ay! sus claridades tus sombras más delatan...
En ti todo lo muerto contéplase aún más muerto
por lo mismo que vida tan pródiga albergabas...

Mas, te he visitado ahora,
después de una ausencia larga,
y una esencia de violetas,
penetrante y delicada;
una voz que, en dulces notas
ensueños plácidos canta,
y las luces de unos ojos,
tan suaves como claras,
te han llenado de perfumes

de cánticos y de ráfagas,
mi espíritu conmoviendo
y al par, con él, mis entrañas...

Es la hechicera memoria
de nuestro cariño, ¡oh, Laura!
que aún aquí flota, perenne,
siempre tierna, siempre grata,
desde el día en que nos dimos,
postrados al pie de un ara
de esta misma iglesia vieja,
de eterno amor fiel palabra.

Del divino santuario
tan sólo resta un fantasma;
de tu antiguo juramento
nada más que frases vagas.

Mas, sobre las piedras rotas
y las perfidias humanas,
constante surge tu imagen
como tras la noche el alba...

¡Oh, inmarcesibles recuerdos!
¡Nunca morís en el alma,
pues aunque el tiempo os aleja,
vivís en el ser que ama!





Calvario de un alma

Su frente, que, aún no agobiada
por la nieve de los años,
muestra ya los hondos surcos
que los dolores trazaron,
y bajo de la cual su nido hicieron
pensamientos tan sólo immaculados,
sintió las punzadas rudas
que, cual sangrientos taladros
de una corona de espinas,
recibió de los duros desencantos.

Su noble pecho, desnudo
como la verdad; sagrario
do fieles permanecieron
los sentimientos más castos
que florecen, cual tiernas ilusiones,
allá en los tiempos de la infancia, santos,
derramó copiosa sangre
bajo los golpes nefandos
de la punta de la lanza
con que hiere traidor el desengaño.

Sus labios, siempre enemigos
de todo lo que es amargo,
y que en las *diestras abejas*
la grata ciencia copiaron
de pasar esta vida entre las flores,
—¡esas cosas tan bellas!—transformando
el dulce jugo, que vierten
pletóricos los nectarios,
en cera y miel—¡esas cosas
que son, de todas las industrias pasmo!—

Sus labios, en los que nunca
nadie escuchó sino blandos
conceptos de idilios puros;
ó ya melodiosos cantos
de amantes avecillas; ó inspiradas
áureas estrofas de sublimes bardos;
ó plegarias á deidades,
hijas del sueño... Sus labios
contrajéronse, afligidos,
bajo la hiel de su destino infausto.

Fué su cruz abrumadora;
fué su tormento muy largo;
humillantes sus caídas,
angustioso su calvario.
Y no era un Dios el nuevo, humilde mártir.
Era no más que un hombre infortunado.
Y sin ninguna esperanza
que, cual luminoso rayo,
en su borrascosa noche,
le llevara á la gloria desde abajo.

Su cielo, si es que algún cielo,
como merecido láuro,

llegó á imaginar iluso,
tras su sacrificio aciago,
fulmíneo ante sus ojos se mostraba,
ó por nube fatal entrevelado.

Sin risueñas claridades,
sin esplendorosos astros,
oscuro como un abismo,
¿se puede concebir un cielo acaso?...

Ya sabes, mujer impía,
ya sabes, mujer de mármol,
tan cruel cual desdeñosa,
de qué mártir voy hablando.
Y quién es el verdugo también sabes.
El verdugo eres tú, ¡y el ángel malo!
¡Pobre mártir quien te ama
dándote culto fanático,
y duda de si procedes
de etéreas cumbres ó infernales antros!

¡No hay Pasión como la suya!
No hay más penetrantes dardos
como tus miradas yertas,
aunque entre ardores brillando.
No hay vinagre ni hiel como las frases
que dictar suele tu desdén ingrato.
No hay más aguda lanzada
como los celos bastardos
con que atormentas al triste,
de tu frivolidad mísero esclavo.

El amor que le consume
es la cruz que va arrastrando;
el camino que recorre,

su via crucis solitario,
de ti en pos como sombra luctuosa,
teniendo sólo por consuelo el llanto...

¡No hay Pasión como la suya!

¿No llegará nunca el Sábado
de Gloria, para sus cuitas?...

¡Oh! ¿Nunca llegará, ser adorado?





Parificación

Del traje de una máscara
desprendióse una perla, y cayó al suelo...

Yo la escuché quejarse
y ayes ténues lanzar de desconsuelo.

Con lágrimas, sollozos y suspiros,
mostraba su quebranto.

Ella propia, infeliz, ¿no parecía,
una gota de llanto?

—¡Qué destino tan fiero
me arrastral! Principié siendo diamante.

¿Qué cristal fué más puro?

¿La estrella matinal fué más radiante?

En sagrada custodia retenida,

mil fieles me adoraban,

y ante mí, del incienso entre las nubes,

la rodilla doblaban.

Era yo como un astro;

como una gloria en medio de otra gloria.

¡Qué juventud yo tuve!

¡Jamás se borrará de mi memoria!...

Sollozando siguió la triste perla,

y al ahondar en su cuíta,
su pupila anegábase en profunda
pesadumbre infinita...

—El llanto que derramo,
con tal recuerdo, mi mejilla escalda.

 Mi despiadada suerte
me trocó de diamante en esmeralda.

Víctima dócil de nefando crimen,
perdí mi sér primero.

Perdí mis refulgentes claridades,
mi esplendor de lucero.

 Del divino recinto
robáronme, no oyendo mi querella,
y fui á parar á manos
de una mujer venal, aunque muy bella.

De su oreja pendí de rosa y nácar,
y orné su nívea frente,

y á veces palpité, con blando ritmo,
en su seno turgente.

 ¡Qué palabras tan dulces,
modulaba su voz! ¡Qué pensamientos
descubrí pavorosos!

¡Qué pérfidos, qué inícuos sentimientos!

Aquella hermosa me produjo espanto;
ansiaba ya no verla.

Palidecí, quedando opaca y turbia.

 Volvíme entonces perla...—

 Del mar la nueva hija,
tras una pausa de dolor, no larga,
prosiguió publicando

las desventuras de su vida amarga...

—Suspendióme una mano caprichosa
de un traje peregrino;

de un traje de mujer, que no cubría
un cuerpo femenino.

De un ser abominable
envoltura, aunque espléndida, liviana:
oprobio que aún subsiste
y que prolonga la abyección pagana.
Arranquéme de allí con rabia y asco,
pues me dijo mi anhelo
que, entre el fango del suelo y el del hombre,
es más noble el del suelo.

Aún habrá quien me llame
con un nombre de honor; mas no me alegra.

Al ver lo que he sufrido,
no seré perla blanca, sino negra...
Y lo era en efecto; pero al punto
logró ser apreciada.

Levantóla del lodo un pobre obrero
y fué purificada.

Ella dió á una familia
el pan y el regocijo muchos meses.
Ella, de la miseria, que estrangula,
remedió los reveses...

¿Cuántas almas no habrá como la perla?

En ciego torbellino
rodarán desde el alba hasta el ocaso.
Mas ¿saben qué hallarán en su camino?





El fin de una flor.

En el jardín de Elisa,
la virgen hechicera,
al pie de trepadora
tupida enredadera,
que de un balcón encubre
los hierros tras un velo
tejido con sus ramas
de verde terciopelo,
en tierra, abandonado,
allí un cadáver posa..
¿De quién es el cadáver?
¿No lo ves?.... ¡De una rosa!
Se ignora de qué ha muerto.
Libélulas y flores
agítanse, de angustias
temblando y de temores.
El viento, antes lascivo,
suspira inconsolable,
pues do imprimir no encuentra
su beso más afable.
Aunque de duro mármol,
llorar se oye la fuente,

y por la muerte jura
llorar eternamente.

¡Ha sido una desgracia!
¡la rosa era tan bella!...

Tan sólo en la mejilla
de angelical doncella,
en que risueña luzca
edad tierna y fragante,
pudiera darla el mundo
hermana semejante.

¿De qué ha muerto? Se ignora.
¿Quién le arrancó la vida?
¿Quién la cortó del tallo
do estaba tan garrida?

Al despuntar el alba
se descubrió con pena,
á aquella rosa mártir,
exánime en la arena.

Allí yace en el polvo
inmóvil, sola, helada,
sin perfumado aliento,
con palidez y ajada.

De pronto la circundan
mil seres, á hurtadillas,
que luégo en ella esgrimen
tenazas y cuchillas.

Son las hormigas torvas
que á hacer la autopsia acuden,
y á aquella linda presa
arrastran y sacuden.

No hay vena que no fuere
sin duelo desgarrada,
do lánguida fluía
la linfa embalsamada.

Regístrasela el seno,

con ímpetus crueles,
donde tesoros tantos
guardábanse de mieles.

Horádanla, implacables,
el corazón, tan puro,
do, en germen, palpitaba
el fruto allá futuro.

Destrózanla los labios,
abiertos en sonrisas,
donde su nido hicieron
las deleitosas brisas.

Mas, todo en balde. Oculto
al fin queda y discreto,
de aquella muerte, el triste,
hondísimo secreto.

No ha muerto, no, la rosa
porque en la ardiente siesta
no halló un sorbo del agua
que riega su floresta.

No ha muerto, no, tampoco
porque en la noche estiva,
el aura, su abanico,
se lo negase esquiva.

¡Enigma indescifrable
para la adusta ciencia!
¡Ante una flor, humilde
declara su impotencia!

Y ¿qué espera á la rosa
después de tal combate?
No más, su sepultura,
en lóbrego arriate.

¿Y se hundirá en la tierra,
en hoyo tenebroso,
sin que se nos revele
un fin tan misterioso?...

¡Oh! no; ¡No es un misterio!
El ruiseñor lo sabe,
y lo dirá en su canto
más dulce y más suave.

El ruiseñor, que, en vela,
la noche precedente,
pasó sobre la acacia
que se levanta enfrente
del balcón, en que Elisa,
la virgen hechicera,
teniendo allí por marco
la verde enredadera,
conversa con su amante,
feliz y cariñosa...
podrá decir, sin duda,
de qué murió la rosa.

Elisa ser pudiera
la reina de las flores,
mas puede ser el ángel,
al par, de los amores.

Y sólo, eso tan sólo,
la causa fué precisa
de que la flor muriera:
¡no amar cual ama Elisa!...

Pero ¿por qué la autopsia
erró, de todas suertes?
¡Ah! no siempre el origen
se ve de algunas muertes.





Invierno

Toca el año á su fin, cansado y triste.
Cual de canas la frente del anciano,
de nieve se coronan las alturas.
Todo es silencio y soledad y muerte
en la naturaleza ensombrecida.
¿Dónde están los canoros pajarillos,
hechizo de los bosques? Emigraron,
volaron hacia climas en que reine
la feliz primavera. ¿Dónde brotan
las perfumadas flores, regocijo
de los fecundos campos? Marchitadas,
reducidas á polvo, á escoria inútil,
han tornado á perderse en el regazo
en que engendradas fueron. Y, ¿qué ha sido
del sol, del áureo sol, divino aliento
de vida universal? Sólo aparece
breves instantes en mis cortos días,
pálido y fosco, inaccesible y frío,
igual que si se hubiera divorciado
de su amada la tierra.

A semejanza
de los débiles seres inferiores,
del medroso reptil, del ténue insecto,
todo, en mi seno, aletargado yace,

si tal vez por completo la existencia,
siempre querida, no acabó. La bruma,
como inmenso sudario, el suelo cubre,
ahora estéril, sin fuerza y congelado,
donde, meses atrás, se columpiaban
rítmicos y balsámicos los cálices
de las flores alegres, bajo el beso
de las fugaces brisas, ó al halago
de las alas de tul resplandecientes
con que van al amor las mariposas.

Es el campo, infinito cementerio;
por eso, de allí el hombre se retira
y busca, en el hogar, caliente abrigo.
El hogar, que en estío es como cárcel
estrecha y displicente, con mi influjo
atesora inefables seducciones.

¿Quién carece de un techo que cobige?

¡Ah! no le tienen todos. Aunque sea
perfidia abominable del destino,
hay mortales más míseros que oscuras
alimañas, á quienes siempre el cielo,
para su afán, una guarida ofrece.

Del mendigo, por eso, el odio sufro...

En otras estaciones, más benignas,
servir puede una piedra, de almohada,
y un puñado de fruta, de sustento.

¡Cómo place vivir al aire libre!

El cuerpo no reclama vestiduras
sino las que requiere la decencia.

La desnudez y el hambre, esos constantes
compañeros del pobre, entonces hallan
remedio fácil.

Mas, entrad ahora,
cuando yo rijo, con mi cetro aciago,

en las viviendas tenebrosas. Presto
me traslado yo allí. No soy piadoso,
mas sí impasible, como el hielo, y duro;
y, al frío y la miseria desposando,
doy por hijos, cual hijos del averno,
negras calamidades. La energía
más potente, ante mí, muere cobarde.
Todo se paraliza si yo paso:
la flor y la bondad. El egoísmo,
por único motor, los corazones
aceptan, inspirando obras nefandas.
Tan sólo el poderoso se sonríe.
Para su destemplanza tiene lumbre;
suculento manjar, si desfallece;
ropas para sus *miembros regalados*.
No importa que los vientos los cristales
azoten de su espléndida morada;
no importa que la escarcha silenciosa
sepulte los caminos. Sus tesoros
burlarán mis crudezas, convirtiendo
en deleite mi horror, gozando ufano
mullido lecho y confortable estancia...
Mas, para el desgraciado, por su suerte,
perdurable no soy. Aunque destruyo,
destruyo en apariencia, pues, oculta,
viva late la savia que germina
al volver la radiante primavera.
Mas, ¡ay del caminante, que impulsado
por la fatalidad, busca un asilo,
sin encontrarlo, cuando sorda ruge
mi cólera infernal! ¡Más le valiera
no haber nacido en tan mezquino mundo,
de no existe ventura verdadera!





La muerte de la cigarra

Después de haber cantado en el verano,
ya escondida en la vid, ya en el madroño,
ó ya en las mieses de dorado grano,
suspende su cantar, sonoro y vano,
y se apresta á morir en el otoño.

Y ¿cómo ha de vivir, si ya el impío
viento desolador doquiera zumba,
y el pájaro dejó su dulce pío,
y ya á todo en su manto envuelve el frío
que antecede á la noche de la tumba?

¿Cómo habrá de vivir quien, como ella,
cantaba en un magnífico escenario,
y ahora falta la flor, falta la estrella,
y bajo un cielo que la nube huella
el campo se contempla solitario?

Ya enmudeció en su ingrátida guitarra
su alegre canto, de placer beodo;
y el cuerpo de la mísera cigarra,
que aventá el aquilón y lo desgarrá,
va en un surco á mezclarse con el lodo.

Allá, en su funeral, tierno y sencillo
en medio de aquel páramo desierto,
no tiene ya, para arrullarla, al grillo,
ni, para acompañarla, al pajarillo...
Pero, ¿por qué? ¡Porque también han muerto!

¿No es verdad que, al cruzar nuestro planeta,
su destino es cruel y despiadado?

¡Conozco desventura más completa!
La que persigue al soñador poeta,
que muere, aunque cantando, abandonado.

Cual ella, así también, sólo se afana
en brindar su canción al caminante;
y sin pensar jamás en el mañana,
se embelesa en la luz del sol radiante
ó en el aroma de la flor galana.

Exento está, aunque pobre, de ambiciones,
y pronto á rechazar traidores lazos;
pero derrocha en todas ocasiones
su propio corazón en sus canciones,
siempre por el dolor hecho pedazos.

El espacio infinito, siendo estrecho
al vuelo de sus sueños intranquilo,
se acerca á la vejez mustio y maltrecho;
y al demandar albergue bajo un techo,
halla de un hospital el triste asilo.

—¡Qué suerte fué la mía! ¿Con qué gozo
endulcé mi existencia fermentida?—

Así exclama al morir, y sin rebozo,
de su lecho mortal lanza un sollozo
que parece arrastrar en pos su vida.

—Cuando el pecho—prosigue—se entusiasma
y se ve un horizonte indefinido,
canté... ¡Y el desengaño ahora me pasma!
Canté la gloria, y recogí el olvido:
canté el amor, y resultó un fantasma.

«A sombras nada más alcé mi canto;
quimeras con que aún mi mente abrumo;
figuras de mujer llenas de encanto
que, al abrazarlas, veo, entre mi llanto,
son ilusiones que se vuelven humo.

»¿De la fama los pérfidos anhelos
una dicha pudieron dar más grata
que la del beso puro y sin recelos
del niño, en cuyos ojos se retrata
el claro azul de los serenos cielos?

»¿Y de la esposa el fervoroso abrazo,
cuando al hombre, en la lucha en que padece,
le reconforta con heróico brazo,
y en sus naufragios con afán le ofrece,
como una playa, el protector regazo?

»Sin embargo, ¡qué espléndido tesoro
encerré de bondad y de ternura!

¡Qué homenaje de amor, de pasión pura,
hubiera yo rendido, y bien lo lloro,
á los pies de una cándida hermosura!

«Mas ¡ay! que mis ardientes sentimientos
á una esfinge llevaron su tributo,
y fueron mis audaces pensamientos
cual flores marchitadas por los vientos
que mueren antes de granar su fruto.

»Conmigo morirán, y no me asombra.
Cual de hojas secas otoñal alfombra
mis restos cubrirán, y yo á mi lira
abrazado estaré como á una sombra,
á una ilusión, á un sueño, á una mentira...»

Así, al poeta que pasó sus años,
cual la cigarra transcurrió el estío,
alucinados ambos por engaños,
danle muerte al final los desengaños,
que son del alma la estación del frío.

Y yo, cual la cigarra y el poeta,
viví cantando y moriré cantando,
sin alcanzar en mi existencia inquieta
ni una hora de amor sincero y blando,
ni un momento feliz de paz completa.





El adiós del amante

¡Adiós! ¡Qué desolación
se encierra en esta palabra!
Un largo infortunio labra
tras cruel separación.

¡Adiós! ¡Qué fallo de muerte
sobre mis venturas pesa!
Ya advierto triste que cesa
el goce de hablarte y verte.

Ya mis ojos en tus ojos
no reflejarán su ardor.
Ya tu faz, risueña flor,
no calmará mis enojos.

Ya tu mano entre mi mano
no estrecharé, estremecida
por pasión mal contenida,
ó por deseo tirano.

Ya tu voz que, en grata calma
escuchaba embebecido,
no irá, halagando mi oído,
hasta el fondo de mi alma,

Ya no más, de gozo lleno,
libaré, con ansia loca,

la dulce miel de tu boca,
que ahora me sabe á veneno.

Fatalidad maldecida
separa nuestros destinos;
ya por contrarios caminos
avanzará nuestra vida.

Mas, es pesadumbre fiera
llegue un día malhadado
en que pase por tu lado,
y no me mires siquiera.

¿Cómo es posible no amar
aquello que antes se amó?
Ni aún pude soñarlo yo.
¡Nunca te podré olvidar!

Para dos que se han amado,
y sus almas han unido,
no existe el completo olvido
de las dichas que han gozado.

De esas delicias tan tiernas
de inefable intimidad,
que nuestra felicidad
quisiera fuesen eternas.

Hora no habrá, prenda mía,
que no traiga á la memoria
alguna escena de gloria,
de placer ó de alegría.

Y hasta los mismos lugares,
en que fuimos tan dichosos,
sabrán conservar celosos
historias hoy de pesares.

Todo, sí, nuestro pasado
en mí vivirá presente;
tú sola estarás ausente,
¡sola tú, ser adorado!

Siendo mi encanto más puro

y mi última ilusión,
ya, sin ti, mi corazón
será cual desierto oscuro.

En el mundo no hallarás,
en los amantes más buenos,
uno, al que amando tú menos,
en cambio te amara más.

Quisiste amor con pasión,
y amor profundo te dí;
mas pronto, amargado, vi
tu inconstancia y tu ambición.

El vano lujo, el placer,
del oro los esplendores...
¡Esos eran tus amores!
¡No lo extraño!... ¡Eres mujer!

Viste en mis ojos el llanto,
impasible, muda y fría...
¡Y yo no te conmovía
aunque me ahogaba el quebranto!

Mas, ¡oh, pérfida! ¡En castigo
te deseo igual tormento!
¡Responda á tu amor violento
odio ó desdén enemigo!

Y burlando tu querer
del hastío el canto entone
tu amante, sí, y te abandone
al fin por otra mujer.

¿Y pospondrás mi tesoro
de ternura rebosante,
á un imbécil elegante
ó á algún becerro de oro?

Las mismas frases de amor
de tu labio fermentado,
que murmuraste á mi oído
con acento embriagador,

dirás á algún nuevo amante,
quien, muertas sus ilusiones,
notará que son ficciones
esas frases de un instante...

¡Adiós! Si en inicuos lazos
hallas la existencia dura,
ven á endulzar tu amargura
entre mis amantes brazos.

¡Siempre los tendrás abiertos!
Pues, en pago á tu rigor,
ni aun acabará mi amor
cuando viva entre los muertos.





¡No quiero verte!

Aunque adoro tu hermosura,
y te amaré hasta la muerte,
como el verte me tortura,
no quiero, no quiero verte.

Pues, más que placer, tristeza
sacar pudiera de ti,
admirando una belleza
que no ha de ser para mí.

Quise un tiempo, sin agravios,
y conseguí, sin enojos,
posar un beso en tus labios
y contemplarme en tus ojos.

Entonces, aunque un martirio
me infligía tu rigor,
mitigaban mi delirio
las promesas de tu amor.

Y encontraba algún sostén
advirtiéndome, con delicia,
que tras de cada desdén
alcanzaba una caricia.

Mas hoy que tus deslealtades
mi esperanza han destruido,

y al recordar tus crueldades
el corazón siento herido;

hoy, que si agita mi pecho
á veces traidor quebranto,
es á impulsos del despecho
de haberte querido tanto;

hoy, que existe entre los dos
tan hondo abismo que aterra;
aún más hondo que el que Dios
puso entre el cielo y la tierra;

huyo tu presencia cuando
ante mí te haces visible,
pues aunque te sigo amando,
es como amar lo imposible.

En los nobles corazones
mal se enlaza, en realidad,
ni aún con áureos eslabones,
amor con indignidad.

Y aún reuniendo hechizos tantos
que ostentaras gran tesoro,
renunciara á tus encantos
á gozarlos con desdoro.

En sus costumbres sencilla,
y en sus afectos profunda;
llama que en silencio brilla;
perenne, dulce y fecunda;

eso será la mujer
que el hombre debe buscar,
y, entre todas, escoger,
para reina de su hogar.

Tu inconstancia peregrina
te llevó, siempre afanosa,
cual errante golondrina,
cual voluble mariposa.

Eres un monstruo, en verdad,

cruel, aunque sonriente;
en la forma, una deidad,
en el fondo, una serpiente.

Por eso, ya no me humillo
á tu infame seducción,
cual cándido pajarillo
de un ofidio á la atracción.

No te odio ni desprecio.
¿Cómo, si te quiero, loco?
Pero, ya no soy tan necio
que me entregue por tan poco.

Te dí mi alma y mi vida,
generoso, sin engaños;
y en cambio, tú, fementida,
¿qué me diste? ¡Desengaños!

Por eso, aunque en torno giro
de tu lumbre, no me quemó;
por eso, si no te miro,
no es que olvido, ¡es que te temo!

Y aunque trataras un día
de endulzar mi amarga suerte,
será en vano, prenda mía,
porque ya ¡ni áun quiero vertel





Despojo de guerra

Era un arrogante mozo
robusto, esbelto y fornido...
Si igualarse puede un hombre
á un árbol, él era un pino.

En las rústicas faenas,
él marchaba, de continuo,
delante, como el más fuerte,
más ágil y de más brío.

Era su luciente azada
la que, con mayor ahínco,
destrozaba y removía
el terrón endurecido.

Su recio y punzante arado,
con destreza al conducirlo,
el que más profundos surcos
iba abriendo con su pico.

Y su hoz, la que segaba
con ráudo y cortante filo,
mayor brazada de mieses
entre los granados trigos ...

Era una gloria del campo.

Cuando llegaba el domingo
y vestíase de gala
sus trapos, pobres, mas limpios,
en todo el pueblo no había
ojos de mujer que, á un mismo
tiempo, á su paso, dejasen
de mirarle con cariño.

Las muchachas casaderas
por él lanzaban suspiros,
envidiosas de la novia
de aquel mozo tan garrido.

Cuando por la reja hablaba
con su dulce y tierno ídolo,
sonriéndole la dueña
de su corazón, un himno
parecíale en la calle
resonar de regocijo,
y que aumentaban los astros
sus resplandores divinos.

Es que en aquella ventana,
entre aromas exquisitos
de flores, y entre gorjeos
de silvestres pajarillos,
y entre arrulladoras frases
de candorosos idilios,
se formaba un hogar santo,
tan puro como tranquilo...

Pero, en hora malhadada,
adversa fortuna quiso
que estallara odiosa guerra;
y aquel mozo, como un pino,
dejó campo, pueblo y novia,
y, cual cordero sumiso,
después de aprender valiente

los marciales ejercicios,
marchó á regiones lejanas,
en pos de su infiel destino,
híerros de muerte empuñando
en vez de hierros pacíficos.

Luchó sin tregua. En cien lances,
las balas, en sus oídos,
entonaron el concierto
de los combates horriblos.

Hasta que, al fin, de repente,
exhalando un ronco grito,
cayó á tierra, tinto en sangre,
en ambas piernas herido...

De un hospital en el lecho,
pálido, inerte y sombrío,
hoy se contempla postrado
á aquel mozo tan garrido.

Y así al verle, se recuerda
á ciertos hermosos pinos,
que del leñador al hacha,
aún verdes, se han abatido...

¡Oh, guerras abominables!
¿Cuándo los hombres inicuos
os darán fin? ¿Cuándo al cabo
seréis no más que un antiguo
espectáculo que guarda
la memoria, en esos libros
de pavorosas leyendas
que amedrentan á los niños?

¿Cuándo al rugir, inclementes,
dejaréis en el olvido,
libres de sordos rencores,
á los pobres campesinos?

Apresad en vuestras filas,

como sierpe en sus anillos,
á los viles ambiciosos
que os invocan en su auxilio.

Sólo al blandir los aceros,
en un arranque magnífico,
por la Libertad, la Patria
y el Progreso... ¡yo os bendigo!





El oso y la monja

(Viele-Griffin).

(*Posta francés desdentista*).

A excepción del viento que silba en las hayas,
y de la caída de las secas bayas;
á excepción del toque de tristes clamores,
de la ronca trompa de los cazadores;
reina tal silencio, del templo en la entrada,
que, por la vetusta y abierta portada,
el rezo se escucha del divino oficio
de las blancas monjas, en santo ejercicio.

Á su vez, su aroma, los bosques cercanos
envían al templo, cual del templo hermanos.
Del Crucificado las plantas sangrientas
besan de las flores las bocas sedientas,
con besos de dulce perfumado aliento,
y en tanto murmura su plegaria el viento.
Y de todo el bosque cien himnos se elevan
que al altar de Cristo su alabanza llevan,
y á las puras llagas que, en amor profundo,
la piedad derraman sobre todo el mundo.

Esta paz turbando tranquila y serena,
audaz cacería por el valle suena.
Aúllan los perros con loca alegría,
y la trompa lanza su sorda armonía.
La madre priora del feliz convento,
de pálido rostro, cuerpo macilento,
dirigiendo al bosque su mansa mirada,
venir hacia ella, ve por la portada,
un oso que, huyendo de los cazadores,
sin mostrar fierezas, sin mostrar temores,
á sus pies se acuesta, dócil, sometido...
Su rezo las monjas no han interrumpido.

Siguiendo los perros, con rauda carrera
y voz tronadora, la acosada fiera,
invadir pretenden la mansión sagrada;
mas los cazadores impiden la entrada.
Apéase el rey, para dar ejemplo,
y devotamente penetra en el templo.

La priora, entonces, se levanta afable:
—Señor, este asilo—dice—es inviolable.—
Se arrodilla y reza mudo el soberano,
y vuelve á la caza por el monte y llano.

La estación impera del ya breve día.
A la monja el oso constante seguía
por el largo claustro; ó, á veces tendido
junto de su celda, quedaba dormido;
ó la acompañaba, después, ya despierto,
á *Laudes*, *Maitines*, ó al florido huerto
en donde las monjas hilaban la lana.
Iba como un paje tras su soberana.

Óyese allí el rezo que á Dios se encamina;
mas palabra alguna se escucha mezquina;

y así, á la priora comprendía el oso
no más que mirando su rostro glorioso,
y la tierna monja descifrar lograba
lo que por los ojos del oso pasaba.
Y así se decían lo que el mundo ignora,
porque es la palabra sobrado sonora,
sirviendo tan sólo de intérprete rudo
á la vida fútil ó brutal; el mudo
secreto lenguaje, que el silencio expresa,
es molde divino, celestial turquesa,
donde entre misterios se forma y se imprime
lo santo y lo noble, lo grande y sublime:
el sueño que flota de idea en idea,
la verdad que expulsa la estrecha librea
de las pobres frases que el labio aventura.
En ese silencio, la belleza pura
á la fiera hablaba, con melancolía,
los gratos ensueños de la pöesía.

La adorable monja, tierna, recordaba,
en tanto que al oso fiel acariciaba,
las dulces quimeras de pasados días.
—¿No es verdad—le hablaba—que son cual las mías
tus horas de dicha, tus horas de pena?...
Yo también gozaba de la paz serena
que á sus moradores el bosque prodiga...
Ningún rumor fiero de guerra enemiga
los altivos muros del paterno techo
á turbar llegaba, ni mi casto pecho.

No pasó una noche que yo no durmiera
junto de mi madre, pura y placentera.
Tú en la selva azul, en tanto, vivías;
dime, ¿disfrutabas tal vez de alegrías?—
Y extasiado el oso, frente á la priora,

pintaba en su vista, grave y soñadora,
á sus grandes ojos asomando el alma,
de los sacros bosques la tranquila calma.

—Vino un caballero—la monja seguía—
y pidió mi mano; mas no le queria.
Me aprobó mi padre; pero el pretendiente
declaróle guerra. Levantóse el puente
de nuestro castillo, que sufrió un asalto.
Aún tiemblo de angustia, miedo y sobresalto...
¿Has dado al olvido, dime, amigo oso,
de los cazadores el terrible acoso?...
Y el oso, sombrío, frente á la priora,
pintaba en su vista, grave y soñadora,
de su alma heraldo triste y taciturno,
de los grandes bosques el terror nocturno.

—Vencido mi padre, se obligó á cederme;
pedí á Dios auxilio, resolví ponerme
el hábito blanco con el negro velo;
y el amor huyendo, con su vil anhelo,
que más que placeres engendra pesares,
como tú, refugio busqué en los altares,
cuando, por ser día solemne y festivo,
á mi paso incierto, torpe y fugitivo,
el convento abría su grandiosa puerta
frente á la infinita llanura desierta.


A orar este asilo grato nos convida
á los que ofrecemos á Dios nuestra vida;
así, tú y yo somos, los dos favoritos
del silencio augusto, de los graves ritos.—
Y del oso ardía la pupila densa
y en ella, del bosque la plegaria inmensa.

—Yo quisiera ahora, que apenas soy viva,

que Dios me entreabriese las puertas de arriba;
mas, también quisiera que conmigo entraras,
y al lado estuvieras, y cual hoy me amaras;
triste hallara el cielo, no viendo tus ojos
de mirar tan franco, sin ansias ni enojos,
que doquier me siguen, me hablan, me velan,
y al mirarlos siempre, siempre me consuelan.
Quisiera, al morirme, llevarte igualmente.—
Y diciendo esto, le besó en la frente.

Estaba la monja sentada entre flores
que la embalsamaban con sus mil olores;
el sol de verano vertía su oro
por las anchas gradas del claustro sonoro;
algún ave un canto tenue modulaba;
su hermosa cabeza la monja inclinaba
sobre el casto pecho; sin duda dormía.
Pero, allá, en su sueño, dulce sonreía.

Cuando abrió los ojos, entre el sol radiante,
en lugar del oso, contempló delante
á Jesús, que, en medio de su gloria pura,
la dijo amoroso con voz de dulzura:
—«Mujer tan piadosa como humilde y tierna,
mi Padre, probando su bondad eterna,
bendice el deseo que inflamó tu pecho
virginal, y quiere verlo satisfecho.
Ven, y eternamente vivirás conmigo.
Era yo, tu Dios, el oso, tu amigo».



La Estrella de la tarde

(LAMENTACIÓN DE UN DESHEREDADO)

¡Huyamos de los hombres... mis hermanos!...
Mas, ¡ah! yo desvalido, miserable,
yo, despreciado como andrajo inmundo;
el ser en quien se arroja toda ofensa,
como en el albañal toda basura;
aquel más falto de piedad extraña,
que debiera tener endurecido
el corazón cual peña... ¡los perdona!...
¡No saben lo que hacen!...

*(Mirando al firmamento que empieza á ensombrecerse
con la melancólica penumbra del crepúsculo vespertino.)*

Ya la noche
se acerca tenebrosa. Tengo miedo
á la tétrica noche.

*(Contemplando la Estrella de la tarde, se descubre
ferrocrosamente la cabeza.)*

¡Qué esplendente
y qué dulce á la vez, eres, Estrella,
tranquila Estrella de la tarde! Nunca

me fuiste indiferente. Desde niño,
cuando apenas los ojos, á los rayos
ofuscadores de la luz, abría,
ya tú me fascinabas, y hacia el cielo
levantaba mis manos, para asirte.
Los troveras más tiernos sus endechas
más armoniosas con amor consagran
á tus indefinibles resplandores.
Eres la Estrella de las almas tristes
y con tus melancólicas sonrisas
eres tú como Musa inspiradora
de todos los ensueños misteriosos.
Tu luz, cuando el sol cesa, vagamente
parece estar de lágrimas velada.
Y, en efecto, tú lloras, sin consuelo—
tú que quizás conoces los arcanos
de nuestro bajo mundo—por las muertas
diurnas claridades, por las cosas
que en la voraz negrura se sumergen,
disolviendo sus formas y matices.
Pero, tras tus fulgores luctuosos
siempre se mira un rayo de esperanza.
Viene, es verdad, la lobreguez nocturna;
pero vienen tras ti miles de Estrellas
de quienes eres arrogante heraldo.

Al fin del día y al nacer la noche,
te presentas radiante y confiada,
como para mostrar que la existencia
jamás en la Natura se interrumpe,
lo mismo entre la luz que entre la sombra.
Tú, impávida y serena, por el cielo
vas avanzando, sin torcer tu rumbo
las olas de tinieblas que te acosan.
—¡Ten fe!— parece que al mortal le dices.—

»¡No desmayes jamás en el combate
»que lo desconocido te prepara!»

El vacilante espíritu que sueña
con alguna acción grande, fervoroso
dirige á ti su afán. Arduo calvario
es toda senda terrenal. Mas, siempre,
para aquel que por símbolo te aclama
de adorada ilusión encantadora,
¡oh, errante faro del etéreo abismo!
eres tú, aunque fanal breve y lejano,
la Estrella del amor y del consuelo.
Y yo no sé qué mágicos hechizos
se desprenden de ti, que el más cobarde,
al contemplar tu gloria, desafía
la ruda tempestad de las pasiones,
los temores que engendra el desengaño,
la fría indiferencia del desprecio.
Y él seguirá luchando, si su frente,
cual bajo enseña siempre victoriosa,
¡oh, lucero inmortal! pone al influjo
celestial de tus rayos protectores.

Para aquellos que sólo en la vil tierra
tienen puestos los ojos, no eres nada.
¡Una esfera rodando en el vacío!
Una lámpara inútil, suspendida
en la bóveda azul. Mas, para aquellos
que buscan las alturas insondables,
subiendo con las alas de la idea,
eres tú mucho más. Eres esfinge
perdida en los desiertos infinitos,
que, en su misterio, nos fascina, y hace
pensar, soñar, temblar, y nos conduce

hacia regiones no exploradas.

Eres

el más dulce y hermoso de los astros.

Por eso, eres oráculo benigno
de los fieles amantes, si la llama
que su seno enardece es puro afecto,
no apetito bastardo... ¡Qué memorias
resucitas en mí!... La floreciente,
la grata juventud me sonreía...

Iba yo paseando por un bosque.

A mi lado, muy cerca, de pareja,
la mujer de mis sueños, la adorada,
la elegida entre todas las mujeres.

¡Con qué emoción tan honda nuestros pechos
palpitaban de amor! ¡Con qué ternura
se miraban mis ojos en sus ojos
y en los míos los suyos! El lenguaje
humano no encerraba frases propias
con que pintar nuestra pasión. El culto,
que á Dios se rinde en sus altares, era
sin duda menos férvido y constante
que el que yo tributaba á aquel terrestre
ídolo, tan amable como bello.

Callábamos los dos, cuando, de pronto
alzando las miradas, tierno llanto
nubló nuestras pupilas. Ya la tarde
caía moribunda, y tú, risueño
luminar del crepúsculo, irradiabas
con dulzura suprema. Largo rato,
mudos y temblorosos estuvimos,
con las manos unidas, zozobrantes,
en tu luz anegados, siendo sólo
tu peregrina llama el fiel emblema,
la sublime expresión de nuestras ansias.

¡Oh, Estrella sin igual! En mi destino,
—ya estás mirando mi aficción presente—
no me has sido propicia. ¿Por qué, ahora
me abandonas, después de amarte tanto?
¿Por qué tan insensible te contemplo
en el naufragio de mi amarga vida?

Eres tú, sin embargo, del marino
la Estrella bienhechora. Cuando inerme,
aunque atrevido, por el mar avanza,
que es como caminar sobre un oscuro
abismo proceloso; y va temblando
su frágil leño en las revueltas olas,
como en las manos de voluble niño
quebradizo juguete; y la nocturna
sombra los cielos á invadir empieza,
nunciadora de ocultas asechanzas;
si tú luces, Estrella venturosa,
áurea Estrella del mar, él, de rodillas,
abiertos hacia ti los rudos brazos,
de fe inundado el corazón, surgiendo
de sus labios la mística plegaria,
te saluda amoroso y reverente;
pues en ti su alma ve, pura y sencilla,
inextinguible antorcha de bonanza
resplandeciendo con fulgor divino
en el piélago oscuro del espacio.

Eres, en fin, la Estrella, á quien implora
el que está á punto de dejar la vida.
¡Con qué ansiosa mirada, con qué duelo
te suplica salud el desahuciado
de la existencia terrenal, que teme
ya no volver á ver la luz del alba,
de la que le separan breves horas!...

(Pensativo, con la frente entre las manos.)

¡Yo no quiero morir... porque aún espero!
Pediré, rogaré. Si me desoyen,
mi lengua no hablará, sino este acero.

(Acaricia con la mano un puñal que lleva oculto, y desaparece entre la muchedumbre, indiferente á sus súplicas.)

Las lágrimas de las flores

De verse solas, por la noche, lloran
en medio de los campos olvidadas,
donde son, entre sombras, asaltadas,
y dientes mil su corazón devoran.

Lloran porque á la luz no se coloran
sus sedosas caritas perfumadas,
y porque, de los pájaros, calladas,
las notas no las mecen y enamoran.

Doblan al suelo la arrugada frente,
pálidas, y abatidas, y expirantes.

Mas, tras el llanto, al ver el sol naciente,
se animan y engalanan, como amantes,
que esperan á su Dios, por el Oriente,
las lágrimas tornadas en diamantes.




El violín

—Yo soy la cuna breve y elegante,
que un alma guarda cual sin par tesoro;
un alma que no hallando, sin dadoro,
un seno en que anidar, volaba errante.

Hay fiestas en que voy de acompañante,
y en que brilla la risa junto al oro,
y con arpas y flautas dulce coro
de amorosa canción alzo triunfante.

Canto de un alma, de quien soy el marco,
y que del cielo al olvidar la pista,
posóse en mí cual ave sobre un barco.

Cuando duerme, despiértala y conquista
no más que el beso del vibrante arco
entre el abrazo del ardiente artista.



La Venus de Milo

Fijos los ojos, el artista heleno,
en un cielo, de azul siempre sereno;
fija la vista, de fulgores ciega,
en los contornos de la virgen griega;
vacío los moldes de tu forma hermosa,
¡oh madre Venus! ¡Inmortal esposa!
El moderno cincel, al contemplarte,
que fueres duda, maldiciendo el arte,
si diosa humana, si mujer divina,
si mármol vivo ó carne alabastrina.
En tus puros perfiles desgastada,
de tus brazos de piedra mutilada,
aún sigues vinculando la belleza.
Conservas lo mejor: seno y cabeza.





La joven y el mendigo

MENDIGO, viejo, enfermo, abandonado de todos. Se ha refugiado en una cueva, de la que ha hecho su morada.

JOVEN, inteligente, candorosa, simbolo de la piedad y la inocencia.

LA JOVEN, (viendo la cueva del mendigo.)

¡Aquí no puede ser!... ¿En esta cueva?
¿Es posible que el hombre, por morada,
tenga, como el reptil, un escondrijo?

(Avanza hacia la entrada de la cueva.)

¡Qué oscuros siempre son todos los antros!...
En su fondo hay tinieblas...

(Oyendo lamentos.) ¡Y hay pesares!

(Penetrando en la cueva.)

¿Se oye un lamento aquí? ¡Pues hay un hombre!

(Llamando al mendigo.)

¡Hermano!

EL MENDIGO, *volviendo de su sopor.*

¿Quién me llama? ¿Quién me busca?

(*Viendo á la joven.*)

¿Eres ángel quizás?

LA JOVEN

¡Abre los ojos!

Soy, como tú, de flaca arcilla humana.

Mas, vengo á consolarte.

EL MENDIGO

¡No hay consuelo

para mí en esta vida tormentosa!

¿Cómo ha osado tu planta, hasta mi asilo
de maldición, de oprobio y de infortunio,
atrevida subir?

LA JOVEN

Soy compasiva...

Supe, al pasar, que un ser aquí lloraba,

y voló hasta el dolor, trayendo alivio,

mi tierno corazón.

EL MENDIGO, *mirándola fijamente.*

¿Es esto un sueño?

¿Eres tú de este mundo? ¡Es imposible!

Tú no habitas el mundo que habitamos,

egoísta y cruel, en que, al vencido,

aún más que levantarlo, se le aplasta.

¿Tú perteneces á este mundo infame,

en que roe la envidia, por sustento,
los huesos desdeñados por la injuria?
¿En que al humilde se le arrojan piedras?
¿En que á aquel, que, impotente y desvalido,
con favores no halaga al ambicioso,
el amor, la piedad, el pan y el lecho,
y hasta el agua ¡hasta el agua que la tierra
brinda á las aves con abierta mano!
se le niega? ¿Y en que, con injusticia,
la virtud al baldón tiene por premio
y por corona el bien tiene al martirio?...
¡Oh! No. No formas parte de este mundo.

LA JOVEN

De ese mundo no sé. Sólo las flores,
que la delicia son de la natura;
sólo los besos, que, en el alma, esparcen,
como las flores, hechicero aroma;
sólo los cantos, que, armoniosos, llevan
en cada nota un beso; sólo el dulce
rayo de las estrellas, que en lo obscuro,
cantan indefinibles melodías;
sólo la nube que con blancas alas
serena sigue el celestial camino;
sólo los arroyuelos, que serpean
avanzando, inconscientes y risueños,
hacia el abismo de los mares; sólo
la mariposa, antojadiza y libre,
que va de flor en flor, entre placeres,
extrayendo la miel y no el acíbar...
de mi existencia son los atractivos.
Nunca, en mis juegos, escondidas zarzas
laceraron mis piés. En mis venturas,
nunca traidoras y punzantes penas
desgarraron mi alma.

EL MENDIGO

¡Sé quién eres!

Ya sé quién eres, sí.

LA JOVEN

Yo soy la hija
de un artista que canta por los valles.
Desde niña escuché sus nobles cantos.
Me he criado entre amor y entre hermosura.

EL MENDIGO

Eres tú mucho más.

LA JOVEN

¿Qué?

EL MENDIGO

¡La Inocencia!

LA JOVEN

No sé; tan sólo sé que mis pupilas
se han bañado, inundándose de gloria,
en la luz clara de catorce Mayos.

EL MENDIGO

¡No conoces el mal!

LA JOVEN

¿Acaso existe?

O si es que existe, ¿resultó triunfante
en los combates con el bien? ¡Oh! ¡Nunca!...
Oye, mendigo, la leyenda, ó historia,
que allá, una noche, me contó mi padre.

EL MENDIGO

Y ¿cuál era su asunto?

LA JOVEN

La batalla

de la nieve y el fango.

EL MENDIGO

Quiero oirla.

LA JOVEN, *refiriendo la leyenda al mendigo.*

Era una noche horrible aquella noche;
noche espantosa cual la noche aciaga
en que los genios de maldad, furiosos,
con los del bien, lucharon, impotentes,
quedando al fin vencidos los soberbios...
El crudo invierno su fatal reinado
extendía de muertes y negruras.
Ni en la tierra brotaban tiernas flores
ni en el oscuro firmamento estrellas.
Las hadas de las brumas, silenciosas,
su manto entretejieron más tupido
para hacer el lugar más pavoroso.
¡Eran augurios de feroz combate!
La vista, temerosa, sólo hallaba
nieve en las nubes y en el suelo fango.
Iban á pelear, la casta virgen,
ornada de azahares, y vestida
de azucenas, meciéndose entre sueños
blancos como jazmines, y la hembra
impúdica y procaz, de liviandades
abrasada en la sed, embadurnada
la sien de lodo vil, y de inmundicias
repleta el alma turbia.

Mansamente,

pacífica y callada, cual del cielo
inagotable bendición, bajaba
la nieve, y, al caer, se sonreía.
Una vasta sonrisa era ella toda;
una sonrisa trémula y discreta;
una lluvia de ensueños nacarinos
que, al venir de regiones más cercanas
del Supremo Hacedor, al pobre mundo
aportaban angélicos mensajes
de pureza sin par y de hermosura.

La nieve, en tanto, sin cesar caía.
Caía la nieve, y en los pardos techos
de las casas, posaba como armiño,
poniendo en las viviendas de los hombres,
en donde siempre se respira ambiente
de corrupción, un signo inmaculado.
Caía la nieve, y en la escueta rama
del árbol, semejante á un esqueleto,
bajo la mano bárbara desnudo
del tiempo destructor, ella, amorosa,
salpicando sus copos á millares,
recordaba las albas florecillas
que se prende, al nacer, la primavera.
Caía la nieve, y en las altas torres
festoneaba su adorable antojo
las campanas de bronce con guirnaldas
de congelados lirios cristalinos.
Caía, en fin, la nieve sobre el suelo,
sobre el suelo ruin, en donde el fango
conservaba las huellas repugnantes
de todo el que pasaba, pero en donde
la frágil, la indefensa, la insensible,
la delicada nieve se perdía

rápida cual la luz de las auroras...
Esa fué la batalla gigantesca
que se libró una noche allá de invierno.

Ocultas en las célicas alturas,
incansables legiones invisibles
sin duda de querubés largo rato
disparando estuvieron á la tierra
interminable y cándida metralla.
Mas ¡oh, dolor! apenas en el suelo
tocaban los etéreos proyectiles,
vencida por el fango era la nieve.
Y fué, en verdad, un angustioso drama
ver cómo toda aquella artillería
de alas de mariposas y de encajes
de marfil sutilísimo, de pétalos
recién cortados de corolas pérleas,
de espumas lacteadas, se embotaba
y ennegrecía, y al mudar de forma,
de aquella forma virginal pristina,
iba á dar con traidora sepultura
en el lecho de cieno de las calles.

¿No es tristísima tumba la que encuentra
la hermosa flor, la nieve inmaculada
en el hueco que un pié dejó en el lodo?

Vencía el fango. El fango miserable
daba muerte á la nieve. ¡Qué injusticial...
¡No había redención!... Ya condenado
se veía el mortal perpetuamente
á andar entre impurezas. Nuestras plantas
¿dar un paso osarían sin mancharse?...
Triunfaba el bajo mundo... Mientras tanto
la nieve augusta con tesón seguía
en gracioso compás siempre cayendo.

Cada vez más veloz y más compacta,
al final, su descenso acrecentando,
se agolpaba gentil y bulliciosa,
produciendo, al surcar el aire frío,
un alegre rumor, cual si cantara...
Cantaba, sí, cantaba. ¿Quién lo duda?...
Mendigo, ¿quieres escuchar su canto?

EL MENDIGO

¡Oh! Sí, princesa mía.

LA JOVEN

Pon oído.

—Soy nacida en la tierra—ella decía;—
»mas, al subir, purificóme el cielo.
»Saliendo, como mísera alimaña,
»entre vapores, del pantano inmundo,
»ciérnome, como el águila en la altura,
»en la infinita inmensidad, y bajo
»para que, entre los hombres, haya, á veces,
»alguna cosa pura. En ocasiones
»parezco muy cruel. ¿En qué momentos?
»Pues cuando cubro con sudario helado
»al triste caminante, que fallece
»de frío y de cansancio, adormecido
»en mi regazo maternal. ¿Quién dice
»que despiadada soy? Si le sepulto,
»¿qué intento sino dar, enternecida,
»un eterno reposo á una miseria?
»Mas, sobre todo, soy hermoso ejemplo
»con que Dios á los hombres alecciona,
»demostrando que el bien, al fin triunfante,
»se eleva sobre el mal, y al torpe fango
»la nieve ha de vencer eternamente».

EL MENDIGO, *hondamente conmovido.*

¿Y así ocurrió en la noche de tu cuento?

LA JOVEN

Pues así sucedió. Cuando la Aurora,
después de aquella noche desdichada,
con sus luces surgió de rosa y oro,
vió cubierta la tierra de blancura,
cual doncella infantil, que se dispone
á la sagrada comunión. Y el cieno,
el cieno mismo ennegrecido, en nieve
albísima mirábase trocado...

¿A qué mortal, acaso, el infortunio
no habrá acosado con rabiosa saña,
ni manchado tal vez la villanía?
Mas hay que proceder como la pura
paciente nieve. ¡Destruyendo el fango!

EL MENDIGO, *arrodillándose ante la joven.*

¡Oh, mágica deidad! ¡Oh! ¡quién pudiera
besar tus manos, estrechar tu talle,
aspirar, como aliento de mi vida,
el perfume ideal de tus cabellos!
Mas ¿qué soy ante ti? Soy un gusano,
un hediondo gusano ante una rosa,
que, con su gentileza y su frescura,
embalsama tan sólo si se mira.
Por ti yo siento adoración profunda.
¡No sabes lo que has hecho! Yo pensaba
que este mundo ruin y corrompido
no encerraba en su seno más que fieras.
Hallo otro ser en ti. Veo el reflejo
de todas mis más altas ilusiones.
¡Bella la forma, y amorosa el alma!
Un reflejo también de lo que á veces
la mente se figura que es la esencia

del Divino Creador, y que, entre sombras,
vértigos y desmayos, se adivina,
al ascender, soñando, á lo sublime...

Me has hecho mucho bien y mucho daño.
Me has hecho mucho bien porque, en mis dudas,
como en áridas rocas, han nacido,
merced á tu presencia seductora,
risueñas flores de esperanza. En cambio,
ya no puedo vivir con tu recuerdo.
En el antro infernal de mis torturas,
sin luz, sin aire, sin amor, yacía;
pero tú en mis abismos has lanzado
el sol, la vida, la piedad, el gozo.
Y tú no puedes compartir conmigo
el lote abominable que me toca,
ni como hija cariñosa y tierna,
ni como fiel amante apasionada.

¡Huye! ¡Vete de aquí! ¡Prémiete el cielo
todo el bien que me has dado. Sé dichosa.
Cumple el destino, bajo el cual naciste.
Tú no puedes amarme. Aunque pudieras,
yo no soy egoísta. ¡Me negara!
Un crimen fuera en mí. ¡Soy la miseria!
¡Llevo el horror conmigo, el infortunio;
la muerte, para aquel que, compasivo,
se enlace con mis males. Mis miradas
contaminan, así como las tuyas
dan la vida, la luz, la paz, la gloria.
¡Vete de aquí! ¡Y olvídamel... Yo, en cambio,
guardaré para siempre tu memoria.

*(La Joven se aleja llorando. El Mendigo se inclina
sobre el suelo, y pone los labios en el sitio donde había
puesto los piés la joven.)*



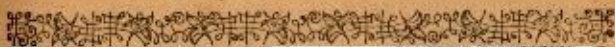
El beso eterno

Puso el Dante, en su poema,
á aquella pareja ardiente,
presa de amor delincuente,
como en expiación suprema,
besándose eternamente...

¡Qué placer! Si en tu regazo
me inclino, con pasión loca,
y en tu labio el mío toca,
¿qué goce, á par de tu abrazo,
como un beso de tu boca?

Así, aunque baje al infierno,
pido á Dios, en mi extravío,
ser tuyo, aun con lazo impío,
gozando de un beso eterno...
mas, suprimiendo el hastío.





Canto mudo.

Cuando el poeta á su labor da cima,
siempre se queda con el alma rota,
á lo más alcanzando, en su derrota,
forjar vibrante la sonora rima.

Aunque la sangre de su seno exprima
y logre destilar la postrer gota,
turbia de su laúd surge la nota;
nunca el canto á la idea se aproxima.

Será en vano que el vate, ardiente queja
por su poesía inexpresada incube.
Siempre en el alma la mejor se deja.

Sólo en los ojos, tras llorosa nube,
de la mujer amada se refleja,
ó á Dios, con alas invisibles, sube.





UN MÁRTIR DE LA BARBARIE

Jamás el hombre caminó en la vida,
en esta vida siempre tormentosa,
entre barbarie igual. El sol radiante,
que, allá en la noche de las almas, Cristo
hizo surgir con su divino ejemplo
y sublime moral, durante largas
centurias tenebrosas, quedó oculto,
aunque no sin buscar libres espacios
donde extender su resplandor. A veces,
se le ve alborear tras las ruinas
del destrozado imperio corrompido
que fundó Octavio, ó sobre el ancho surco,
empapado de sangre, que trazara
Atila en su irrupción.

Mas, ¡qué espantosos,
qué horribles siglos! Como bestia infame,
el siervo entonces la cerviz inclina
al duro peso de la férrea planta
del déspota feudal, amo absoluto
de haciendas y de vidas. Ni áun á salvo,
el ídolo amoroso del plebeyo,
se encuentra del tirano libertino,

que, cual voraz halcón, busca su presa,
para su regodeo, en el más dulce
y candoroso ser...

En esos tiempos
misteriosos, caóticos, sombríos,
en los que, en turbia mezcla, se juntaban
la fe con la impostura; la inocencia
con la ferocidad; la empresa augusta
con la vileza torpe; el monasterio
con el castillo señorial; el bravo
campeón del torneo con el noble
errante trovador que hazañas iba,
en lánguidas endechas, ensalzando
al son de su laúd; la oscura gleba,
fértil bajo el sudor del campesino,
con la almena ceñuda, que la muerte
vomitaba impasible... En esos tiempos
de maldad, de rencor, de salvajismo,
hubo un ser, sobre el cual todas las furias,
que pueden perseguir al infortunio,
cual avalanchas pérfidas cayeron...

¡Este ser desdichado fué el leproso!

Irresponsable víctima de aciaga,
horrible enfermedad, de todas partes,
como fiera dañina, era expulsado.
La santa Caridad, que el Evangelio
preconizara cual virtud celeste,
y cual lazo de unión en los mortales,
era, con el leproso, letra muerta.
El cobarde egoísmo sólo hablaba;
sólo hablaba el pavor ante el contagio.
Un estigma maldito en él veía
la ignorancia soez. Y el pobre enfermo
arrastraba su mal entre el olvido,

lejos de las ciudades y las villas,
en la desierta soledad del campo.
Y allí en el antro vil que de morada
servíale, y de cárcel, y de tumba,
esperaba el final de sus tormentos,
siendo ya un muerto para el mundo.

¡Oprobio!

sobre el infame corazón humano!
¡Baldón eterno de la humana historia!
¿Por qué la inspiración á esas profundas
páginas no traer? ¿Acaso ejemplos
no ofrece altivos el dolor? ¿Centellas
de inmortal aureola no coronan
lo mismo al Capitolio que al Calvario?
¿No hay belleza también en los abismos?
¿Por qué siempre perderse entre las nubes?
¿De qué sirve buscar las claridades,
en ascensión vertiginosa, cuando
nunca los ojos resistir alcanzan
ni aún la ofuscante luz del sol, remedo
de otros soles, sin duda más radiantes?
Inclinemos la vista hacia lo humilde.
También reside Dios allá en el fondo
de la agreste cabaña, y en el seno
recóndito del alma del cuitado.
No sólo el brillo cautivarnos debe
de los remotos astros; aún más tiernos
son los fulgores que despide el llanto
que inunda una pupila. ¿Despreciable
por ser débil, pequeño ó desvalido?
No hay nada despreciable sino aquello
que lo es ante Dios, no ante los hombres.

Y, ¿quién, en lo moral, no es un leproso?
¿Quién no se ha visto, aunque inocente y puro,

en abandono y soledad? ¿Quién, triste,
no ha invocado, en alivio de sus penas,
la mano generosa, que se esconde
por no sembrar el bien? ¿Quién, en amargas
horas de desaliento, no ha lanzado,
desgarrándose el pecho, maldiciones
al día en que nació? ¿Quién, dolorido,
no ha deseado rechazar el nombre,
y hasta la forma de mortal, odiosos,
y no ha sentido admiración y envidia
por la flor, por el árbol, por la piedra,
mucho más venturosos, pues no sufren?
¿Quién, en fin, abrasado por la rabia
que el triunfo del perverso en el honrado,
á quien hirióle la derrota, inspira,
no ha fustigado con feroz encono
á esa falange depravada y necia
de impúdicos, de hipócritas, de viles
que no tienen del hombre sino el vientre?

¡Miseros fariseos! Sólo encumbran
la victoria del oro deslumbrante. ●
Pero, más altos y esplendentes dones
hay, aunque á veces el laurel no ciñan:
la dignidad, la independendencia, el genio,
el valor, la humildad y ¡la miseria!
¿Por qué no la miseria? ¿Sois cristianos,
tacaños avarientos, cuya astucia
á la roñez limitase á lo sumo?
¿Sois, ni siquiera religiosos, huecos
hidalguillos, imbéciles quijotes,
en cuya mente lo sagrado toma,
no el contorno de excelsa vestidura,
de luceros bordada, y con solemne
majestad extendida en pliegues nobles,

sino la forma escualida y mezquina
de la parda sotana, venerable
si transparenta la virtud, no cuando
disfraza la ruindad é hipocresía?
¿En vuestro corazón, por un momento,
la simiente divina ha florecido,
ambiciosos ridículos, iguales
á vanas pompas de jabón, hinchadas
merced al soplo de infectado aliento,
que si á veces os alza hacia las cimas,
como burlesco halago á vuestro orgullo,
bajáis al fin á tierra, casi siempre,
cual aerostato, desmedrado y roto,
entre la silba general, ó acaso,
y es aún peor, ante el lloroso vulgo?
¿Sois hombres, á lo menos, repugnantes
cuerpos sin alma, afeminados entes,
que en el fango ruin de los sentidos
ponéis todos los goces de esta vida,
y en el traje, en la mesa, y en el lecho,
—seres á los reptiles semejantes,
con el hocico hincado sobre el lodo—
vivís sumidos, sin sentir impulsos
de mirar hacia arriba? Endurecidos
seres humanos, que de humanos sólo
el título ostentáis, ¿por ventura,
habéis movido, en ademán oculto,
una mano, ignorándolo la otra,
procurando un socorro, un leve auxilio
á un anhelo, á una lágrima, á una angustia?
¿Imagináis tal vez que os aprovecha
llevar la Caridad sobre los labios
y no en el corazón?

Los verdaderos
leprosos sois vosotros, corrompidos

seres de execración. Y vuestra lepra es más traidora y vil, pues no á la vista la lleváis en la piel, sino en el alma...

¿Qué reservan, oh, Dios, los nebulosos futuros tiempos á la humana especie?
¿El hombre seguirá marchando á ciegas?
¿Continuará arrollando al abatido el potente, el feliz al desgraciado, al tímido el audaz, al tierno el fuerte, el criminal al justo, el egoísta al que proclama la piedad por norma de todas sus acciones, al sencillo el miserable y solapado astuto, al humilde el intrépido ambicioso, al pobre el rico, y al pequeño el grande?
¿Seremos como eternos condenados á recorrer un círculo en la vida, desde el nacer hasta el morir, frustrada la ilusión de escapar á la inflexible ley del dolor? ¿El terrenal progreso marcado tiene un límite, y en vano trata el mortal de traspasarlo, siempre ó bajando ó subiendo, sin que nunca en la cumbre ideal siente su planta?...
¡Nada augurarse puede! Y, ¡oh desdicha! la respuesta que el alma que interroga escucha en su interior es... ¡el silencio!
¡Es el misterio, indescifrable y mudo, hacia el que á veces la esperanza guía sus alas luminosas, y al que entona el amor su más tierna melodía!





El cementerio de las ilusiones

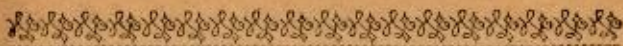
Conozco un cementerio, cuya tierra sembrada está de tumbas y de flores, donde cantan los tiernos ruisseños la final oración á quien se entierra.

Un mundo de cadáveres encierra de seres que adoraron mis amores; y hay más muertos allí, y hay más horrores que los que deja en pos bárbara guerra.

Hoy henchido se mira el camposanto; hoy ya no hay fosa en que regar con llanto una ilusión, que áun muerta, me es querida.

Mas, no hallando en mi alma sepultura van sus despojos, cual ponzoña impura, enturbiando las fuentes de mi vida.





La vida del estudiante.

Al dejar, con el alma despedazada,
la familia, hasta entonces tan adorada,
que al confin de la aldea va en despedida,
y parece entregarle toda su vida;
al escuchar del noble padre el consejo;
al contemplar la novia, que es el reflejo
de un ángel, y copiosas lágrimas vierte,
cual si el joven marchara para la muerte;
al poner en su mano la madre tierna,
que con cetro de amores su hogar gobierna,
algunos dinerillos, nada ruines,
que guardaban, avaros, dos calcetines;
el estudiante siente que su existencia
se le escapa ante aquella terrible ausencia.
Mas, á poco, ya cuando vuela á la Corte,
se mudan sus tristezas en gentil porte,
y olvida... ¿quién de un mozo nunca hizo caso?...
apenas medio día transcurrió escaso,
hogar, familia y novia; que á la constancia
no hay nada que quebrante cual la distancia.
En Madrid, ¡qué sensatos son sus preludios!
¡Hasta compra los libros de sus estudios!
¡Y hasta corta, sin torpes, negras congojas,

las cuatro ó seis primeras vírgenes hojas!
Pero, pronto esos libros, de los que es dueño,
á las casas los lleva del vil empeño,
y no porque los mire ya desdeñoso,
sino para que alcancen largo reposo.
Y desplegando el mundo sus torbellinos,
hace emprender al joven otros caminos.

De los juegos gustando los mil azares,
pasa las horas muertas en los billares;
él, aunque no maneja grandes tesoros,
tiene siempre billete para los toros;
y él, aunque sufre á veces adversas rachas,
concorre á los teatros, donde hay muchachas,
que causan en su alma dulces cosquillas,
al mostrar en la escena las pantorrillas.
Mas, sobre todo, aquello que más le agrada,
es hallar, tras alegre y audaz jornada,
alguna modistilla, de esbelto talle,
de esas que regocijan toda una calle,
que le quiera de balde, sin ambiciones,
y le zurza, si ocurre, los pantalones.

No hay nervio de su cuerpo donde no vibre
el deseo insaciable del amor libre;
de ese amor sin pasado, sin lontananza,
en que se ve cumplida toda esperanza,
y en que, como no oprime dura cadena,
ni en la faz ni en el pecho jamás hay pena.

En las gratas mañanas van al Retiro,
y, dando á sus paseos tortuoso giro,
el galán estudiante, con su modista,
de las sendas vulgares pierden la pista...
¿Para qué? Para darse con embelesos,
en los ardientes labios, uno y mil besos,
pues nunca estan ahitos de sus caricias,
y en ellas siempre encuentran nuevas delicias.

¡Qué feliz la amorosa, tierna pareja!
En su voz hay balidos de mansa oveja;
arrullos de paloma, son de instrumento
por cuyas cuerdas pasa suave el viento.
Fulgores estelares hay en sus ojos,
á que empañar no aciertan turbios enojos.
Y un impulso perenne guía sus brazos
á anudarse en estrechos, plácidos lazos.
Sembradas sus dos vidas están de rosas,
y aunque son muy humildes, son muy dichosas.
¡Qué cenas tan frugales como risueñas!
¡Qué alegrías sencillas aunque halagüeñas!
El estudiante, á veces, en su ternura,
para llegar al colmo de la ventura,
en unión de su amada, su sér querido,
como dos pajarillos forman un nido.
Y de alguna buhardilla, de corto espacio,
hacen con sus amores un gran palacio...

Al fin sale suspenso. Vuelve á su aldea.
Su padre, enfurruñado, le sermonea.
Su madre, que le acoge con hondo llanto,
su perdón le concede. ¡Lo adora tanto!
Y la novia, que nunca dióle al olvido,
se alegra, pues ya al cabo tendrá marido.
Y se casan, ¿qué duda? ¿No es bien notorio
que del cielo nos baja muerte y casorio?
Mas, aunque el estudiante goza en su estado
de obscuro campesino, rico y honrado,
y causan su recreo sus lindos hijos
y le embargan cuidados asaz prolijos,
á veces, con dulzura triste, se acuerda,
como si resonara dormida cuerda,
de aquella modistilla, sin ambiciones,
que solía zurcirle los pantalones.





El calavera y el obrero

Dejó de madrugada la loca orgía;
vacilaban sus piernas, iba beodo.
Su hogar, allá distante; lejano, el día...
Le esperaba, ya inerte, por lecho el lodo.

Al doblar una esquina, cruzaba un hombre,
vestía la sencilla blusa de obrero.

—Ven—dijo, sin pedirle siquiera el nombre.
Y él le siguió, sumiso como un cordero.

Cogido de su mano, potente y dura,
como quien la materia tiene domada,
cual náufrago que toca playa segura,
con él llegó á la puerta de su morada.

La esposa vigilante, mujer hermosa,
con gesto sorprendido salió al encuentro.
Mas, brillando en sus ojos luz bondadosa,
dijo con dulces labios:—¡Pasad adentro!—

El rehusó el de una cama blando reposo;
sintióse entre los pobres avergonzado;
y en su necia impotencia, pero orgulloso,
revolvió entre la capa su cuerpo helado.

Se echó sobre unas sillas, de sí no dueño,
odiando su torpeza con toda el alma...

Ellos se retiraron buscando el sueño.
Quedó en silencio todo, reinó la calma.

Allá entre los vapores que el vino eleva,
apartando el embozo de su envoltura,
contempló aquella estancia, para él tan nueva,
¡Cuánta paz se advertía! ¡Cuánta dulzura!

En los muebles, humildes como sus pechos,
ostentábase el sello del bien cumplido.
¡Sólo allí entre esos muros, bajo esos techos,
las virtudes sencillas hacen su nido!

De una mesa en el centro, lámpara breve,
posaba en todos lados tierna mirada.
Y, en el cristal de oro, su rayo breve,
era como pupila nunca cerrada.

En la pared, un viejo reloj prendido
señalaba tranquilas horas é iguales;
y su tic tac sonaba como el latido
del corazón que ignora traidores males...

Aunque en sopor sus nervios, su mente alerta,
bendijo de aquel lance la extraña suerte.
Acaso tras la duda, la fe despierta
como la vida brota de lo que es muerte.

Clareó en las ventanas al fin el día;
y en cercano aposento sintió rumores
de gorgoros confusos, vaga armonía
que puede ser de niños ó ruiñesores.

Eran dos hijas bellas del hombre honrado
que le albergó; dos rosas frescas, lozanas.
¡Alondras adorables, que de su prado
alzan el vuelo, alegres, por las mañanas!

Tras el grano de trigo de su sustento,
también dejaron ellas pronto su nido,
En pos marchó su padre, con paso atento,
murmurando:—¡Dejadle! que está dormido.—

Comprendió el calavera la acción grandiosa

¿Quién entre mansas aves pone un milano?
¿Mas no hay virtud triunfante de infamia odiosa?
Virtud de obrero es fuerte como su mano.

Saludando á la dueña de aquel tesoro,
levantóse del sitio que profanara.

¡Hechicera familia! ¡Celeste corol!...

Aquel fué el solo día que no cantara.

De licor confortante de un vaso entero
se le brindó, animando sus fuerzas lacias.
Aceptó varios sorbos, tomó el sombrero,
y partió conmovido diciendo:—¡Gracias!—

Partió. Mas la memoria de aquella noche
es como sol que alumbra su oscura vida.
Es purísimo ejemplo, mudo reproche
cuando emprende en sus rumbos senda perdida.

La pobre casa ofrece tosca apariencia,
como miel guarda un árbol de forma ruda;
mas cuando allí le guía grata querencia,
con dulces bendiciones, él la saluda.





Corazón de piedra.

En su taller polvoriento,
entre cinceles y piedras,
incansable el marmolista
da hermosura á la materia.

Bajo su acerado pico,
que no hay mármol que no muerda,
aun el más tosco peñasco
en noble imagen se trueca.

—¿Vienes—me dijo, un instante
suspendiendo su tarea—
por alguna de mis obras?
Aquí las tienes muy bellas.

»Si eres amante, y tu vista
en la beldad se recrea,
aquí hay Venus sensuales
que ostentan formas espléndidas.

»Si eres devoto, y pretendes
poner, en tu casa, iglesia,
de vírgenes y de santos
aquí gran surtido encuentras.

»Si, en fin, te sientes piadoso
y buscas fúnebre ofrenda,

aquí lápidas marmóreas
verás con doradas letras.»

—Deja al feliz eso—dije—
que aún ilusiones conserva:
pues fe, y amistad, y amores,
son para mí cosas muertas.

»Mas de durísima roca,
allí do el cincel se mella,
hazme un corazón tan fuerte
que pueda sufrir las penas.»

Y replicó el marmolista
en tono de amarga queja:
—¡A ser posible, de mármol
mi corazón ya lo fuera!





El solitario

En oración, en la celda
de lejano monasterio,
se encuentra un monje, postrado
con hondo recogimiento.

Ya va muriendo la tarde,
y ya se extiende el silencio
por la tierra, al par que cubren
las sombras el firmamento.

Los pájaros han callado
tras sus cánticos más tiernos,
al despedirse del día
desde las ramas del huerto.

Con trémulas notas suena
la campana del convento,
yendo á perderse sus voces
allá en los distantes cerros.

Al fin, todo es paz y calma
y soledad y misterio...
¡Ningún rumor de la vida!
¡Ningún murmullo del viento!...

Sigue avanzando la noche
y sigue el monje en sus rezos,

puestos en el Dios ansiado
sus místicos pensamientos.

¡Oración de alma angustiada,
explosión de amor inmenso,
que en suspiros se desprende
de lo profundo del pecho!

¡Cadena, que más que el labio,
entrelaza el sentimiento,
desde la humana miseria
hasta el Hacedor Supremo!...

No siempre postróse humilde
aquel mortal en el suelo;
si hoy es decrepito anciano,
ayer fué gentil mancebo.

De los mundanos placeres
la copa apuró sediento;
le dió sus triunfos el oro
y Venus le dió sus besos.

Mas, ¿todo huyó con los años;
y en su existencia, el invierno
trocó ilusiones floridas
en pálidos esqueletos.

Cual bajel perdido busca
en su salvación el puerto,
aquel hombre pidió asilo,
desengañado, al convento.

Quiso, en su horrible amargura,
aunque vivo, ser un muerto,
y, en el olvido del mundo,
ir acercándose al cielo...

La noche avanzando sigue,
y el monje sigue en sus rezos
allá, en la celda postrado
del lejano monasterio...

Es noche de primavera.

Lanzan su luz los luceros,
y las flores sus perfumes,
y el ruiseñor sus conciertos.

Poco á poco el religioso
fué en sus plegarias cediendo,
cada vez menos ferviente
y cada vez más inquieto.

¡Cuán dulcemente cantaba
el ave de amor! ¡Qué espléndidos
reverberaban los astros!
¡Qué ambiente de aromas lleno!

Una lágrima en los ojos
asomó del débil viejo,
y retrocedió su mente
hacia más felices tiempos.

—¡Nunca estaré solitario—
exclamó el monje, gimiendo;
—mientras, como en esta noche,
retornen dulces recuerdos.

»Memorias de gratas horas
pasadas entre embelesos,
que aún en mi carne, ya helada,
levantan olas de fuego.»





El cigarro

Perdiéndose en el techo, donde ondula,
en nubes grises, del cigarro el humo,
entre las gasas de vapor presumo
ver la ilusión que nuestro ensueño azula.

El balsámico aroma disimula
el sabor acre del veneno sumo,
igual que brinda almibarado zumo,
la hiel del goce que al engaño adula.

Avanzan las pavesas á medida
que la lumbre voraz callada rueda
hacia el fin de la hoja, bien curtida.

Hasta que, todo extinto, ya no queda,
imagen propia de la humana vida,
ni ceniza, ni fuego, ni humareda.





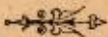
Guía del caminante

Sé que vas á morir, niña adorada,
lirio de amor en que bebí la gloria;
y sé que, tras la vida transitoria,
volarás hacia espléndida morada.

Yo aquí quedo, siguiendo mi jornada,
con la mente, entre sombras, ilusoria,
el pie tocando miserable escoria
y siempre con el alma desgarrada.

Si en la noche, perdido caminante,
alzo los ojos al sereno cielo,
mírame tú también desde una estrella.

Desde aquella, tan dulce y tan brillante,
que invocamos los dos en nuestro anhelo,
y diré:—No voy sólo. ¡Allá está ella!





La nube lejana

Sobre el horizonte, de noche y de día,
en cielos teñidos de negro ó de grana,
desde el primer paso de la infancia mía
una nube miro sin cesar lejana.

Siempre es esta nube blanca cual la nieve;
vago encanto en ella para mí se encierra;
siempre me acompaña, con su vuelo leve,
ella, allá, en el cielo; yo, abajo, en la tierra.

Siempre vi mi senda cubierta de espinas;
siempre destrozadas ví mis ambiciones;
fui vencido á veces en luchas mezquinas;
me han atormentado traidoras pasiones.

Horas he sufrido de congoja fiera;
he llegado al fondo de abismo profundo;
y hasta he maldecido, con el alma entera,
el día en que vine tan fatal al mundo.

Jamás á mis ansias, cual grato beleño,
infundir lograron benéfica calma,

ni la dulce copa del amor risueño,
ni de excelsa gloria la brillante palma.

Tan sólo esa nube, como ilusión tierna,
en mi triste olvido, la miré delante...

¡Oh, divina sombra de esperanza eterna!

¿Para qué mis ojos te ven tan distante?





LA COMPAÑERA DE MIS NOCHES

Testigo de mis penas y alegrías,
¡oh, lámpara! tú has visto el febril juego
de mi pluma, animándome tu fuego,
fiel compañera de mis noches frías.

Con mansa claridad, siempre lucías,
cuando, el mundo al dejar, sordo á mi ruego,
soñando junto á ti, buscaba, ciego
y pronto olvido á las tristezas mías.

Llegada es la estación de los calores.
Apágaste. El hogar en que se inverna
nos lanza en pos de fuentes y de flores.

Tu noche cesará, grata linterna,
cuando llegue el invierno, y sus rigores.
Mas mi noche, al morir, ¡qué noche eternal!

